

PROLOGO

No resulta fácil recoger resumidamente en un Cuaderno todo el pensamiento de D. José Rivera, acerca del seglar cristiano y de su vida y apostolado. Queremos sencillamente hacer llegar algunos rasgos de su pensamiento, como primera parte de otros Cuadernos, que sobre este mismo tema saldrán más adelante.

Por ello hemos preferido traer aquí textos y escritos que hablan, sobre todo, del "ser seglar" y de sus dimensiones más personales y fundamentales. "¿Quién es un cristiano?", "La llamada a la santidad", "Matrimonio y santificación", "Oración y vida seglar", "Humanismo y sociedad", "Cultura y educación cristianas" son algunos de los capítulos de este Cuaderno, que nos introducen en lo fundamental del seglar, según el pensamiento de D. José Rivera. Otros temas, referidos al apostolado, al trabajo, a la familia, al arte y a tantas otras realidades irán descubriéndonos, en otras ocasiones, el pensamiento de D. José Rivera.

El seglar es un discípulo de Cristo, que vive en el mundo la llamada a la santidad, como miembro vivo de Cristo y de la Iglesia, y se empeña directamente en las realidades del mundo, desde la fuerza transformadora del Evangelio. El seglar es así fermento de renovación y divinización, que prepara "los cielos nuevos y la nueva tierra".

Adelantado del Concilio, D. José supo intuir y presentar toda la verdad de la vida cristiana con confianza y certidumbre inquebrantables: Para él es preciso partir siempre de la Realidad: Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. De lo contrario, toda mirada, en este caso a los seglares, traiciona su misterio más profundo. Y por otra parte, todo cristiano está llamado a la santidad y, más aún, a la santidad heroica.

Esta es la mejor aportación del seglar a la Iglesia y al mundo y, a la vez, la fuente de todas sus presencias y trabajos. Propiamente no hay compromiso temporal -en cuanto se puede hablar así-, sino desde la vida madura de la santidad, al igual que no hay apostolado, más que desde esta misma perspectiva. D. José no sólo lo creía, sino que lo predicaba incansablemente y ponía constantemente los medios de la oración, la expiación, la predicación y la orientación de las conciencias, para conseguirlo.

En toda la doctrina de D. José Rivera, que en este Cuaderno presentamos alrededor de la figura del seglar en la Iglesia y en el mundo, brillan, sobre todo, dos intuiciones preciosas. Ellas definen muy bien su pensamiento y su carisma.

En primer lugar, afirma con claridad: Tanto se da a la Iglesia, cuanto se recibe y se sabe recibir de ella. Algunos reciben muy poco y, creyéndose además "nuevos reformadores", acaban entregándose a su propia obra, olvidados de la viña del Señor. (Cuánto nos cuesta recibir, recibir de Dios, que es lo que primero y radicalmente define al hombre y al cristiano!

Por otro lado, esa certeza en la llamada a la santidad de todos se manifiesta en la confianza en la gracia, en la acción divina, a la que D. José ve siempre abierto a todo hombre, en toda situación, con especial referencia a la misericordia de Dios. Su confianza en la gracia horada cualquier obstáculo, liquida cualquier resistencia y hace experimentar el amor de Dios, muy divino y muy humano, en Cristo, el Modelo y el Ejemplar de todo cristiano.

Una última advertencia, creo yo, puede facilitar la lectura: Los textos han sido escritos con ocasión de lecturas y estudios de autores muy diversos. Y es claro que no fueron redactados pensando precisamente y directamente en los seglares. Pero (bien reflejan la vida y el ser de los seglares, como misterio transformador en el mundo!

)QUIEN ES UN CRISTIANO?

Día 25 de Enero de 1968

Sin embargo, antes de reanudar los comentarios del autor pagano voy a tomar algunas notas de dos obras leídas recientemente: ")Quién es un cristiano?"¹ de von Balthasar y "El príncipe de este siglo" de Souviron.

Y comienzo sin más con la primera. Es notorio que podría formarse una muy decente biblioteca orientadora con obras de los teólogos más de moda y, precisamente, contra las tendencias en boga. Balthasar, Rahner, Danielou, el propio Congar... ofrecen escritos de admirable equilibrio y refiriéndose claramente a las crisis del día.

Balthasar comienza estableciendo la necesidad básica de poseer un concepto determinado de lo que es un cristiano. La tesis me place tanto más cuanto que hace ya tiempo que vengo pidiendo una reunión de sacerdotes, al menos de cuantos parecíamos llamados a influir en la marcha de la Diócesis, para ponernos de acuerdo exactamente en eso:)qué es un cristiano?)qué es lo que pretendemos? Pues lo que ya me parecía, casi desde el principio de mi llegada, innegable es que mis objetivos son diametralmente opuestos a los de (...).

"La pregunta `)quién es un cristiano?´ acompaña de manera tácita e irrefleja a todos los intentos reformistas de la Iglesia de hoy. Es decir, interviene de tal manera que, de un lado, la gente actúa como si fuera cosa ya sabida y sólo se precisara sacar las consecuencias necesarias, y de otro, la gente se toma la libertad de acusar gravemente de ideología a las soluciones y modelos

¹ H. U. von Balthasar, ")Quién es un cristiano?", Ed. Guadarrama. Madrid. 1967.

tradicionales del cristiano, con lo cual los enjuicia con un criterio personal que de ninguna manera justifica. No es difícil descubrir ese criterio tácito, irreflejo y, sin embargo, natural, pues resalta por sí mismo en las tendencias principales de la cristiandad de hoy, tendencias bien intencionadas, acogidas con júbilo por la muchedumbre, pero que resulta urgente someter a crítica" (p. 33-34).

Y Balthasar transita ahora a la indicación de las tendencias en una segunda parte que titula: "Dios a la espalda o crítica de las tendencias". Y he aquí las tendencias señaladas:

1.- **La ambigüedad de lo necesario:** La acomodación a la época. Cristo se acomodó al kairós del Padre, pero de ninguna manera fue moderno. Ni El, ni sus apóstoles. Nunca dijeron palabra en obsequio de la modernidad política o gnóstica. Hay que "eliminar escándalos falsos, no cristianos, para hacer resaltar, de manera más inequívoca, es escándalo verdadero, encomendado a la Iglesia".

Es precisa una conversión interior y éste es cabalmente el criterio de la realidad de nuestras actividades exteriores. Ahora, una conversión significa una vuelta a Dios, mientras que en el caso actual de los cristianos reformistas parece que ya lo sepan todo sobre Dios y ahora se trate simplemente de expresar al mundo eso que saben.

"No negarán que para ser enviados por Cristo al mundo es necesario haber estado antes mucho tiempo junto a El. Pero piensan que ellos ya han estado. Se encuentran en plena acción y dan por supuesto, con buena conciencia, tanto para sí como para los demás, que ya han aprobado el examen de contemplación. Y en el caso de que su conciencia les recuerde, a veces, que no han obtenido la licenciatura en ella o que no pasaron el examen de madurez, la conciencia se consuela rápidamente diciendo: `In actione contemplativus´, lo que en la práctica significa: `El que actúa es ya bastante contemplativo; no existe otra madurez que la acción´.

Esta es la consigna de muchísimos cristianos modernos -clérigos y seglares- a los que hay que temer en la medida en que se han aplicado el nombre de misión, como enmascaramiento evangélico para ocultar su huída de Dios" (P. 41-42).

De aquí Balthasar concluye: No se trata de condenar una tendencia, sino de que debe permanecer constantemente bajo un juicio que resuelva, momento por momento, si se trata de un camino desde Dios hacia el mundo o de una simple huída de Dios.

Y yo por mi cuenta añado que en este terreno se producen las tres pavorosas negaciones que destruyen, en su misma raíz, todo lo que es apostolado, pero manteniendo el nombre y aun hablando en su defensa:

- Negación de la misma posibilidad del peligro: el trabajo no puede ser evasión de Dios (Fue literalmente la frase de (...) en Talavera, frente a mi previsión del peligro).

- Negación de la misión: Hay que reaccionar frente a la Jerarquía, que se deja corromper o se retarda perezosamente falta de Espíritu.

- Negación del testimonio: No es necesaria la contemplación. Pero entonces ¿qué queda del apostolado? ¿Qué es la misión del humilde testigo?

2.- Tendencia hacia la Biblia: "El más bello e inequívoco signo de esperanza". Humildad de los comienzos: No ante todo la sed de la Palabra divina, sino el temor a la irrisión de los sabios ante la situación de la exégesis católica. Y eso, entre temores de condenaciones jerárquicas. Humillación por nuestro retraso en acceder a la Biblia.

Y luego la procesión no es inequívoca. Hay inclinación a acusar de ideología la tradición exegética entera, tanto la patrística como la escolástica. Pero al hacer esto, no se dan cuenta de que todo el que piensa filosofa. Y luego el movimiento protestante, que tiende hacia la elección del hombre moderno (entidad mítica), como patrón de sus aceptaciones y repulsas.

Ciertamente esto es bueno en cuanto signifique no más -y no menos- que la necesidad inexcusable de "conocer, repensar y apropiarse, de manera originaria y nueva, la revelación entera". La Biblia obliga a una decisión personal y no se puede demorar uno demasiado en los preparativos científicos.

Este apartado es un tanto oscuro. Y, desde luego, discrepo totalmente de Balthasar en su alusión hiriente a la neoescolástica. Como él mismo dice, todo el que piensa filosofa; si no se admite el preclaro y substancioso pensamiento tomista, se ha de admitir alguna otra

filosofía. O se ha de caer, como ya sucede, en una tenebrosa mezcla de elementos indiscernibles.

Tampoco concuerdo con su condena de las precauciones que la Iglesia ha tomado con la Biblia durante siglos. Me parecen muy sensatas. Ni la comunión ni la Biblia son para todos, sino para los debidamente dispuestos. La actual exuberancia de lecturas bíblicas no producen, a la larga, más que una tremebunda indigestión de ideas sobrenaturales inasimiladas; una profanación continua y fomentada cálidamente, que ya va manifestando sus frutos. Me parece demasiado olvidada una frase de Cristo: "No arrojéis a los cerdos piedras preciosas".

3.- Tendencia hacia la liturgia: Elogio de ciertos aspectos, del movimiento mismo en sí. Pero reservas: falta casi por completo la adoración silenciosa.

"No olvidemos que casi ninguno de los asistentes tiene, durante la semana, tiempo ni ocasión de concentrarse profundamente; que en la misa del domingo sus almas deben reponerse y cobrar aliento también de modo personal; que Dios les habla sobre todo en el silencio; que la liturgia de la palabra gira ciertamente en torno a la palabra de Dios -como mensaje y como oración-, pero que el acto de la recepción, de la aceptación personal en el silencio, resulta imprescindible, si no se quiere que toda la semilla caiga sobre las piedras y entre los espinos" (p. 49).

Reprocha a la comunidad una autosatisfacción; está contenta por haber sido capaz de una celebración eclesial tan hermosa. Y transcribe la inquietantes palabras de Arnold Gehlen, según el cual hay una secularización: "Por un lado, a imitación de la Ilustración, como ética solidaria con el mundo, entendida de un modo progresista; y en segundo lugar, en la glorificación neocristiana de la humanidad por sí misma, en nombre de Dios" (p. 50).

4.- Tendencia al ecumenismo: Peligro de querer escamotear el plus del catolicismo, para nivelarnos con los protestantes.

Creo que ya lo tengo apuntado. El ecumenismo ha brotado de dos fuentes. De una fuente divina, del amor del Padre, que se manifiesta quizás, sobre todo, en la intensificación, durante los años 20 en adelante (habría

que precisar esto), de la devoción al Espíritu Santo y el ahondamiento en el misterio del Cuerpo Místico.

Otra humana y, todavía, con dos vertientes: una indiferente, meramente instrumental: la multiplicación de los contactos personales, la facilitación de comunicaciones entre los pueblos; otra positivamente mala: el enervamiento del sentido intelectual y del sentido de la fe.

Así, la tendecia al ecumenismo es común a algunos santos y a muchedumbre de quasi-incrédulos, a quienes nada dice el Credo. Sería tarea muy valiosa analizar estos elementos, precisarlos y completarlos. Pues el movimiento ecuménico o prosigue impulsado por el Espíritu, recibido personalmente, quiero decir consciente y gozosamente, o va a producir -como está ya produciendo- el desmoronamiento de muchos templos del mismo Espíritu.

Día 26 de Enero

Parecen recobradas ciertas perdidas energías. Las 5 de la mañana. Casi tres horas por delante; verdad que la tarea designada -hipotéticamente, según mi consejo a los demás- es muy larga. Fenecer el libro de Balthasar y anotar ciertas ideas de Souviron. Es intolerable leer una obra cualquiera, sin apuntar al menos algunos escolios. Es desperdiciar lo pensado. Claro que luego sería preciso releer con frecuencia estos cuadernos; faena exigente de unas horas difícilmente hallables.

Prosigo el análisis de ")Quién es un cristiano?"

5.- **Tendencia hacia el "mundo profano":** "Aquí es donde reside el punto central y clave del movimiento".

El mundo se ha desdivinizado, se ha humanizado. La Iglesia ha estado en lo pretérito encerrada en sí -acusación falsa, pues en todas las épocas han existido aperturas de altísimo bordo-; la misma ascética ha seguido preferentemente una dirección fugitiva, bajo el impulso de la mala inteligencia de los consejos evangélicos. Pero, movida por el Espíritu Santo, se ha ido integrando cada vez más estrechamente. Pero hoy la interpretación exacta se ha impuesto: los consejos han de realizarse en espíritu, con una encarnación intensa en la realidad, por la afirmación intrépida que incluye el matrimonio cristiano, por la responsabilidad del mayor de edad.

"El centro de la Iglesia se desplaza aquí,

irresistiblemente, del estado religioso y sacerdotal al seglar: Este es el verdadero centro del reino de Dios en la tierra, pues es Iglesia vuelta al mundo, arraigada en el mundo. Frente a esto, el clero es sólo fuerza auxiliar y la vida de los consejos existe nada más que para recordar simbólicamente a los seglares, que ellos mismos no son mundo sin más, que el reino de Dios no ha venido aún del todo, sino que sólo al final del tiempo se transformará el 'futuro' del Señor en presencia manifiesta. Así pues, la vida del que renuncia a tales cosas es sólo un signo; en cambio, la vida del que hace uso de ellas es la cosa significada; y de igual manera, el pastor oficial existe sólo por razón del rebaño, teniendo que emplear todas sus fuerzas en provecho de éste.

Si a esta visión del mundo se agregan la teoría biológico-evolucionista y su ingenua transposición al campo de la historia natural y sobrenatural de la humanidad, entonces la tendencia resulta incontenible" (p. 59-60).

Todo esto deja sin respuesta la pregunta planteada en el libro. Y en último término se supone que el cristiano es el que encarna en el mundo los valores espirituales que alientan en la Biblia, los sacramentos, la homilía... Pero entonces si se interroga a tales cristianos)qué es lo que hay que encarnar?, la cuestión queda incontestada.

Pues no es la vuelta al mundo lo que constituye lo cristiano. El hombre no precisa volverse al mundo, puesto que él mismo pertenece al mundo. Eso le tocará a Dios, que no es el mundo y que al inclinarse sobre él vierte su "gracia".

Ni puede ser lo cristiano cumplir, sin más, la tarea mundana, con más perfección que los otros, aunque eso, en verdad, sea parte de su quehacer. Pero entonces Cristo no ha enseñado más que un humanismo y la fe sobra. Así esta cuarta tendencia, "aunque está muy acertada al insistir en lo de la realización, se basa también, sin embargo, en una sustracción oculta: lo cristiano es (sólo es) lo verdaderamente humano".

"Existen numerosos medios para encubrir un poco ese a priori". Uno de ellos es la construcción de una teología del mundo, de "las realidades terrestres". El mundo se concibe a la vez como desdivinizado y sacro. Pero esto es

un juego de palabras. Y además, faltos de una filosofía, desvalorizada en favor de la mera `ciencia exacta`, se entronca directamente la ciencia en la teología, con lo cual ésta viene a ser mera filosofía, operación en la cual la teología sale siempre perdiendo. La verdad es que la tradición cristiana ha visto siempre ambos aspectos del mundo y los ha expresado de diversas maneras, conforme a las diferentes épocas y culturas.

Este apartado es especialmente iluminador -aunque no estrictamente luminoso- puesto que la exposición participa de la habitual tenebrosidad de Balthasar, que no hubiera perdido nada con un amor mayor a la escolástica. Pero en cuanto a mí, quizás no he vislumbrado nunca, con tanta nitidez, la enorme distancia que me separa de todos mis compañeros y, en suma, de la mentalidad pseudocristiana moderna...

En efecto, es la frase "partir de Dios" -frente a la frase "partir de la realidad"- la que resume, en expresión clara y distinta, dos actitudes absolutamente inconciliables.

Poniendo el centro en el hombre, como tal, se concibe una teología de servicio, de desarrollo, de progreso. Lo seglar está en la cumbre y lo espiritual está en mero quehacer de súbdito. Pero entendido de manera opuesta, lo seglar está, aun muy elevado -y sólo así está elevado- en la última llanura.

Si las cosas vienen de Dios, el sacerdocio de Cristo es, ante todo, para el Padre -para la Trinidad-, luego para El mismo y, sólo en postremo lugar, para los hombres. Y entonces el sacerdocio participado de los sacerdotes está en primer lugar para Dios, luego para Cristo, luego para ellos mismos y sólo en último término para los seglares.

Servir es palabra de sentido opuesto en la Escritura y, por lo mismo, en la mente cristiana y en el mundo. Cristo es Siervo de Yahvé, es por tanto el más cercano a El y, solamente por eso, participa más que nadie del ser mismo de Dios: de su amor a sí mismo y a los hombres.

Ese amor se expresa en operaciones de altitud infinita y, por consiguiente, de infinita eficacia y de misteriosa, pero deslumbrante (más bien, por ello deslumbrante) expresividad.

Ahora, el sacerdote que, "ceteris paribus", está más próximo a Cristo por la participación de su sacerdocio, está más unido al Padre y, por tanto, participa más del amor del Padre y de Cristo a los hombres y realiza también

obras de infinita eficacia y deslumbrante expresividad amorosa.

No son Dios para Cristo, Cristo para los hombres, sino los hombres para Cristo y Cristo para Dios. Y, por idéntica razón, no son los sacerdotes para los seglares, sino los seglares para los sacerdotes, constituyendo, según la expresión paulina, su gozo y su corona.

En la actividad amante, constitutiva del apostolado, no es el seglar el predicado, el amado en primer plano, sino el predicador, el sacerdote. Y lo mismo ha de decirse del religioso, practicante de la literalidad de los consejos evangélicos. No se trata su vida, ante todo, de un signo, sino por lo contrario, de una realización más perfecta, que sólo por serlo puede contener valor expresivo y constituirse en signo para los demás. El testimonio no es la primera, sino la última -aunque válida, aunque cierta- motivación de las formas de vida más espirituales.

Igualmente las dos visiones del mundo: Como desdivinizado y como sacro se explican perfectamente, si no se intenta mirar al mundo desde dentro, sino desde Dios. El mundo, artefacto divino, posee potencia obediencial a su Creador y debe ser consagrado a El. Está, sin embargo, bajo el influjo del demonio, Príncipe de este mundo. Es decir, el mundo tiene potencia, pero no más. El cristiano ha de consagrarlo: Radicalmente y en sus modos más altos, el sacerdote; inmediatamente, en sus modos más humildes, el seglar. Aunque en verdad éste, por su real participación del sacerdocio de Cristo, posee la capacidad necesaria para ciertas consagraciones altísimas, como la del bautismo; pero dependientes siempre de las consagraciones del sacerdote ministerial, único poderoso a consagrar el Cuerpo de Cristo.

Pero esto significa que, tanto el seglar como el sacerdote, han de vivir en plenitud su consagración personal y que no poseen las cosas en sí sacralidad alguna, sino mera potencia de sacralización. Es viviendo desde dentro, y no desde fuera, como se puede realizar la tarea cristiana. La diferencia, además, consiste en que el sacerdote ministerial vive en un ambiente de realidades sagradas en sí mismas o ya consagradas (el templo, las vestiduras, la oración litúrgica...), mientras que el seglar sólo se sumerge en ellas a tiempos determinados, para recibir allí nuevas actualizaciones de su poder consagrante.

Así, el primero se desenvuelve entre seres

consagrados-consagradores, el segundo, entre seres indiferentes.. El primero debe poner una actividad consciente para realizar el mal, el sacrilegio; el segundo basta con que omita su acción santificadora, para que reciba impactos demoníacos de las realidades con que trata.

En rigor, pues, el mundo no está ni desdivinizado, ni consagrado, sino simplemente en una situación natural, con potencia de divinización o satanización. Y la tarea de todo cristiano, cada uno según rumbos diversos y complementarios, consiste en irlo consagrandolo.

Pero la capacidad consecratoria del seglar es don recibido a través del sacerdote, del Obispo, de Cristo Hombre, partiendo de la Fuente y Origen de toda realidad, Realidad primera sin origen, que es el Padre. Y como ésta es la línea ontológica, ésta debe ser -no puede ser otra- la línea sicológica. Y todo empeño en apartarse de estas direcciones es sin más demoníaco. Por donde se ve hasta qué punto el seglar que se empeña en ser como sacerdote, que es querer ser como Dios, arrebatarle la dirección suprema del universo, cae, una vez más, bajo el influjo del diablo. Y así vivimos en este divertido siglo XX.

Cuando se dice que, una vez que nació Cristo, todo quedó elevado, se olvida una de las consecuencias más preclaras de lo que podríamos llamar el "estilo amoroso del Padre"; y es que nada se hace sin la colaboración del hombre, del puro hombre. Cristo lo que hizo fue aumentar la capacidad obediencial de las cosas o, mejor dicho, - pues la frase es inexacta o al menos imprecisa- aumentar su proximidad, transmitiendo a los hombres la posibilidad de consagrarlas, de proyectarlas en sentido sobrenatural. Es extremadamente curioso cómo de esa supervaloración de las "realidades terrenas" se llega a minusvaloración de Cristo, cuya humanidad es, en suma, la máxima realidad terrena. Pues, efectivamente hemos alcanzado "dentro de la Iglesia" la más elevada negatividad, con la repulsa de la divinidad de Cristo, de su presencia eucarística, de la virginidad de María. Naturalmente nuestros pobres críos no perciben, ni presienten, estas consecuencias; pero partiendo del Padre infinito, se puede llegar al hombre-Dios y al Pan-hombre-Dios; partiendo del hombre no se puede arribar a nada, la única superioridad alcanzable -y aun para eso ha sido preciso un plan divino- es el infierno. Al que, por lo demás, los hombres de hoy acuden inhumanamente, impersonalmente; sin saber siquiera adónde van, puesto que en su mayoría no creen en el infierno o al

menos en la posibilidad de llegar a él.

En una tercera parte, titulada "Dios ante nosotros o ¿quién es un cristiano?", Balthasar comienza recordando una frase de Santo Tomás y expresándose así: "Muchas cosas quedan resueltas, ya desde el primer momento, con sólo recordar una sencilla ley del pensar, a saber: Que la esencia de una cosa la captamos de la manera más clara allí donde ésta aparece del modo más puro" (p. 71).

Amonestación de altísimo bordo, jamás tenida en cuenta entre los medio-teólogos de que se querella el Sínodo. Sabemos lo que es un cristiano, pensando lo que es un santo en el cielo y luego contemplando la vida del santo en la tierra; y precisamente la vida del santo en sus tiempos postreros, cuando ya era prácticamente santo. Algo de esto leí, y me ha influido no parvamente a lo largo de mis estudios, en el prólogo, creo que de Gutiérrez Vega, al libro de Cabasilas.

Por cierto, que al hombre animal esto le parece absurdo. Tendremos que llegar a columbrar algo de lo que es la vida del cielo, a base de pensar en la tierra; tarea que, de puro costosa y complicada, no vale por lo demás la pena de ejecutar. Hay aquí un funestísimo equívoco en lo tocante a las realidades de fe. Un equívoco que pulula por toda la teología y es la confusión entre el conocimiento y el modo de expresarlo. Las verdades de la fe las conocemos por la revelación sobrenatural y las expresamos teológicamente -con nuestra teología que va abaratándose según nos acercamos al pueblo- valiéndonos de las analogías terrestres. Pero no llegamos a ellas por tales analogías. No sabemos que Dios es nuestro Padre, porque contemplamos a los padres humanos. Lo sabemos porque nos lo ha contado Cristo, que ve al Padre en sí mismo. Y expresamos esta paternidad, valiéndonos de esta analogía natural, iluminada por las mismas explicaciones de Cristo. Es algo completamente distinto.

Por eso, para comprender, en cuanto puede ser comprendido, para entender -que es más exacto- lo que es un cristiano, tenemos que partir simplemente de la Escritura, de lo que ella nos revela de la vida cristiana, sobre todo en el cielo, y luego meditarlo a la luz del Magisterio de la Iglesia y de las concepciones de los santos, especialmente de los santos doctores, que no sólo han experimentado lo que es el cristianismo, sino que según el Magisterio, han obtenido el don de saberlo manifestar.

El cristiano, dice Balthasar, es el que depende de

Cristo, tiene comunidad con El. "Cristo nos ha redimido activamente; nosotros somos los redimidos pasivamente por El. Todo lo que luego nosotros hacemos activamente, dando una respuesta, se basa siempre en esa pasividad anterior a todo, la reconoce en la fe, la proclama en el testimonio. Dar testimonio es lo que otorga su forma unitaria a todo nuestro ser y obrar cristiano" (p. 74).

La atención de los cristianos se concentra hoy en el testimonio, que es palabra de moda, pero es palabra ambigua, puede quedar en un minimalismo, en mera afirmación de un acontecimiento histórico, lo que podría operar asimismo un hombre sin fe.

Cristo no sólo actuó **ante** los hombres, sino que vivió **con** los hombres e hizo vivir a los hombres **en** El. Y cuanto más vivían en El, más grandioso se les aparecía. A Cristo se le entiende ineluctable, pero solamente viviendo desde El. Entender es penetrar, pero en Cristo no se puede penetrar desde fuera, con naturales energías humanas, sino exclusivamente desde El mismo, después que hemos sido incorporados a El y en la medida en que lo hemos sido.

(Puede haber una cierta inteligencia de Cristo en el aun no cristiano en la proporción que ya lo está siendo, en cuanto influido ya por la gracia de Cristo y eso es el proceso de la fe).

Es decir -y son observaciones más- que aparentemente el desarrollo primero es: Cristo actúa **ante** los hombres, atrae a algunos, vive **con** ellos, los incorpora y vive **en** ellos. En realidad, sólo en tanto vive ya **en** ellos, puede actuar **ante** ellos; de lo contrario, no hay más **ante** que ante las piedras del desierto; sin la operación interior no hay posible reacción personal capaz de contemplar la acción de Cristo, ni hay posible convivencia **formal** con Cristo. "Nadie viene a Mí, si el Padre no lo atrae".

Y lo mismo vale del cristiano: Sólo en cuanto está **en** Cristo, puede vivir **con** Cristo y, por tanto, obrar personalmente respecto de la vida de Cristo: o sea, recoger personalmente la actividad de Cristo ante él. Y consecuente, pero ineludiblemente, sólo cuando vive **en** los otros, por esta imitación real, misteriosa y en lo definitivo impenetrable, de la circuminsession divina trinitaria, puede vivir **con** los otros (y de lo contrario, aun psicológicamente, la convivencia es inaguantable)

puede dar testimonio **ante** los otros, en cuanto influídos simultáneamente por la gracia de Cristo, y por lo mismo poseedores, en algun aspecto, de su propia vida cristiana. Así visto el testimonio tiene su valor total e imprescindible. Las explicaciones que he escuchado hasta ahora no pasan de ser aplicaciones humanitarias y, en el mejor de los casos, música celestial.

Día 27 de Enero

Las 4 en punto. Casi un trecho de cinco horas, para mis andanzas intelectuales. Empalmo sin más con las tesis de Balthasar, donde las dejé ayer.

El punto de enlace es Cristo Hombre obediente al Padre, pues su voluntad humana -accesible por principio a los hombres- es depositada, más allá de todo límite de humano querer y poder, en la voluntad del Padre. Es la postura de siervo reflejo, consecuencia ontológica, de su ser el Hijo que, en humano es obediencia. Lo que tantas veces repito, sólo que dicho a la verdad, bastante menos perspicuamente. La respuesta del hombre, del puro hombre, es la obediencia de la fe, movida, sostenida, llevada a su término por la gracia de Cristo. Fina comparación del amor de una joven esposa, suscitado, mantenido y rematado, por la enamorada insistencia del esposo (...).

Pero la entrega humana a otro ser meramente humano reserva en sí misma, por su misma naturaleza, limitaciones, aunque sean inconscientes. La dedicación a Dios no puede, de suyo, sostener limitación alguna: por la exclusión de cualquier infidelidad en Cristo, en el Padre y por el carácter de omnipotencia del amor divino a su criatura. (Así es, me ocurre, cómo el celibato es una expansión sobrenatural, de la tendencia natural de entrega en el hombre). Y hemos alcanzado el núcleo de la respuesta a la cuestión de la obra: ")Quién es un cristiano?". El que vive de fe, "un hombre que ha puesto toda su existencia a la oportunidad única proporcionada por Jesucristo, el Hijo de Dios, obediente por nosotros todos hasta la cruz: la oportunidad de participar en el 'sí' obediente dado a Dios, 'sí' que redime al mundo" (82).

"Por parte de Cristo, el acto de obediencia por amor cimenta su existencia, ya que el Hijo de Dios no es 'arrojado', sino 'enviado' a ella" (p. 82). En la obediencia de Cristo resplandece el misterio de la Trinidad.

"Lo que la existencia del Hijo manifiesta de la esencia de ese amor es la renuncia a disponer de sí. Sólo esa renuncia confiere su explosividad inaudita a la realización de su tarea. El Hijo ha renunciado a toda previsión, ha dejado toda la providencia al Padre que lo envía y lo conduce. Esto le exime de toda obligación de calcular, de dosificar, de hacer diplomacia; le otorga un arrojo infinito, que no necesita preocuparse de los muros de contradicción, dolor, fracaso, muerte, pues el Padre le guía y le recoge al final extremo de la noche. Así pues, el Hijo llega a la libertad total, mediante el acto de total obediencia... Desde el principio del Hijo se encuentra más allá de la "preocupación" ("por el día de mañana, de que comeréis, y beberéis, ni de cómo vestiréis" (Mt 6,23); goza de la despreocupación del que, una vez para siempre, puede confiar en el Padre previsor" (83-84).

Nota luego el autor que "la dogmática, en sus dos columnas fundamentales: Encarnación y Trinidad, constituye también la síntesis de la doctrina cristiana de la vida: dogma y existencia están íntimamente entrelazados. Pues Jesucristo no es sólo Hijo eterno del Padre, que en su vida y en su Pasión nos muestra y nos trae la gracia de Aquél. Es también verdadero hombre que, en cuanto tal, inicia 'originariamente' y 'como primero' el comienzo de la existencia cristiana. Establece el ámbito de la fe y lo pone a nuestra disposición, pero de tal forma que él mismo realiza de modo prototípico el acto de fe" (p. 84).

Aunque Dios puede manifestarse de mil guisas fragmentarias en sus criaturas, hay una forma singular que le proporciona la posibilidad de paentizar su esencia - misteriosamente, por supuesto -: el "sí" ilimitado de la criatura espiritual, pronta a llegar a donde Dios quiera, a ser empleada y consumida todo lo que Dios considere necesario... Y esto es, conforme al análisis de las tres primeras peticiones, lo que demandamos en el Padrenuestro...

Hasta aquí me he confinado a compendiar el pensamiento de Balthasar, procurando trasladar las frases-claves. Voy ahora a escoliar sucintamente ese mismo pensamiento; no con la seguridad de ser fiel a Balthasar, pero sí confiado en serlo a la verdad.

El fenómeno actual de la concentración en lo humano produce una falsa visión de la personalidad. Al partir de

la persona humana, de la mal apellidada realidad, se considera necesaria la expansión trabajosamente activa del hombre y, por consiguiente, pese a tanta murga sobre la comunidad, se originan continuos choques entre los humanos y, sobre todo, se columbra toda intervención de la autoridad como coartante. Si la óptica fuera legítimamente usada, se podría gozar de la verdad que es, punto por punto, lo contrario.

La personalidad humana, que es filial -y todo lo más podría haber sido exclusivamente creada- es ante todo personalidad pasiva, es decir, que su tarea personal, su expansión, su crecimiento, se ejerce en una recepción personal, consciente y aceptada. Por consecuencia, el esfuerzo hay que ponerlo, fortalecido, impulsado por el Espíritu Santo, en recibir todo lo que Dios quiere dar.

No se trata ante todo de discurrir planes, sino primero y cardinalmente en superar la desconfianza en la intervención principal y primaria del Padre, por Cristo y en el Espíritu, no apegándonos a los proyectos de puro cabotaje, fraguados por nuestra reducida capacidad intelectual y volitiva, sino dejándonos abiertos a las inspiraciones divinas, que, según leyes constantes reveladas, nos llegan significadas en colaboraciones humanas autoritarias.

Es, pues, primordial la postura de obediencia, ante todo a los que el Espíritu Santo ha puesto para regir la Iglesia y luego a las mismas circunstancias y a las inspiraciones interiores, discernidas con la ayuda de los textos eclesiásticos y la dirección espiritual.

A través de la historia, como lamentable constante, se ha producido de sólito un fenómeno consistente en que el hombre, insuficientemente santo, ha sido impulsado a la contemplación, mucho más por la necesidad que por el amor. Deficiente en la fe, se ha acercado a Dios con sensación de necesidad práctica más que de necesidad amorosa. Esto ha marcado ineludiblemente buena parte de las elucubraciones, incluso dogmáticas, de un signo demasiado humano y, aunque parezca paradójica, por tanto inhumano, impedimento difícilmente salvable, para la contemplación auténtica y pura de la Realidad divina en sí y en sus designios. Así el "progreso", perpetrado fuera del impulso genuina y netamente divino, se ha fijado, por ejemplo, en la realidad personal humana, pero no ha partido de la existencia de las Personas divinas, aunque sin duda la consideración teológica del misterio trinitario haya tenido no poco que ver con los descubrimientos acerca del

valor personal del hombre. Pero no se han desarrollado tales visiones perfectivas en línea recta vertical, perpendicular, del Padre personal hasta el hijo humano, participando por Cristo de la personalidad del Padre, sino mezcladamente, partiendo muchas veces de la consideración del hombre.

Así la idea de personalidad ha ido impurificándose con ingredientes mal interpretados; lo que es consecuencia se ha tomado como causa y en lugar de un ser-imagen filial, se ha construido un irreal ser fuente, una especie de Dios mal conformado, extremadamente grotesco, cuyo panorama último es la angustia, el infierno en la tierra, de que hablan tanto los literatos, medio filósofos en boga.

Lo más triste es que se quiere tomar tal conducta como paradigmática. Se supone -porque se constata el suceso- que no puede acontecer de otra manera. Y se proclama, con toda frescura y seguridad, que el hombre ha de partir de la realidad visible -llamada realidad sin más- y que ha de ser impulsado por las sensaciones de necesidad, planteadas incesantemente por los acaecimientos cotidianos. Descubrir y crear necesidades humanas es entonces el ideal pedagógico de todos estos mentecatos -quiero decir literalmente privados de mente, es decir, de capacidad de visión- con lo cual se pregona inconsciente e impersonalmente, pero con no menos energía y maldita eficacia, la deficiencia de atracción del Hijo, cuya contemplación, según ellos, es incapaz de suscitar el deseo de conocimiento. Tal es la pedagogía instalada en nuestro seminario. Pedagogía propiamente infernal, pues niega la acción amorosa del Padre en su grado más intenso y expresivo.

Balthasar continúa explicando la extensión indefinida de esta entrega a Dios y cómo lo que señala al cristiano es el "sí" a una voluntad misteriosamente amante. Como no se trata de mantener en forma nuestras fuerzas, según concepciones humanas naturales, y para ejecutar planes humanamente concebidos en servicio de Dios, sino contrariamente, de abdicar de nuestros proyectos y de nuestras previsiones, abandonándolas en favor de una confianza absoluta a la providencia sapientísima del Padre, manifestada en Cristo. A última hora este juicio se establece en la cruz.

"Pues Cristo no dió el "sí" a su propio plan limitado, sino al plan de Dios, que es siempre mayor

y que, en todo caso, tiene siempre aspecto distinto del que el hombre había imaginado. En esta experiencia de lo distinto se decide si su "sí" se había dicho a Dios o a sí mismo; si era obediencia de fe o especulación personal; si lo que viene es el reino de Dios o el reino del hombre" (p. 89).

"La dilatación definitiva de la voluntad humana, preocupada medrosamente por conservarse a sí misma, a la inmensidad de la voluntad divina, despreocupada e imprevisora, no se realiza por una acción humana, sino por una pasión impuesta. Mientras actúa el hombre no está aún demostrado prácticamente que al hacerlo obedece a Dios. La obediencia hasta la pasión es lo que lo demuestra. Nada puede sustituir a esa "experiencia", a ese "entrar" en la inmensidad de Dios. De Cristo mismo se dice que "conoció la obediencia por la pasión" (Hebr 5,9). Entre el saber y el conocer hay, por tanto, una diferencia esencial en el hombre y ello justamente en lo que respecta a la fe. Por eso la categoría de "tentación" (del hombre por Dios) pertenece al patrimonio básico de la Biblia. Dios mismo, por así decirlo, sólo está "seguro" de un hombre cuando lo ha probado, como el oro en el fuego" (p. 90).

Habría que fijarse en que la liturgia, siguiendo a la Biblia, llama pasión a la operación redentora de Cristo. Pasión: Algo recibido, recibido de Dios, con intervención diabólica, ejecutado externamente por los hombres, recibido voluntaria, amorosa y confiadamente por Cristo. Esto es toda acción redentora (La observación es mía, no de Balthasar, pero muy valiosa en la predicación).

"Esta es la razón por la que el primer amor decisivo de la criatura consiste en la obediencia y no en saber, ya de antemano, (teniendo a Dios a la espalda) qué es el amor y qué efectos produce" (p. 92-93).

Figura de María en Betania: No un plan de atención organizada a los hombres, repartiendo a los pobres, sino una concentración en el Amor presente, realizando algo que no se entiende del todo. Esta obra, un tanto insensata en su aspecto externo, "tiene, sin embargo, un sentido infinitamente más profundo y consecuencias infinitamente

mayores y una fecundidad infinitamente más grande que todos los programas proyectados por el hombre mismo. Y ello, precisamente, porque el que ama de ese modo no conoce el alcance de su obrar, sino que cede su intento de amor al amor de Dios, para que Este lo emplee con libertad. Y Dios lo utiliza para sus fines que el hombre no adivina y cuya revelación (ahora o en el último día) le sorprenderá como suprema bienaventuranza" (p. 93). "Todos los esfuerzos exagerados de los hombres, al trazar unos proyectos buenos e incluso óptimos, no pasan de ser meras convulsiones y contorsiones; lo que Dios exige es el abandono y la entrega del corazón con amor creyente" (p. 94). Y como el hombre es duro para esto -en sí mismo o por la representación de los otros- esta postura supone que Dios rompe nuestra dureza y produce la agonía del Huerto. Y podría trazarse una historia de la Iglesia reseñando los sustitutivos que los hombres han ido buscando durante los siglos, para hacer algo por Dios que les tranquilice de su falta de entrega. La historia de la evasión de los cristianos. Y yo pienso que sería fructuoso escribir, desde este punto de vista, la vida de los cristianos, sus "movimientos" durante los últimos 30 años. No más, por supuesto, que para contrastar la misericordia del Padre sobre todo ello.

De aquí concluye Balthasar una runfla de observaciones acerca de la pobreza, que es la vaciedad de proyectos personales. El rico no es invitado a las bodas y si es invitado no acude, porque está siempre ocupado, no disponible. El pobre, el humillado, el estéril... ése es quien está disponible. Este espera de Dios, está fijo en Dios y esto es un acto habitual de fe, dicho de otro modo: la contemplación. Contemplación que es consecuentemente central en la Iglesia, suscite actos externos o no los suscite. La contemplación en el sentido de enclaustración no es el del todo exacta, pues ésta puede ser consecuencia de aquélla o no serlo. Pero al reducir la contemplación a la actividad meramente adoradora, como una actividad humana más, aunque centrada en Dios, se reduce su anchura infinita. Y de paso se excluye de la vocación contemplativa a un buen número de cristianos, sin duda la mayoría.

La contemplación es esa fijeza de la mirada en Dios, es María, revolviendo las cosa en su corazón, y eso puede hacerse en un convento o en medio del mundo; lo importante es que se haga. Ahora, la eficacia de la contemplación no es primordialmente el testimonio, el signo -con lo que hoy

se pretende consolar a las pocas personas que, apreciando la oración, se encierran todavía en el claustro-, sino que la eficacia la tiene en sí misma: "El efecto decisivo producido por la auténtica contemplación se encuentra totalmente en lo invisible, para disgusto de todas las estadísticas" (p. 104).

La fe se pone a disposición de Dios, para que El haga lo que quiera y la vida contemplativa desemboca de manera normal en una noche. Considerar desde este observatorio los escritos de Santa Teresa, sus expresiones sobre los trabajos de los contemplativos y atender a las ideas del propio Balthasar, en su obra "El cristiano y la angustia".

Critica las posturas actuales frente a la contemplación y sienta el criterio orientador acerca de la actividad: esa decisión de obediencia a Dios por encima de todos nuestros planes. Algo de aplicación inmediata, total y desoladora a la situación de (...) en la España de hoy.

Otra consecuencia: **El sentido del "de una vez para siempre"**. La negación, la repugnancia, a tomar posturas definitivas: El deseo de disolubilidad del matrimonio, de dispensa del celibato, de limitación de la natalidad: el hombre desea estar en disponibilidad para sí mismo; no quiere tomar decisiones absolutas, cuyo alcance él no puede prever totalmente. Repudia toda entrega vital perpetua. No quiere dejarlo todo, de una vez para siempre, en manos de Dios. Quiere administrarlo él, poseer la propia vida. Una vez más la idea de "responsabilidad", que es aceptación consciente y libre y, por tanto, oscura, confiada, de un plan de Dios, del cual sólo se ve lo suficiente para pensar que es de Dios, se sustituye por la decisión de actividad hacia Dios.

Y en la base de todo esto tropezamos una idea: La "mayoría de edad" del cristiano. Balthasar examina este asunto y adviene a las mismas conclusiones que yo he tocado otras veces. Como siempre su claridad es notablemente menor a la mía. Pero, en cambio, me ofrece ocasión de matizar algunos extremos y de afirmar mis teorías con su autoridad. Y de paso me proporciona las citas necesarias. Voy, pues, a resumir mis elucubraciones teniendo delante las suyas.

En la Biblia, menor de edad es el niño en el sentido natural (I Cor 13,11; Mt 21,16).

O el cristiano duro de oído a la palabra, es decir, el que no entiende las cosas de Dios: Hebr 5,11-12. Lo mismo I Cor 3,1, en que las "cosas espirituales" se

refieren esencialmente a la cruz (cfr. I Cor 1,18-25). La minoría de edad de los corintios consiste en que no están todavía a la altura de este escándalo que permite ver el interior de Dios.

O es el judío anterior a Cristo: Gal 4,1-7, y eso, porque servía a Dios a través de un elemento del mundo -la ley- y no en la libertad e inmediatez a El. Y sale de esta minoría por la intervención de Cristo, que nos redime y envía su Espíritu. Ser mayor es poseer el Espíritu de los que "pertenecen a Cristo y han crucificado su carne con sus pasiones y concupiscencias" (Gal 5,24; cfr. lo anterior: 4,5-6). El elemento común es la relación entre mayoría de edad y cruz, tal como lo explica en Hebr 5,13-14. La palabra de la justicia es la misma que la palabra de la cruz.

"El cristiano menor de edad no puede digerir ni asimilar esa palabra, no le gusta. Para apropiársela el hombre necesita un sensorium desarrollado. Sólo éste "saborea" el don celestial, "degusta la hermosa palabra de Dios y las fuerzas del mundo futuro" (Hebr 6,4-5), pues la verdad existencial de la muerte y la resurrección de Cristo ha conseguido prevalecer en su existencia, habiéndose convertido en el criterio para discernir el bien y el mal" (p. 112). Esta es la mayoría de edad, a cuya formación aspira el apóstol en su tarea, "hasta que Cristo adquiriera figura en vosotros (Gal 4,18-19). Es la figura que grabó en el cristiano la Iglesia por el bautismo (Rm 6,3-8).

"Es, pues, mayor de edad el que actualiza en sí, de modo existencial-subjetivo, la realidad sacramental objetiva. El que no necesita que se le obligue constantemente, desde fuera, a morir a este mundo, sino que de manera libre y responsable, de una vez para siempre, 'ha crucificado su carne con sus pasiones y concupiscencias' y puede decir con el apóstol: 'Por Cristo el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo... Llevo en mi cuerpo las señales de Jesús' (Gal 6,14.17)" (p. 113).

Y un ejemplo de mayoría edad lo tenemos en Hech 16,6-7, donde Pablo trueca sus planes sin titubeo, a impulsos del Espíritu Santo.

En consecuencia, la mayoría de edad no es cosa tan simple como la gente piensa. No consiste en tener una conciencia moral formada según principios -y esto no sería

poco- sino en estar abiertos a las inspiraciones del Espíritu Santo, libremente, sin titubeos, con capacidad espontánea de discernimiento gustoso. Esto supone "una docilidad extrema, un instinto sobrenatural de obediencia arraigado en nuestra carne, es decir, lo contrario de lo que con nuestra tosquedad masiva nos imaginamos como "mayoría de edad". Cuanto más obedientes seamos al Espíritu libre de Cristo, tanto más libres y mayores de edad podemos creer que somos. Todo lo demás es autoengaño" (p. 115).

Esta vida de mayor de edad es una existencia basada en la misión. Y han de tenerse en cuenta varios elementos: La postura de "empleo fijo", el carácter de lo definitivo, que es radicalmente ya el bautismo, pero éste exige ratificaciones existenciales.

Otro elemento es lo "**eclesiástico**". El Espíritu actúa en la Iglesia y en ella hay pedagogos que le llaman la atención, que le proponen prácticas y medios para crecer en ese Espíritu. Mientras el cristiano es extraño al Espíritu, también lo es a esas prácticas. Pero debe atribuir sus sentimientos a su minoría de edad. La misión cristiana es siempre carisma y éste viene dado, no es algo que yo me atribuyo. La recepción del carisma constituye la obediencia eclesiástica del miembro.

"En cuanto fundada en la revelación, la relación del miembro con el encargo que se le hace es tan objetiva y a la vez, tan viva y espiritual, que su concreción en una relación oficial-carismática de obediencia a un `superior` (en el llamado `consejo` evangélico de la obediencia) se encuentra totalmente en la línea de lo que antecede" (p. 118-119).

Recuerda las amonestaciones muy exigentes de San Pablo a sus comunidades, a las que no siempre debía de considerar como menores de edad en su conjunto o en cada singular individuo (cfr. II Cor 10,2-6).

"El que no comprenda la unidad existente entre la mayoría de edad y obediencia a Cristo y a la Iglesia se encuentra muy lejos de aquélla. Como tales vinculaciones, sin embargo, se manifiestan sólo al que ora con fe viva y, cuando esto no ocurre, todo se pierde en un partoleo superficial y peligroso, se debería emplear el vocablo "mayoría de edad" con la

máxima moderación y el mayor cuidado. Gran parte de los que lo pronuncian continuamente no conocen, desde luego, el acento con que lo emplea la Escritura; hablan -teniendo a Dios a su espalda- de cosas que vienen exigidas al parecer (vox temporis, vox Dei) por las circunstancias de la época y por la estructura del mundo moderno. Pero no preguntan qué es lo que Cristo exige. Piensan que su misión está debidamente en regla; creen saber cuál es la mejor manera de servir al reino de Dios y, por ello, no se recatan tampoco de secuestrar, para tergiversalas, las partes más importantes y vitales de la revelación, cuando no se ajustan a su borrador moderno. Desmitologización se denomina a este modo de actuar" (pp. 120-121).

Poseo aquí importantes orientaciones acerca del sobado tema de la "mayoría de edad". Sin embargo, no puedo decir que haya quedado fijado definitiva y aceptablemente. Debo examinar los pasajes de la Escritura, al menos del Nuevo Testamento, donde se insinúa o desarrolla el tema. Por ejemplo, el "si no os hicieréis como niños". Debo perseguir en los textos de los Papas y del Concilio los rastros de la frase. En mi opinión, aun admitiendo que el trabajo resulte prolijo e incluso pesado, merece el tema esa en suma parva cruz. Pues yo pienso que es un slogan que resume bastante bien y expresa casi perfectamente la memez moderna.

El amor, forma de la vida cristiana. Ahora pasa el autor a tratar de la caridad fraterna. Y comienza, como hago yo siempre, notando dos cosas: la distinción neta entre caridad y filantropía, la pasividad de la caridad. Cita el mismo texto de que yo me sirvo: I Jn 4,10.

Señala, como característica, la postura de disponibilidad a dar la vida por todos y cada uno, pues esto en humano es un absurdo. Parece indicar que piensa que, cuando alguien da la vida por otros lo hace realmente -si no hay vínculos naturales- movido por la gracia. Aunque no creo de ninguna manera acertada la exégesis. De todos modos, a continuación insiste en que para el cristiano el otro toma el rostro de Cristo y le hace revelar a él mismo sus facciones cristianas. Rauda alusión al aspecto de los dogmas relacionados con la caridad hacia el prójimo (pp. 125-126). Y conclusión: Es por esta caridad por la que seremos juzgados.

Quizás lo único que precisa anotación -todo lo demás entra en mi predicación ordinaria- es la relación de la confesión con la caridad: "Y si no hubiera una confesión de los pecados, permaneceríamos encerrados, en última instancia, dentro de nosotros mismos y no podríamos pasar, mediante un acto comprensible para el hombre, de ser hijos perdidos a ser hijos reencontrados" (p. 126). Es decir, ahondar en la acción del sacramento como sustracción al egoísmo, a la influencia demoníaca divisora.

¿Qué quiere decir practicar?. Practicar es ejercer. Ejercer el cristianismo (no hay que olvidar que se ha preguntado qué es un cristiano) no es solamente ir a Misa el domingo y comulgar por Pascua. Esto es síntoma nada más de que cree en la eficacia de esas cosas y de que está dispuesto a hacer el sacrificio que supone la constancia en acudir. Pero de suyo, en una mala inteligencia del asunto, podría ser signo de que con eso cree, sin más, asegurarse la liberación del posible castigo infernal. Lo cual significaría muy poco cristianismo. (Para Balthasar el indicio sería todavía más deplorable). La Iglesia es relativa al mundo: es sal, levadura. En la Misa oímos la palabra para asimilarla, comulgamos para que Cristo viva en nosotros y por eso todo ello acaba en misión (que yo creo debería recalcarse más como marcha al mundo, a las tareas encomendadas, al cumplimiento de la misión ya conocida: una ratificación de la encomienda; todo lo cual no queda muy distinto en el "podéis ir en paz").

Practicar es confesar una o varias veces al año: acto muy personal y que, en la medida que lo es, nos hace notar el efecto de la gracia perdonadora. Es profundizar en la distancia entre el mandamiento de Dios (amarle a El y a sus hijos) y el mandamiento peculiar mío (amarme a mí en mi propio egoísmo). En resumen, formulo yo penetrar la diferencia entre Dios-Padre-Amor y yo-egoísmo. Y eso es como fuente para practicar luego ese amor que he recibido. Nos hace vivir el sacramento que es un signo y nos convierte, abriéndonos a los demás, en signos de Dios cuya acción hemos sufrido.

Practicar es vivir el año litúrgico. Y es finalmente vivir el destino peculiar, interpretando los acontecimientos de su vida, a la luz de la Palabra divina. "Practicar es, pues, siempre un acto de concentración meditadora -`haced esto en memoria mía`-, pero orientado siempre hacia la dilatación en el mundo" (p. 134).

Día 29 de Enero (1968)

Las 3,20 de la madrugada. Indicio cierto de recuperación, tanto más cuanto que ayer estuve de viaje en Madrid y al regreso me notaba, como siempre, muy fatigado.

Durante mi estancia y la vuelta, leí "Humano o cristiano" de Bouyer y un artículo de Rahner. De ambos comentaré algo, espero que esta misma noche. Por el momento liquidaré el librito de Balthasar.

La cuarta y última parte se titula: "Expropiación y misión en el mundo". Consiste en una crítica de las tendencias apuntadas en la primera parte, fabricada desde el núcleo ya encontrado del cristianismo.

Esta cuádruple tendencia "nos pareció discutible en la medida en que desviaba su mirada del centro de lo cristiano -presuponiendo que éste era lo bastante conocido- y se dedicaba demasiado a la periferia y tan a menudo, como para demostrar que lo que se deseaba era olvidar el centro y sustituirlo por algo periférico, considerado como nuevo centro" (p. 137).

"Cómo sirve un cristiano al mundo y cómo no le sirve". De los textos escriturísticos, expresados de cualquier forma que se desee, no brota una sola gota de evolución. Lo único posible es insertar la Escritura, como un momento más, en una filosofía integral del cosmos, a no ser que se quiera tildar a la revelación entera de falta de madurez cultural. A este propósito Balthasar alude, en nota sarcástica, la teoría de un teólogo que no se avergüenza de indicar la época de la encarnación como una parte de la kénosis de Jesús.

"Para nuestros días, en que el mundo ha evolucionado en todos los sentidos, (qué Cristo tan inteligente y desarrollado hubiésemos tenido que esperar! (Es algo inconcebible!" (p. 138. Nota).

Una síntesis en que la teología de la Escritura desaparece, para volver a surgir luego, parece como quod-erat-demonstrandum cristiano. Tal sucede en la figura de Cristo cósmico, glorioso y eucarístico, anulado el escándalo de la cruz. Se utiliza la doctrina cristiana en tanto se deja transformar en una "ética positiva" y se deja atrás cuando resiste semejante transformación. Así, resulta ser el hombre quien juzga la Palabra. Cautela en las integraciones de lo natural con lo sobrenatural. Es

precisa honda meditación "sobre la importancia de la cruz (que él debería anunciar), ni sobre la omnipotencia de Dios (a la cual quisiera ayudar apresuradamente con el poder mundano), ni sobre las leyes de este poder (que utiliza, sin saberlo, de un modo poco crítico)" (p. 140).

El cristiano está situado entre Dios y el mundo, indefenso, expuesto, desamparado por ambas partes, como quien espera solamente de Dios y solamente en ese desamparo, la protección divina.

Cita del capítulo 10 de San Mateo. Y hay una doble tentación, progresista e integrista, de huir parejo desvalimiento.

"A pesar de todo, un único compromiso". Ya el hombre natural, en cuanto espíritu, trasciende el mundo cerrado y tiene su puesto "normal" entre lo relativo y lo absoluto, entre el mundo y Dios. Esto se ha sabido siempre y, si el mundo moderno lo ha olvidado, ello constituye un empobrecimiento.

El cristiano es un desarraigado del mundo y, por eso, puede ser enviado a él. Y precisamente al medio del mundo, no a la periferia. Y se realiza por la disponibilidad del hombre respecto de Dios y, por tanto, respecto de la tarea que Dios le encomienda. Ello insacula la expropiación. Y, por otra parte, que tenga algo que dar; es decir, la relativa perfección de la capacidad de trabajo en el sentido del quehacer encomendado. "Y lo que llamamos esperanza cristiana no significa interrupción, sino profundización e intensificación infinitas de aquel oscuro esperar del individuo en que su existencia vivida no haya resultado completamente inútil y sin sentido para el todo" (p. 149).

Hay aquí un manajo de sugerencias gravísimas. Ante todo que sólo el desarraigado puede ser enviado al mundo. Que sólo se puede ir al mundo desde fuera de él, desde Dios precisamente. Que **estar en** el mundo tiene en la Escritura sentido transcendente: Hay que vivir allí como Dios mismo vive, como vive el mismo Cristo: desde fuera. Sólo así podemos caminar hacia la tierra. Quien está ya plenamente, en todas las acepciones, entre los hombres, tal y como ellos son, no puede en modo alguno ir hacia ellos. Esto es perogrullesco y, sin embargo, parece ignoto a la mayoría de los predicadores. Creo que la expresión más perspicua y apurada sería: Sólo cuando se ha salido del mundo en cuanto esfera del influjo diabólico, cuando se está preservado ya del mal, el día que se ha ganado

conciencia de tal preservación, por la experimentada unidad con Cristo en el Espíritu, es hacedera la marcha hacia el mundo como creación.

La muy repetida idea de necesidad psicológica del saberse útil. El deseo de eficacia, en el doble aspecto de ayuda al prójimo y de realización de alguna tarea, de constructor de algún artefacto, es algo que pertenece a la integridad del hombre. De ello no puede expropiarse. Pero la fe le concede nuevas visiones de la utilidad, de la eficacia en ambos aspectos. Da a su operación cariz universal - eterno. Lo meramente natural queda integrado, pero ya no le importa ver, con los ojos corporales, al prójimo satisfecho de la obra recibida, la labor exactamente ejecutada, el objeto bellamente construido. Ahora la visión es prestada, participada de la visión infinita del Padre. Y puede consistir en la pura confianza, en el saberse útil, porque no tiene conciencia de resistencias a los impulsos del Espíritu Eficaz.

La integración de lo natural y lo sobrenatural. Conocimiento del sentido de las cosas y conocimiento de cómo han de elevarse los manesteres naturales y cómo han de realizarse los quehaceres sobrenaturales. La predicación tiene sus propias leyes, que no son las de la oratoria secular, ejercida con espíritu sobrenatural. Ni una clase puede ser una predicación, ni una predicación puede convertirse en una conferencia aprestada y pronunciada con intenciones sobrenaturales. Hay que penetrar la esencia de los elementos como elementos y de las labores como labores completas.

La mayor parte de las organizaciones católicas, que pretenden ser apostólicas, toman sin más el "ser" de la organización natural -política, industrial- y lo quieren poner, tal cual, al servicio de la misión evangelizadora. Y por el contrario, otros quieren llevar a cabo una empresa humana con los elementos de una organización apostólica. Pero son realidades diversas que han de tratarse como tales. Aunque es cierto que el ejecutor cristiano tiene siempre, como tal cristiano, algunos elementos que aportar, que sin desvirtuar la esencia de la obra natural, la acompañan, un tanto desde fuera, pero entrando en ella como levadura, a través del ánimo del organizador. Me refiero, en concreto, a ingredientes como la oración, la mortificación, el sufrimiento.

Iglesia humilde. La misión al mundo debe ser la autoexpropiación de la Iglesia en favor de Dios.

"La Iglesia desinteresada busca sólo el honor del Señor y no el suyo propio, de igual manera que el Señor jamás buscó su propio honor, sino el del Padre" (p. 151).

La Iglesia no ha de intentar justificarse y yo creo que las autoacusaciones actuales tienen de eso más que de otra cosa cualquiera. Esa disposición, tan pronta, de muchos a condenar pretéritas actuaciones o aún actuales posturas de otros católicos, me parecen mucho más influídas por el ansia de declararse exentos de tales defectos -defectos al menos a los ojos de los acusadores- que por el humilde deseo de pronunciarse como miembros de una Iglesia que puede errar en muchos aspectos, que es la Iglesia de los pecadores. Discursos que implican más o menos la sentencia: Hoy ya no fallamos o nosotros -progresistas- no podemos fallar; o todavía en boca de los integristas: Nunca ha fallado la Iglesia a que pertenezco, por tanto yo tampoco fallo. No la justa fórmula: Dios es misericordioso con los hijos malos que somos los católicos.

La insistente exhortación al testimonio, la perturbación, la rabia ante las faltas de los hermanos católicos, que, curiosamente, siempre se refieren a los pecados socialmente condenables, indican sobradamente que nos mueve el anhelo de justificación personal y no la gloria del Padre, intacta y aun acrecentada, en las debilidades de sus hijos.

Balthasar señala más bien el ridículo de pasadas equivocaciones (y yo le juzgo exagerado; creo que, como otros muchos, condena como pecado lo que la sociedad actual ve censurable. Desde el Evangelio las cruzadas me siguen pareciendo esencialmente gloriosas); la situación muy pobre en cuanto a ciertas empresas culturales, benéficas, etc.

"Lo que en el sentido mundano apareciese como progreso y evolución resultaría enseguida, en ella, sospechoso de constituir una huída de su auténtica esencia. Gran incremento numérico, honores, riquezas, posiciones de poder cultural y político tendrían que suscitar en ella malestar y el miedo de haber sido olvidada por Dios. Su situación no deja

de ser paradójica, pues sólo como pequeño rebaño puede producir un efecto grande; sólo como levadura concentrada puede `ceder la masa entera`. Y es comprensible que sucumba, una y otra vez, a la tentación de considerar este `gran efecto` en la `masa entera` como garantía de la autenticidad de su obrar. Esto constituye una tentación, pues en última instancia el obrar de la Iglesia no puede ser medido. Lo más esencial de sus energías: la oración, el sufrimiento, la obediencia de fe, la entrega (quizás desaprovechada), la humildad, todo esto escapa de cualquier estadística" (p. 155).

Responsabilidad de cada cristiano, reafirmada con una frase infeliz -no muy concorde con explicaciones antecedentes- "éste -el clero- se convierte cada vez con mayor claridad en organización auxiliar, cuya misión es educar y mantener al Pueblo de Dios en el justo espíritu cristiano" (p. 156). (La idea de representación de la paternidad de Dios, estrictamente como tal, semeja mucho más adecuada. Y no creo que los padres de familia puedan llamarse con demasiada exactitud "organización" auxiliar de la sociedad). Desgraciadamente Balthasar recalca su idea exponiendo el orden de la diversas formas de vida: religiosos, seglares, sacerdotes. Confirma una mala inteligencia de la significación del "servicio" en la Iglesia.

"Oración, esperanza, profanidad". La expropiación se convierte en oración: Esta conserva una referencia a sí mismo: pide perdón, implora salvación. Pero, cada vez más, lo terrible va siendo que haya pecado, no que he pecado yo. Y en otro aspecto cada vez la oración va siendo más consciente de que si puede celarse a los hombres de la tierra, es en cambio espectáculo para los santos del cielo.

Un tanto exageradamente, y con no parva incomprensión de las tesis tomistas, arremete contra la idea de la certidumbre de la esperanza "para sí mismo". Sin embargo, -y en eso lleva razón- la única esperanza absolutamente cierta es la que se refiere a la comunidad: En cada uno siempre es compatible con cierto temor. "La verdadera esperanza cristiana es escatológica y comunitaria". Esto es verdad -y no hay más que tener en cuenta las cuestiones de la Suma, en que Santo Tomás analiza la esencia de la caridad-, pero guardando **toda** la

doctrina del máximo doctor acerca de la esperanza. Sería extraordinariamente curiosa una esperanza en que yo no figurase o pudiese no figurar. Yo sólo soy miembro de una comunidad, incluso solo entro en relación con Dios, en cuanto que soy yo mismo. Y toda postergación del yo destruye radicalmente la existencia de la comunidad.

"El slogan que habla del 'mundo profano' y de la profanidad moderna se transforma así en expresión cristiana verdadera. Pro-fano significa lo que está fuera, delante del santuario (fanum). El 'pro' significa para nosotros, que todavía no estamos dentro, pero asimismo que estamos siempre delante y marchamos hacia ello" (p.161). Condenación consiguiente del transcendentalismo que separa absolutamente lo sagrado de lo profano -y traba la esperanza- y del teilhardianismo que escamotea su verdadero objeto con la admisión de la sacralidad actual del cosmos.

Aquí remato los escolios y resúmenes del libro.

(Cuaderno de Estudio. 1968).

LA SANTIDAD

I.- LLAMADA A LA SANTIDAD

1.- LLAMADA A LA SANTIDAD HEROICA:

Cristo viene a eso: "Sed perfectos...". Conciencia de la llamada: Muchas faltas vienen de nuestra dudas.

Ignoramos el grado exacto, pero es siempre mucho más de lo que creemos.

Vanidad absoluta de toda otra cosa.

Puesto que Cristo llama, toda duda viene cierto del demonio.

2.- IMPORTANCIA:

. **Gloria formal de Dios**: Sólo el santo la da en plenitud.

. **Felicidad propia**:

Temporal: **Creer**. Siento y veo a veces que no. Que no soy más feliz por ser más cristiano. Palabra de Cristo: 100 por uno. Mi yugo es suave... Santos: San Francisco: Florecillas; la perfecta alegría. No creemos a Dios y el egoísmo latente nos retrasa. Cada vez que dejas de hacer una cosa es porque en el **fondo** te queda todavía la idea de que fiándote de Dios, dándole gusto, serás menos feliz. Pedirle luz...

Eterna: Después la vida eterna... Frases del Evangelio.

. **Felicidad ajena**: Lo mismo. Cadenas de gracias; de tu correspondencia depende la vida de los demás: Testimonio (gracia externa) y disposición espiritual, que alcanza la gracia interna. Cada paso nuestro resuena eternamente con ecos indefinidos o

en las alabanzas gozosas del cielo o en los lamentos inacabables del infierno. Y nosotros podemos aumentar el volumen de esos cantos o gritos.

Creer en Dios, pese a tus sentimientos. Que veas que la felicidad está en El, que es la misma Bienaventuranza. "Bienaventurados los que no vieron y creyeron".

Las tristezas vienen del pecado. Sólo hay una tristeza y es la de no ser santos.

3.- **SEGURIDAD DE ALCANZARLA**: Para eso nos ha elegido. Ha creado todo para la gloria de su nombre. "Tu conversión es asunto mío". Revelación, Encarnación, Predicación, Pasión, Muerte... Eucaristía, Sacramentos, sacerdotes, Ordenes religiosas. Todo para que tú seas santo. Regalos: Seguridad en personas.

Dolor: Muriendo, porque nos quieran (de ahí todas las penas) y El muriendo, pero ahora de **verdad**, para que le queramos. Diciendo de todos modos que nos ama y nosotros sin creerle. ")Qué más debí hacer por tí, que no haya hecho?".)Qué más quieres?

Ver la respuesta de los hombres en general: Desprecio, olvido e incredulidad frente a su amor. En los "piadosos", el pecado peor es la desconfianza que no les deja desear o que les desespera respecto del alcanzar.

Ver de nuevo su amor que resiste todo esto. Tú puedes cambiar en parte este panorama, si te dejas mover.

II.- QUE ES LA SANTIDAD?

Cristianismo: Adhesión a Cristo.

Santo: Adhesión total a Cristo.

Todas las virtudes vienen de la amistad con Cristo. Buscar lo que El piensa, lo que quiere, lo que siente. Buscarlo en todo. Preguntárselo a El; preguntárselo a sus criaturas: Sacerdotes, libros, amigos... Escuchar sus secretos. Confiar en El hasta la locura.

Partir del "**amor personal**": Cristo tiene

entendimiento, no limitado por la función del cerebro, de modo que puede conocer a todos a la vez. El amor a todos los demás no perjudica, sino que favorece el amor que te tiene a tí.

Igual en su voluntad: Cristo te quiere a tí, tal como eres, con tu cuerpo, tu tipo, tu cara, tu manera de hablar, tu entendimiento, tu temperamento, tus cualidades, tus defectos. Y eso desde hace 20 siglos. Y cada una de sus acciones las realizaba por tí: "Me amó y se entregó a la muerte por mí". Y tú tienes un puesto totalmente especial y distinto del de todos los demás en el Corazón de Cristo. No eres uno de tantos, porque eso sólo existe para este corazón humano pecador, pero para el Corazón humano de Cristo no hay nada anónimo, nada en montón. Cada detalle tuyo le es infinitamente querido y está pendiente de él para aumentarle o para corregirlo.

Pide el sentirte amado. El darte cuenta de que ama a los demás. El sentir la admiración y la atracción de un amor tan perfecto.

III.- PRACTICA

Recorre un poco las cosas concretas, recordando los propósitos.

Resiste la sensación de desaliento ("es lo de siempre"), porque así quiere Dios santificarnos: "A lo hombre". Es la monotonía de las mismas circunstancias, las mismas tendencias que son ocasiones para tender más a El, para conocerle mejor.

(Nota personal).

HACIA LA VOCACION SEGLAR:**VIRGINIDAD Y MATRIMONIO**

1.- **PUNTO DE PARTIDA:** Las Personas divinas nos han creado con el único objeto de llevarnos a una relación de amistad íntima -inimaginablemente íntima- con cada una de ellas, según la propia personalidad de cada una y según nuestra propia personalidad.

Para ello es la creación -aspectos de ser hombres- y la elevación -tal hombre es hecho partícipe de la misma vida divina: Eso es la amistad, comunicación de bienes propios. Aquí lo que se comunica es la vida divina misma. Y ello trae como consecuencia la participación en el ejercicio de esa misma vida: Conocimiento, amor, actividad exterior consecuente.

La relación con el Padre es necesariamente filial: Somos hijos de Dios.

La relación con el Hijo, Jesucristo, es literalmente de esposa: El es el Esposo.

La relación con el Espíritu Santo no tiene analogía natural a que acudir, que se parezca. Es la unión con El, la apertura a El, como tal Persona divina, la que nos capacita para recibir la vida de forma que podamos ejercitar y de hecho ejercitemos vida de relación con el Esposo y con el Padre.

La unión con Cristo Esposo se realiza inicialmente por el Bautismo. Pero dado que el hombre es una persona en evolución y que la personalidad psicológica tarda en evolucionar, no se considera al comienzo así, ni se le puede amar así. Por la unión íntima con Cristo somos realmente hijos de Dios. Nuestra vida es, en primer término, en cuanto al tiempo, filial y Cristo es estimado como amigo, que es Maestro, Señor...

Al principio necesariamente en todos los aspectos, el hijo de Dios es niño: Necesariamente se parece poco al

Padre; sus facciones, sus facultades están poco desarrolladas y, por tanto, muchas no funcionan.

Cuando movido por Cristo -pero sin ser consciente de ello- va desarrollándolas, llega un momento (y por desgracia muchas veces no coincide la evolución natural con la sobrenatural, ni los diversos aspectos naturales) en que es adulto: Es capaz de usar la fe con espontaneidad, intensidad, extensión. Ve las cosas fácil y gustosamente como las Personas divinas las ven. Entonces contempla ya -comienza a contemplar- a Cristo como el Esposo y a penetrar en la intimidad del Padre y esto, porque comienza a conocer al Espíritu Santo.

Entonces es capaz de transmitir vida de unión con Cristo: La vida misma que procede del Padre. Es capaz de crear-elevar, como el Padre, en el orden natural-sobrenatural.

Ahora se produce una decisión interior -producida por la gracia- para recibir el modo de unión con Cristo Esposo y su colaboración con el Padre aquí en la tierra.

Desarrollada su capacidad personal cristiana, tiene necesidad de un amor total: Totalidad que incluye los diversos aspectos de la persona: intelectual, volitivo, sensible, corporal, de bienes externos. Desea amar totalmente a alguien en amistad, es decir, en reciprocidad y desea que ese amor sea total en el tiempo: siempre; y total en las posibilidades: fecundo. Que la comunión de vida sea fecunda.

Sabe que esto debe recibirlo, como todo, del Padre por Cristo en el Espíritu Santo. Y lo espera de ellos. Sabe que puede entender su voz, si está a la escucha. Por las luces interiores que iluminan: Las palabras estrictamente divinas que encuentra en la Escritura interpretada por la Iglesia; las circunstancias exteriores de su vida o las interiores (juicios propios, sentimientos, atracciones volitivas). Pero sabe que siempre en eso hay llamada divina a esa unión de desposorio con Cristo, de unión amorosa total con El.

En la tierra la unión con Cristo Esposo, que es el único que puede ofrecernos esa totalidad de amor, con esa fecundidad de vida divina, se puede realizar de dos maneras: MATRIMONIO y VIRGINIDAD.

2.- **MATRIMONIO:** Mediante otra persona humana que me re-presenta (me hace presente) al Esposo.

En sus cualidades aun naturales, que siempre son cualidades dadas por Cristo, para que yo pueda conocerle;

en sus deficiencias, que me recuerdan que es un mero representante, no el Esposo auténtico. Una buena parte de los fallos matrimoniales proceden de que se exige al representante mismo lo que solo puede dar Cristo. Por supuesto, la otra parte debe verse igualmente como representante de Cristo. Lo cual evidentemente exige un continuo intento de amar al otro, como Cristo lo ama: con plenitud, con desinterés, con totalidad.

Ir a que me quieran, a que me hagan feliz es pésimo principio. Lo necesario es ver si queriendo yo al otro como Cristo, si entregándome yo, llegando hasta el fin, puedo llegar a la santidad, puedo ser feliz sin buscar mi felicidad en ningún aspecto, sino la del otro.

Sacrificio que supone sentido de superación de toda tendencia egoísta, incluso la de complacer al otro en el orden natural, para emplear mi energía en el plano sobrenatural, dejando así libre al Espíritu para que actúe sobre ambos.

Sentido de padecimiento: Estoy dispuesto a llegar a cualquier molestia (las múltiples molestias cotidianas pequeñas) y a cualquier dolor y a cualquier renuncia a mis gustos, a mis derechos en todos los terrenos, por el bien del otro. Cuando no hay oposición, incluso a los minúsculos bienes materiales (proporcionar un gusto en la comida, en un espectáculo, en la forma de vestir...), cuando hay oposición, sacrificar siempre el gusto de complacer para proporcionar el bien espiritual.

Un amor eficaz (con el recurso infalible de la oración y de la cruz y el ejercicio de esta caridad), un amor casto con plena ordenación de las manifestaciones egoístas corporales del amor y de las tendencias sexuales al margen del amor real (no siempre es fácil distinguir).

El casado sabe que el verdadero esposo en el matrimonio es Cristo; y que si el consorte meramente humano falla, ello no puede acarrearle mal alguno (sí sufrimiento), porque Cristo garantiza su intervención especial, siempre que sea necesario, prescindiendo de la colaboración del que ha fallado, en la medida en que ha fallado. Lo que no se garantiza es la realización perfecta del matrimonio, que como sacramento depende necesariamente de la colaboración de los dos consortes humanos, que constituyen en sentido amplio el signo, sin el cual no existe el matrimonio sacramento.

Es evidente que esta visión continua de Cristo Esposo como re-presentado y como aquel a quien se re-presenta, es enormemente santificante. Integra un

ejercicio de fe, de esperanza y de caridad casi continuo... Y por lo demás, es casi seguro que en cualquier matrimonio realizar esto pone en situación de ejercitar virtudes heroicas.

Pero además, por la fecundidad del amor de Cristo, el matrimonio es fecundo con El. Ordinariamente tal fecundidad se concreta, en primer término, en el acrecentamiento de la vida de los esposos y en la vida de los hijos. Y por ahí se entra en la relación con el Padre: Los hijos de Dios se asemejan de tal modo a El, que con El son padres de los mismos hijos de Dios. Y ambos como un solo principio forman una sola personalidad (serán una sola carne), fuente de vida. Lo cual aprieta aun más, si cabe, la unión mutua, el mutuo amor entre sí y con Cristo. Pero como fruto de esta postura de caridad, de apertura a los demás, el matrimonio se abre al universo. Quien ve en el marido a Cristo, quien ve en los hijos a hijos de Dios sobre todo, evidentemente se capacita para ver hijos de Dios en cualquiera y figura de Cristo en todo hombre...

Como el cristiano adulto es humilde, consciente de su impotencia, el recurso al Espíritu Santo, la conciencia de que todas estas visiones y la capacidad de llevarlas a realización es fruto de intervención reconocida, se van haciendo cada vez más frecuentes en él los actos de unión con el Espíritu Santo. La consecuencia evidente es que la persona queda santificada.

Todo este sentido de representación por un mero hombre (o mujer) indica que normalmente las tareas, a que el casado se dedica, son también del orden humano. Salvo algunos actos muy concretos -y muchas veces difíciles de llevar a cabo, como un rato de oración, la misa, etc...- las labores podrían hacerse igualmente (aunque con un sentido interior completamente distinto), aunque no se creyera en Dios. Son tareas que producen objetos naturales perecederos, que sólo en cuanto vivificados por la caridad y transformados tras de la muerte, pueden perdurar. En el cielo el marido ya no es tal marido... Y el fruto inmediato de las tareas ha desaparecido para siempre.

Evidentemente de aquí resulta la capacidad santificante del matrimonio. Sin embargo, hay que darse cuenta de que en sí mismo -y no ya porque esté mal realizado-, incluye la dificultad de una cierta división psicológica inevitable. El representante va representando poco a poco a Cristo y el otro solo puede conocerle, en este terreno de amor saciativo, poco a poco.

Necesariamente entonces se encuentra dividido entre

la tendencia a la intimidad con Cristo y la necesidad de atender a quien, siendo su representante, sin embargo todavía no es visto ni espontáneamente como tal. Y en todo caso muy tarde llegan las facultades humanas a entrar de tal modo en lo sobrenatural, que puedan funcionar con todas sus fuerzas en dos planos a la vez: el sobrenatural y el natural.

Como el matrimonio, aun teniendo en cuenta la luz sobrenatural de la fe, aun buscando explícita y sinceramente el amor de Dios, parte necesariamente de una realidad natural: amor natural, compenetración psicológica, ayuda humana, procreación de seres humanos..., tiene que emplear necesariamente toda clase de realidades humanas naturales, siempre a la luz de la fe, pero depende de ellas para su realización perfecta. Ello trae las "tribulaciones" ineludibles, de que habla San Pablo. Pero con la gracia son superables.

Cada uno tiene su propio don. Quien recibe el don del matrimonio, entiende el sentido divino de todas estas realidades humanas, el sentido de la colaboración con Dios Padre, con Cristo y el gozo de tal cooperación eleva las satisfacciones naturales y las despoja de su amargura esencial a una situación necesariamente amarga por ser precedera.

3.- **VIRGINIDAD:** La segunda manera de unirse a Cristo Esposo es la virginidad. No hay mediación humana alguna.

Es un don de Dios: Nadie puede sentir el amor de Cristo inmediatamente, con tal fuerza que le perfeccione psicológicamente sin ayuda humana efectiva total, si Dios no le ilumina. Pero entender esto es ya pura gracia: "Quien tenga oídos para oír..."

Todo cristiano está seguro de que Dios le dará gracia para realizar una obra humana honesta sobrenaturalmente (matrimonio). Solo quien tiene la atracción por la inmediatez del amor de Cristo o quien aprende de las circunstancias que el plan de Dios sobre sí es la virginidad, puede recibirla y vivir con la suficiente plenitud humana.

Es un misterio: Por lo mismo sólo tiene sentido a la luz de la fe. No es lo mismo ser soltero (carecer de vínculo específico con Cristo Esposo), que ser célibe (ser vinculado con Cristo con un vínculo inmediato). En medio está el matrimonio (vinculación temporal mediante un representante humano). El hombre sólo puede percibir la soltería; la virginidad es cuestión de fe. Y vivirla

incluye un ejercicio continuo de fe.

Es unión inmediata con Cristo esposo: El se compromete a llenar nuestras capacidades afectivas, levantándolas sobre lo puramente natural; consagrándolas, dedicándolas a una perfección y una fecundidad sobrenaturales. Evidentemente se acaba el riesgo de que tal vinculación sea difícil, fracase: Solo depende de mí. Por parte de Cristo nunca puede fracasar, como puede fracasar el matrimonio, como tal, por culpa de una parte.

Es dedicación a la fecundidad de vida sobrenatural, eterna: Dedicación plena, al menos en cuanto a la afectividad. Nuestra capacidad afectiva produce inmediatamente -como instrumento de Dios- la vida sobrenatural, eterna en personas que ya existen. Esto tiene su resonancia incluso en cuanto al tiempo, pues en igualdad de condiciones es claro que un célibe dispone de más tiempo que otra persona casada. Sus energías pueden emplearse en mayor grado, más explícitamente en la oración, en el estudio de la verdad divina, en la presentación de la Palabra a otros...

Las relaciones humanas del célibe se establecen desde la caridad, no desde los valores o circunstancias naturales elevados luego poco a poco. La relación puede tomar después ciertos aspectos naturales: amistad, beneficencia... Pero el motivo es inmediatamente que la persona alcanzada es hija de Dios o debe serlo; no se establecen relaciones naturales necesariamente pasajeras (al menos por la muerte), sino eternas por su propia esencia.

Es un testimonio: Para los hombres que buscan la perfección y la felicidad, en este aspecto de la libertad plena de la tendencia sexual, es un testimonio la vida de quienes creen que Cristo puede bastar hasta fiar su vida entera de El; que el trato con Cristo y la colaboración con El es suficiente para perfeccionar y hacer dichoso al ser humano.

Y para los casados cristianos, que sufren por las deficiencias del cónyuge, es igualmente un testimonio de que, si quieren, pueden encontrar en Cristo lo que el compañero humano no sabe, no puede o no quiere darle.

Por ello la virginidad es uno de los elementos que juegan un papel más alto en la propagación del cristianismo. Pues el cristianismo se propaga por testimonio y el testimonio mayor de que Cristo atrae es que uno supere la tendencia natural al amor humano para unirse más íntimamente a El. Y manifiesta la relatividad

de los valores naturales que el hombre tiende a absolutizar.

De todo brota que es **una consagración**: Es dejar que Dios asuma un aspecto que cualifica toda nuestra personalidad de forma esencial y lo haga fecundo no el nivel natural, sino en el divino. Es evidentemente una superación infinita.

Pero en el celibato no se da (otra cosa es que no se viva bien, pero eso sucede con todo) el aspecto de sufrimiento en sentido alguno. Quien realmente conoce a Cristo Esposo no puede sentir sufrimiento, pues el sacrificio de la afectividad deja necesariamente una acción fecundísima del Espíritu sobre el elegido y sobre los a él encomendados.

(Notas para la reflexión).

MATRIMONIO Y SANTIFICACION

Sacramento como tal, destinado a la humanidad temporal y la perfección de la especie. En el cielo lo que queda es la **amistad**, lo que ha podido crear entre ellos de unión puramente espiritual, de semejanza de alma...

Creo yo que en el cielo no puede haber nada que comience en lo natural, sino que, siendo el reino de la caridad, el esposo amará a su esposa en Dios y por Dios, en la medida que le deba esta misma visión divina. Los pecados del matrimonio crean por tanto - aun en los que han de salvarse - una separación relativa eterna. Todo lo contrario del amor. Un amor auténtico lleva en su

naturaleza ser eterno y entonces aborrece el pecado, pues brota de Dios y no desea en forma alguna ofenderle.

"Dios nos ha concedido a Jacques y a mí un mismo destino y, como viático, una ternura única y maravillosa" (p. 213).

De una carta de Raïssa:

"Las personas casadas hacen su propia psicología y las no casadas chapotean en ella. Tanto más peligroso es establecer como propiedades esenciales del matrimonio las que pertenecen al matrimonio realizado en condiciones excepcionales de amor, armonía, felicidad, delicadeza, inteligencia, etc. Esos teólogos parecen olvidar que el matrimonio es un sacramento, incluso si no es dichoso, si no es un matrimonio de amor, incluso si es sólo "un matrimonio de conveniencia". Sus propiedades esenciales residen, pues, en su honestidad y no en la expansión de la naturaleza, la "dilatación", como ellos dicen, del alma, etc. Viendo la abundancia de analistas solteros, uncidos al problema del matrimonio, se tiene la impresión de que son sobre todo los analistas, quienes no necesitarían el matrimonio (asunto que deberían tratar con Dios y su confesor, directamente, y no por caminos tortuosos y públicos)" (p. 260).

Problema de altísimo bordo. Se puede contemplar el matrimonio como suele realizarse. Se puede contemplar como es en sí, en el plan de Dios.

Ahora, yo creo que en el plan de Dios -y no sólo en lo permisivo- es ante todo un camino de santificación y de ninguna manera un ejercicio de pura santidad. Es decir, muchos de los defectos que se encuentran en los matrimonios pertenecen al plan positivo de Dios.

Las notorias exageraciones que ven en el matrimonio un don de Dios para **saciar** las tendencias afectivas y procurar un complemento psicológico total son irracionales.

La esencia del matrimonio supone que cada uno es para el otro una **imagen** de Cristo, no Cristo mismo. Un esposo perfecto que proporcionase -al menos a los ojos del cónyuge- un perfecto complemento psicológico, sería un infranqueable obstáculo en el camino de la santificación.

Imagen significa sin más imperfección, debe remitir al modelo que es el único perfecto. Actualmente la solución matrimonial, ofrecida al célibe como remedio de unas inquietudes, me parece en la mayoría de los casos falsa, dejando aparte ahora la posible calificación moral.

Todo matrimonio confiere la gracia para la santificación y eso prescindiendo de la santidad del cónyuge. La unión de los casados debe ser plena en cuanto al deseo, pero no puede de ninguna manera llegar a serlo, sino hacia el fin de la vida, pues solo entonces podrán haber recibido la santidad bastante para vivir en plenitud un sacramento. No me parece mal, todo lo contrario, que se exhorte a buscar la unidad, pero cuando se plantea exageradamente se presenta un objetivo falso, imposible, y su búsqueda no puede conducir más que a un fracaso aun más sensible y, desde luego, mucho más grave.

En la mayoría de los casos la naturaleza no se dilatará por la unión, sino simplemente por el ejercicio de la caridad en sufrir los defectos del compañero y por las ayudas muy deficientes, que se reciban de él.

Está bien decir que el acto conyugal posee una significación altísima; pero sigue siendo necesariamente, durante mucho tiempo, un desahogo natural, que en los casos ordinarios de matrimonios "buenos", fortalece la inclinación a la sensualidad. Por mucho que protesten, los teólogos medievales no iban descaminados al pensar que el respeto al Señor prohibía comulgar a quien lo había realizado. Raro será el esposo que no se haya dejado "animalizar"; lo mismo que sucede en un "ágape fraternal". Jesucristo lo ha santificado todo **en sí**; quiere decir que es apto para realizarse santamente; pero Jesucristo no ha podido santificar de golpe, una vez por todas, a los hombres que copulan o comen, y el hombre no plenamente santificado se deja arrastrar por las pasiones.

Creo que, sin pesimismo alguno, sino con una visión realista del hombre -con licencia de los consiliarios poseedores en exclusiva del conocimiento de la realidad, de que no tienen ni idea- podemos definir castizamente y claramente la porción más abundante de la literatura sobre el matrimonio, exaltadora de los valores psicológicos de la unión sexual, como música celestial.

Esa compenetración tan espiritual que evita cuidadosamente la producción de una nueva vida, (el amor voluntariamente privado de fecundidad! (Y eso es la participación del amor de Cristo!).

No olvidar que en la misma época se justifica la

homosexualidad públicamente en obras de autores católicos.
La fuente es la misma.

(Cuaderno de Estudio. 1967).

MATRIMONIO Y SEXUALIDAD

Me quedan por delante casi dos horas, aunque estas postreras horas no suelen ser las más fértiles, ya que fácilmente empieza el movimiento en derredor, irrumpiendo en mi trabajo, trastornando el orden del pensamiento.

De todas maneras voy a intentar algunas anotaciones a las primeras páginas del libro de Marañón "Ensayos sobre

la vida sexual"², que releí anoche ocasionalmente al ocultarme de una visita.

Una especie de guión -no me importa la fidelidad a la mente del autor, sino la virtud fecundante de la idea- es el siguiente:

Los caracteres sexuales son primarios y secundarios. Fisiológicamente ambos son muy distintos en los dos sexos y los primarios tienen una importancia mucho mayor en la mujer que en el hombre. Esto indica que el hombre se caracteriza sobre todo, en cuanto a la función, por los secundarios: psicológicamente éstos vienen a reducirse a la actividad en el trabajo. El instinto sexual abarca toda la tendencia del varón como tal, frente a la hembra; el deseo sexual es el ansia momentánea de la unión física con la hembra: la relación entre ambos viene a ser análoga a la relación entre el hambre y el instinto de conservación. El trabajo es consecuencia más del instinto sexual, que del instinto de conservación. El trabajo tiene por consecuencia la gloria y el dinero. Por eso en el matrimonio no es absurdo buscar ambas cosas en el esposo -como lo sería el buscarlo en la esposa-. El matrimonio debería ser un matrimonio de conveniencia, entendiéndose por esto el conjunto de cualidades que asegura la prole: Ese sentido sexual de la gloria hace inevitables las desigualdades sociales y económicas, que la moral debe modificar, regular, elevar, pero que no puede destruir, pues tienen una base biológica firmísima. El deporte es la diversión del que no trabaja, una actividad de lujo, así como el mismo trabajo es lujo en muchos casos, pues en absoluto el hombre podría vivir sin trabajar, al menos en multitud de ocasiones. La actividad sexual primaria es para el varón algo temporalmente episódico, que no debe trabarle para realizar su trabajo. El tipo de D. Juan está en el límite inferior de la virilidad.

² G. Marañón, "Ensayos sobre la vida sexual"

Lo que más me gusta de toda esta visión es lo apuntado respecto a la unidad entre el instinto de conservación y el instinto sexual, así como la amplitud con que éste se contempla.

Creo que si entendemos por instinto de conservación, no sólo la tendencia física a la comida o a la fuga de los riesgos físicamente mortales, sino también la energía que nos conduce a salvarnos psicológicamente e incluso a la búsqueda de una vida espiritual que nos asegura la pervivencia eterna, podríamos observar con menos confusiones el entrelazamiento de los fines del matrimonio y prestar menos categoría a la unión sexual física.

La unión afectiva de los esposos ofrece a cada uno de éstos el complemento psicológico necesario para su expansión, pero esta expansión no puede llevarse a término en un encerramiento entre ellos, pues esto se volvería contra ellos mismos; ambas tendencias personales sólo se unen para prolongarse; la persona singular posee un rango más levantado que la comunidad impersonal, pero la persona sólo se personaliza en la acción y la acción es ejecución comunitaria; y eso en todo caso.

Por lo mismo pretender estrechar un vínculo rompiendo el apretamiento máximo, personal, producido por la misma naturaleza es algo absurdo ante cualquier mente elementalmente sana, aunque no lo sea por supuesto para los sofisticados entendimientos de una buena parte -que es la parte mala- de los sedicentes teólogos modernos.

Sólo cuando la continua cháchara, la vociferación ininterrumpida, el clamoreo tumultuoso y callejero sobre la dignidad de la persona ha podido ocultar el inmenso desprecio hacia los hijos de Dios que habita en los cerebros -o lo que tengan - de los hombres actuales, ha podido ocurrir a los profesionales del pensamiento discurrir en la deliberada supresión de vidas humanas para alcanzar mejor unión de los esposos. La proposición es tan monstruosa que ante ella una cabeza sana se vuelve inmediatamente estúpida.

Si la familia es reflejo de la Trinidad, toda supresión de la fecundidad vuelve el acto, sin más, sacrílego. Claro que tal consideración no les diría nada a todos esos firmantes de la legitimidad de los anticonceptivos, a quienes muy presumiblemente no se les da nada de la Trinidad.

El hombre se realiza en sacrificio voluntario por la comunidad, por eso es bueno que uno se sacrifique y, sin embargo, hay que afirmar y reafirmar que el individuo vale

más que la comunidad.

Es bueno que la madre se deshaga por los hijos: es su estilo de personificación. Sólo que debe hacerlo en semejanza con el Padre celestial, cuya paternidad participa.

Creo que ya lo he apuntado en alguna otra ocasión; pero es la cronolatría, que Maritain estigmatiza tan vigorosamente, la que produce estos efectos. El hombre se siente ligado a las gentes de su tiempo, a lo que ve, a los hijos que tiene, y desea situarlos en el tiempo. No se considera vinculado a sus antecesores ni piensa en sucesores probables. Piensa en sí, en su mujer, en el problema de cada día, en sus deseos fisiológicos... Y eso, claro está, se soluciona exclusivamente con unas píldoras meramente materiales.

Todas las sublimes recomendaciones de los teólogos acerca de la responsabilidad no pasan de ser la cortina de humo que oculta el contrabando. Y no son peligrosas: nadie está dispuesto a atenderlas.

Marañón, interviniendo en la debatida cuestión de su época, acerca de la superioridad del hombre, encuentra una fórmula perfecta: "No son los dos sexos inferiores, ni superiores uno a otro; son simplemente distintos". Lo cual me place mantener en todos sus aspectos, es decir, en la no superioridad tanto como en la distinción, pues hoy, al menos en público, nadie creo que mantenga la superioridad masculina, pero en cambio se está cayendo prácticamente en la negación de la diversidad, lo cual es muchísimo más grave.

Y la distinción que comienza en la diferenciación esencial de las mismas células singulares, señala a la mujer para la maternidad como señala al hombre para el trabajo.

Insiste (v.gr. p. 77: "hacer muy hombres a los hombres y muy mujeres a las mujeres") en la diferenciación. Es evidente que la competencia igualitaria hombre-mujer no produce, sino el malogro de las facultades específicas.

El distinguir para unir y para fructificar en altísimas obras de colaboración, tiene aquí -como en toda su verificación. Lo curioso es que el único terreno donde tal cosa apenas se da, porque estas diversidades son de relativa insignificancia, es donde precisamente se desafora.

Me refiero a la vida espiritual. En Cristo, donde no hay hombre ni mujer, judío ni griego, es por modo extraño,

donde las divergencias naturales adquieren jerarquía discriminante: hay espiritualidad seglar y sacerdotal y monacal, matrimonial, obrera, universitaria, y no tardará en aparecer el libro definitivo y definitorio que nos esclarezca la espiritualidad del obrero (u obrera, porque en cambio la diferencia sexual no tiene importancia para estos imbéciles) de los turnos diurnos en las fábricas de chocolate sin cacao, o temas parejos.

Otra impronta de lo moderno es su preferencia por lo artificial, según acabo de constatar al paso, sin buscarlo. Es decir, no se distingue el hombre de la mujer, pero se distingue el obrero del universitario: así los famosos e inoperantes movimientos de Acción Católica son mixtos en cuanto a sexos y son simples en cuanto a profesiones. A una mixtificación más grande no digo que se pueda llegar, puesto que la panorámica del progreso en la senda de la idiotez es indefinida (la meta sería la capacidad intelectual de Satanás, que para el hombre, por mucha que sea su fachenda, es realmente inalcanzable), pero que es ya muy confortante.

Los cristianos, en lugar de estudiar la obra de Dios, estudian atentamente las ejecuciones del hombre diabólicamente inspirado y concluyen que lo que impone la época es la voluntad de Dios.

Cuando el hombre sea más hombre, tendrá una tendencia más viva hacia la compenetración con la mujer, podrá complementarla mejor psicológicamente y se sentirá más completado por ella. En esta confusión actual se mezclan dos seres ambiguos y nacen seres muy desgraciados -afortunadamente desde este aspecto muy pocos-.

Un buen párrafo sobre la maternidad consciente, que tendría vigencia actual, si alguien se preocupase de leer libros (lo que Perez de Ayala llama libros en su prólogo), en lugar de propaganda pornográfica (p.79).

El argumento de la mortalidad relativa en las familias numerosas debe haber perdido mucha parte de su fuerza. Por otra parte la solución que brinda es muy parcial: cuando afirma "si las mujeres españolas parieran la mitad de los hijos que en la actualidad, en cien años se duplicaba la población de España", habría que contestar que igual se podría decir, si fuera doble la ayuda estatal o los cuidados de la higiene y, en último término, que no da la impresión de que exista gran interés porque se duplique la población de país alguno.

Pero la tesis central, acerca de la preparación al matrimonio que podría expresarse con relativa perfección

en textos espigados de los ensayos (p.47-49; 79-81; 87-9)
es perfecta (añadir p.91).

(Cuaderno de Estudio. 1967).

Lo mismo se aplica a un tema de grueso calibre: el matrimonio. Estamos, me parece, en plena desintegración del acto sexual y, en conjunto, de toda relación amorosa. Creo que en el cristianismo se comenzó, según la taxativa declaración de San Justino, admitiendo la relación sexual únicamente como productora posible de nuevas criaturas. Al irse descubriendo ciertos aspectos en el ser significativo de los actos humanos, ha ido creciendo la valoración del acto conyugal. Y ahora se pone a veces el amor mutuo en primera línea y hasta se prescinde del fin fecundador de cada acto particular. Pero ¿hasta qué punto es amoroso un acto que evita la fecundación? Es notable que la exposición de tales puntos de vista es perfectamente válida para una relación de tipo homosexual. Si el fin primario del matrimonio no es la procreación, sino el complemento psicológico, la serenidad psicológica y todas esas monsergas, quien por su modo de ser, todo lo defectuoso que se quiera,, logra tales complementaciones en sus complacencias corporales con otra persona de su mismo sexo e incluso en casos extremos con animales, ¿por qué no habría de llevarlas a cabo?

Si se tiene en cuenta que la iniciativa primera y la consumación última se recibe del Padre y en relación consciente con El y que la unión matrimonial con Cristo es tarea de mediación, se comprenderá que el motivo primero y el fin último del matrimonio es la paternidad. Y ello no rompe la doctrina de la primariedad del amor de los esposos; pues en esto consiste la mediación y cada uno ha de ver al otro como hijo del Padre, de modo que en suma, la tarea de cada uno de los esposos es perfeccionar al otro, haciéndole semejante al Padre, en cuanto tal. Y si por deficiencias corpóreas, no se puede llegar a la paternidad total, a la generación de hombre, habrá que verterse en multiplicación de vida sobrenatural: los quehaceres apostólicos serán una salida, no supletoria, sino esencial, como vocación divina. No se trata de un matrimonio fracasado, sino de otra manera de realizar el matrimonio. Pero entonces habría que estudiar cuál es el papel del acto conyugal, que seguramente ha de matizarse diferentemente.

Espero con cierto regocijo que ha de llegar un momento en que el ahondamiento consciente del valor del acto sexual en aspectos antes desatendidos, se vierta entero en su genuina esencia generativa para hacerla aún más estimable. Ahora nos encontramos en el momento ingrato de análisis, con sus correspondientes deficiencias. Por una parte hay quien no acepta las nuevas visiones completivas; por otra hay quienes no las conocen como meramente completivas, sino como absolutas. La síntesis habrá de llegar un día. Y yo lo contemplaré satisfecho. Pero, verosímilmente, ya en el cielo...

(Cuaderno de Estudio. 1969).

ORACION EN LA VIDA SEGLAR

Día 28 de marzo.

Estimo de sumo interés un análisis detenido del riquísimo contenido del Diario³, referente a la contemplación. Tema ordinariamente arrimado en la literatura "teológica" (?) actual, que prefiere preocuparse de la "consagración del mundo", con sus correspondientes estudios estadísticos, sociológicos, filosóficos... y no se preocupa mayormente de la relación del hombre con Dios, ni mucho menos de la acción de Dios sobre el hombre.

Palmariamente este olvido resalta la importancia del asunto. Es inexcusable insistir -oportuno e inoportuno- en la gracia de la contemplación. Es, por lo demás, la única que valora justamente toda otra gracia de actividad externa, visible. Ese sobreestimado quehacer de erigir un mundo sólo posee dignidad intachable, si procede de la contemplación, se realiza en ella y conduce a ella; de lo contrario, tendremos de nuevo ante nuestros ojos desilusionados la maldita tarea del levantamiento de la torre de Babel. (Y no es lo que corrientemente vemos?).

Si no contemplamos a la Trinidad, contemplaremos desesperadamente el terrible hundimiento de empresas

³ R. Maritain, "Diario"

demoníacas. Pues, el hombre -he repetido a menudo- no es dueño de iniciativa alguna. Sólo Dios y Satanás la poseen.

Y en este ahondamiento del tema de la contemplación, el Diario de Raïssa merece especialísimo aprecio. Se trata de una mujer seglar, que vive en medio del mundo, participando de funciones temporales, en el tráfago intelectual de su época, y propietaria de una experiencia no común. Pues Raïssa ha hecho oración. La ha buscado, la ha dedicado tiempo, ha puesto los medios tradicionalmente recomendados para vivirla. Y por añadidura la ha estudiado; es una estudiosa, es artista, trata con artistas y con teólogos... No me influye la opinión de (...), que afirma sin rubor que apenas consagra unos minutos y que no ha llegado jamás a disfrutar del misterio. Pero tengo muy en cuenta los juicios de quienes realmente han intentado con seriedad acercarse a Dios, traspasar los umbrales de su intimidad. Bien, Raïssa es de esos.

Sería -es- deseable un estudio paciente de las teorías, experiencias, condiciones, temperamento, especiales ayudas y especiales dificultades, que Raïssa Maritain expresa en su Diario. Desventuradamente no tengo tiempo para tales análisis. Es posible que encargue la tarea a algún colaborador inteligente; pero, al menos, quisiera dejar aquí indicadas algunas rutas principales, por donde debería discurrir nuestra labor investigadora.

Habrá que tener en cuenta su condición de seglar, de casada, pero sin hijos, de intelectual con amor natural a la verdad, de muy ocupada. De estudiosa de materias naturalmente afines -con toda la afinidad que pueda tener una materia natural- con la contemplación. Resta valor a su testimonio -así al menos lo verán muchos- su tendencia al estudio y sus relaciones personales con teólogos; se lo acrecienta su condición de casada y de viandante en el tráfico ordinario.

Hay que tener en cuenta además que el Diario no es una exposición completa de su vida. No hay anotaciones diarias, que nos llevan a su experiencia cotidiana durante toda su vida; hay lagunas muy anchas, aunque salvadas en parte por las notas de J. Maritain.

Escribo lo primero un índice de temas. Índice muy incompleto, pues en la primera lectura, en que fuí subrayando, no proyectaba un estudio de este tipo. Y ahora me resultaría excesivamente oneroso -por la penuria de tiempo- el releer el libro entero. Además no se trata de un índice ordenado, sino sólomente de un indicador de

temas. Luego -mañana probablemente- iniciaré los comentarios.

- . Esencia de la contemplación: p. 298.
 - . objetos (fijarse en Dios...): 45, 49, 50, 80. No en sí. Peligro del análisis: 89-90.
 - . medio y fin: 70.
 - . importancia: 80-81; 102-89.
 - . importancia relativa sólomente: 118.
 - . necesidad (sentimiento de ella): 51.
 - . urgencia: es imposible resistir a la llamada de Cristo a la oración concreta: 53, 75, 84, 131.
 - . sequedad, desnudez, oscuridad: 53, 298; 55, 69, 110-71.
 - . gozo: 61-62; 84, 85. 71.
 - . funciones del contemplativo: 228-30.
 - . contemplación y apostolado: 227.
 - . contemplación y caridad fraterna: 81.
 - . contemplación y virtudes: 54.
 - . exigencias de la contemplación: 156.
 - . llamada a la contemplación: 304.
 - . dos formas de recogimiento: 55.
 - . pasividad, sentido de las purificaciones: 209; 304.
 - . adoración: 46.
 - . humillación: 46.
 - . contemplación - silencio - canto: 60, 277.
 - . plegaria continua y confesión y dirección: 150.
- Quizás el análisis pudiera tomar como base el breve, pero sustancioso artículo -o carta- acerca de la oración, inserto en las páginas 297-304.

Día 29 de Marzo

No proyecto ejecutar el indicado posible trabajo sintético, expositivo de la doctrina -o las realizaciones- de Raïssa en los ámbitos de la contemplación. Me exigiría un tiempo que no poseo. Y además, según sugería ayer, podría buscar auxilios... Voy simplemente a apostillar ciertas anotaciones suyas, que me son singularmente útiles.

ESENCIA DE LA CONTEMPLACIÓN:

"Consiste en ser producida en virtud de la unión y, por tanto, de una manera pasiva, por una voluntad

especial de Dios que le lleva a darnos, en cierto modo, el conocimiento de su amor por nosotros".

Esto en el aspecto ontológico.

En el aspecto psicológico:

"La esencia de la contemplación mística me parece ser un conocimiento experimental de Dios. **"Dios inefablemente percibido"**.

Se efectúa un proceso: satisfacción-purificación-beatificación. Pero siempre Dios obra el primero y principalmente. Las facultades se perfeccionan en cuanto tales, pero son aniquiladas en cuanto humanas, en el sentido de que sufren suspensión de sus operaciones; la manera humana cede al modo sobrehumano, que no trasciende de lo visible a lo invisible, de lo creado a lo increado, sino que tiene sus raíces inmediatas en Dios.

Pero esta operación -atribuida al Espíritu Santo- no siempre suspende la operación humana, a veces la exalta. Parece suponer que lo primero es efecto ordinario del don de sabiduría y lo segundo de los restantes. Sin embargo ella misma (cfr. p. 277) había escrito:

"Quizás no es exactamente cierto que la contemplación tienda esencialmente al silencio: "Misericordias Domini in aeternum cantabo". Si en la eterna contemplación el canto desborda del amor, ¿por qué no también en la contemplación que atraviesa el tiempo?... Así como la acción santa, la palabra de sabiduría y de belleza desborda la contemplación: los Salmos y toda la Escritura inspirada. La contemplación y el canto son como el río y el mar... El fin del alma contemplativa es perderse en Dios, pero el exceso del corazón se vierte en cantos y actos".

Lo importante para mí es que todo apostolado supone esta vida mística, con este doble aspecto ontológico-psicológico, que Raïssa describe. Y que sólo, cuando uno es movido por Dios de modo sobrehumano, puede ser testigo en un sentido pleno.

La diferencia entre modo humano y modo divino no se refiere, desde luego en mi pensamiento, pero creo que tampoco en el de Raïssa, al tema, sino al modo. Es decir, no justifica los llamados métodos activos. Significa

exclusivamente que la predicación ha de usar ejemplos naturales. Modo humano es explicar la paternidad de Dios, empleando comparaciones de humana paternidad. Modo divino es gozarla simplemente, sin imágenes.

Pero no entra aquí el **partir de la realidad**, tal como lo entienden los borregos de Panurgo -en frase de Maritain-.

Hay probablemente en tales métodos -y en tales borregos- un equívoco, y es el de confundir el **modo** con la **esencia**. La naturaleza de la predicación -que es la exposición de la revelación y que se dirige a la fe- va siempre de arriba abajo, tal como Santo Tomás afirma al comenzar la Suma. El modo de la predicación será siempre humano, en cuanto que dirigida a los hombres tendrá que emplear comparaciones, razonamientos etc. Sólo ante auditorios excepcionales podrá reducirse a una especie de himno, a un desbordamiento afectivo que no es ya modo humano, sino mera redundancia del modo divino, y precisamente sólo de él.

Este es el grave peligro de la liturgia. Comúnmente las oraciones litúrgicas han sido compuestas en ambiente místico -por supuesto todas las innumerables piezas que proceden de la Sagrada Escritura-, pero son recitadas en un ambiente humano. Sin acomodar, sin adaptar las formas para adaptar las personas al misterio.

El problema actual es que, por un proceso de rebajamiento, la Iglesia afirma en el Concilio -donde culmina la intensidad de la asistencia del Espíritu- la vocación a la santidad de todos los cristianos, pero luego se va exigiendo una vida cristiana, en que es innecesaria la inspiración del Espíritu.

No se construye una Misa en que sólo los hombres adultos -cristianamente adultos- se encuentren a gusto y los adolescentes espoleados a un progreso, invitados a una entrada en el misterio. Se va ensayando una Misa en que **todos puedan participar**, es decir, en que se pueda penetrar infantilmente -sin saber hablar en tono divino-. En que haya suficientes cantares, suficientes ceremonias, para que cualquiera pueda saborearlas. La Misa va dejando de ser el signo de un misterio, signo exigente, impulsivo, para convertirse -excepto en la exhortación a la comunión- en un espectáculo de que **todos** puedan participar.

Como el sacerdocio o el matrimonio van siendo objeto de una angustiada inquisición para lograr ponerlo al alcance de cualquier hombre, por poco espiritual que sea.

Tal vez pudiera argüirse con aquella amonestación de

San Pablo acerca de los carismas, exigitiva de un orden, que libre la asamblea del aspecto de una reunión de turulatos. Pero yo pienso que San Pablo se refiere al orden que el misterio lleva consigo, no el orden meramente natural. De hecho, en la Misa que previsiblemente nos van a ofrecer dentro de muy poco tiempo, puede instalarse holgadamente cualquier crío cristiano, sin sentir urgencia de ascensión.

En resumen, se va atendiendo muy cuidadosamente a una cierta dignidad humana en el culto y en los comportamientos de los fieles. Se van suprimiendo las ocasiones de aquellos desórdenes visibles a cualquier persona honesta. No va a haber, en corto plazo, escándalos en la Iglesia. No va a ser precisa la idea de una misericordia del Padre perdonador; el hijo pródigo podrá mantenerse alojado en casa; lo que podría buscar fuera - esa independencia, ese sentirse autónomo y realizando su bondad natural autónomamente- lo podrá ejercitar igualmente dentro, con la supletoria satisfacción de no ser como los demás hombres, pues tendrá su conciencia farisáica tranquila.

Nunca se ha hablado tanto contra el fariseísmo, lo que significa inequívocamente que nunca ha habido tantos fariseos. Nunca hemos estado tan en peligro de la atribución de la virtud a las propias energías... La gracia de Dios no se siente necesaria; nunca se ha hablado menos de oración, porque el hombre no se siente necesitado de ella...

(La reiteración de un tema significa una deficiencia, pero ello resulta ambivalente. Puede ser de valencia positiva: se siente una ausencia real, que es bueno sentir y esto ocurre v.gr. en cualquier caso cuando se repite el tema de Dios. Se siente una ausencia, pero no se cree que es ausencia, sino se estima que es valoración positiva de un algo poseído. El hombre se engríe, porque se juzga propietario en el sentido más completo).

Resumen: mediocridad. (Dios tenga misericordia!, pues no puede ya llegarse a miseria más digna de compasión.

En la contemplación, Dios "es percibido como alguien que nos toca y no como alguien a quien se ve". Preciosa expresión, por exacta y concisa.

Ver: lejanía, actividad. Ser tocado: cercanía, pasividad, intimidad... (todo contacto supone alguna intimidad, v.gr. las manipulaciones quirúrgicas sobre nuestro cuerpo suponen que, en virtud de una superioridad reconocida y benefactoria, hemos permitido a otro penetrar

en nuestra intimidad).

Por cierto que me ocurre al paso otra reflexión de relativa importancia: la merma del sentido de eternidad, que origina la repugnancia por lo definitivo, lleva a la intimidad física sin repugnancia alguna. Es decir, lo que antes era signo de algo definitivo hoy no significa nada. La intensidad física se aumenta en proporción inversa a la espiritual, puesto que ha dejado de significarla. Desintegración humana. Pero, (hay que oír la garla incesante sobre la personalidad!

OBJETO DE LA ORACIÓN

Es clara la idea de Raïssa: Hay que fijarse en Dios mismo, apartarse de las pequeñas preocupaciones, de las mismas ocupaciones. Hay que detenerse, contemplarle, darle gracias, adorarle: "Absorto, detenido el espíritu sobre la Persona del Padre...". "El corazón se refugia junto al Padre..."

Innegablemente Raïssa tiene en su cabeza una intimidad ilimitada con Dios.

Raïssa teme el análisis e, incluso, estima un posible peligro en la lectura de Santa Teresa abordada sin preparación.

El ejercicio de la oración no es puro medio; participa del fin. Yo pienso que se puede decir que es la fuente de todo. Y eso es una expresión suficientemente significativa para que las gentes entiendan cuál debe ser su situación ante el ejercicio contemplativo. Sin embargo, es cierto que es medio en cuanto que toda actividad es medio para un crecimiento personal. Pero medio para la intimidad, no para la realización de actividades externas.

Creo yo que en el cielo será más perfecta la actividad externa que la meramente interior, porque la armonía plenamente establecida entre el alma y el cuerpo causará la dichosa ejecución totalmente humana - sobrenaturalmente, divinizadamente humana- de cualquier acto. Pero aquí en la tierra, en situación itinerante, el cuerpo agrava al alma y el alma no se significa por el cuerpo. Es decir, la integración está en proyecto, en realización, no ejecutada. Y dado por tanto que hay que elegir sólitamente entre una actividad externa con influjo interior meramente virtual, o una actividad nudamente interior, en que lo externo es apenas esbozo, bosquejo, ensayo. Y lo segundo vale más que lo primero. Lo que más vale es la asición -por redundancia- de la acción externa a la contemplación. Dicho de otro modo: la contemplación

es el ejercicio -y en la contemplación en sentido estricto a modo divino- actual de las virtudes teologales; la actividad es la actuación de cualquier otra virtud con influjo virtual de las primeras, o al menos con actuación no referida personalmente a Dios, su objeto inmediato: (si es que esto se puede admitir, yo creo que no, y me exige estudiarlo). Ahora, palmariamente, las virtudes teologales son superiores. (Palmariamente para las personas adultas, quiero decir, para santos, algunos teólogos y ciertos apóstoles; en el ambiente en que me muevo, para mí y algunos amigos míos, muy pocos, muy pocos...).

En las páginas señaladas -y en algunas que habrán de señalarse- expresa Raïssa esa sensación tantas veces experimentada de urgencia, de violencia, por la cual Cristo te "obliga" -y tú sabes perfectamente que eres libre- a ingresar en su intimidad. (Dulce violencia del enamorado, que impone su yugo a la amada, el dulce yugo de su brazo, que enlaza el cuello amado para conducirla a la soledad! Pero nuestros sacerdotes, nuestros apóstoles no son precisamente enamorados, aunque algunos parezcan enamoradas histéricas de la humanidad y otras fulerías semejantes.

TIEMPO

Es notorio al lector de Raïssa su persuasión de la exigencia de una abundancia de tiempo dedicado a la oración. Parece, sin embargo, muy claro también que piensa que puede suceder que uno se encuentre privado de toda posibilidad de encontrarlo. Pero la solución no es el recurso a la fácil escapatoria -que en el fondo es la negación absoluta del amor de Dios-, la afirmación de que "todo es oración". Simplemente asegura que Dios ni de eso necesita -del tiempo, sí de la oración- y el esfuerzo por mantener el recogimiento actual en el tráfico de la cotidianidad bullanguera impuesta por la misma caridad de una manera absolutamente clara. Y sufriendo por la privación de las horas consagradas. (Lo mismo que nuestros "borregos"!).

OSCURIDAD

Ya he aludido, creo, a dos causas de oscuridad: la desproporción entre el sujeto -por muy confortado que se encuentre- y el objeto, y la necesidad de purificación. Pero la oscuridad no es siempre dolorosa, ni siquiera aburrida; puede ser gozosa (cfr. v.gr. p.53).

Formulación muy clara:

"He observado dos recogimientos bien distintos. En el primero los ojos permanecen abiertos, la inteligencia está iluminada y el alma entra en una especie de éxtasis. El segundo los ojos están cerrados, la inteligencia no recibe nada, todos los afectos de la voluntad están como concentrados en un solo punto y unidos a Dios. Unión ardiente, a menudo deliciosa, pero una especie de oscuridad" (55).

SEQUEDAD

Frecuentes alusiones a ella; pero la oración de Raïssa, o su juicio sobre la oración, no favorece en modo alguno la corriente opinión, según la cual la oración es una especie de aburrimiento prolongado a lo largo de la vida. Por el contrario, es una situación, un contacto sabroso, que nos hace gustar dulzuras o amarguras; la sequedad es sentida como una privación, no meramente como un aburrimiento parejo a cualquier otro. Por lo demás, Raïssa alude, no menos frecuentemente, a gozos muy intensos y estima que después de la purificación debe darse una etapa de beatitud, y al final de la vida, tras la purificación del espíritu, una pura alegría, preludio de la celeste, que desembocará en la visión beatífica.

LA VOCACIÓN CONTEMPLATIVA

Funciones del contemplativo: "Vocación del contemplativo: debe **detenerse**, cesar toda ocupación.

Y **ver**. Ver a Dios como en un eterno presente. Verlo cara a cara, sea cualquiera el velo de la fe, y además permanecer, como lo dice Jesús respecto de Juan (el contemplativo puro entre los apóstoles y evangelistas)".

El apóstol, en cambio, debe caminar, fijos los ojos en Jesús que le precede... Le ve, pero por la espalda, cargada con la cruz. Todo esto me parece un poco sutil, un poco artificioso, salvo que se entienda temporalmente, es decir, del que todavía no es apóstol en plenitud.

El don del contemplativo: inteligencia. Dones del apóstol: ciencia y piedad. De ambos: El don de sabiduría.

FUNCIÓN DEL CONTEMPLATIVO

"Es la de ser los espejos de la imagen de Dios entre nosotros, los custodios de su gracia y de su amor, la memoria del Eterno (Espejos y custodios voluntarios, porque es amando como reflejan la imagen y reciben el

Amor. Memoria sin la cual las tinieblas oscurecerían la tierra. Memoria en la que poseemos los archivos de la santidad, porque los místicos reciben el encargo de hablar...).

Y para cumplir esta misión no pueden ser distraídos, porque la inestabilidad perjudica la contemplación.

El tiempo ha de debilitarse en ellos a fin de que la eternidad comience. Están cara a cara con Dios, solos con Él, no todavía en la evidencia de la visión, sino en la unión de la amistad. Y Dios no parece tener otra preocupación en el mundo que su amor y su fidelidad. Para ellos es este mandamiento: "Detente y ve que soy Dios". Inmediatamente el amor crecerá: "Préstame tu corazón".

Como espejos, cuya pureza quisiera preservarse, los pone aparte, al abrigo del polvo, del ruido y de la agitación de este mundo, ya separándolos por el éxtasis, ya llamándolos a la soledad, ya fijándolos en los cuadros rígidos de la vida religiosa, ya vinculándolos, dondequiera que estén, a las exigencias de la caridad fraterna continuamente purificada... Acopios de vida para la Iglesia, no para el mundo, si el mundo rechaza la enseñanza espiritual".

La existencia de contemplativos cumbres no depende del nivel ordinario -ni necesariamente lo levanta-. Cabe siempre la negación de los hombres en torno a recibir el mensaje. Yo no me acuerdo a la idea de Raïssa, sí que su expresión ha sido afortunada, si quiere decir lo que dice.

Por el contrario pienso que la existencia del contemplativo -que es justo e intercesor-, eleva la sociedad. Pienso que por las mismas funciones que ella le apropia y teniendo en cuenta que "el Padre es glorificado en que déis mucho fruto", toda existencia contemplativa eleva el nivel ambiente. Pero no, desde luego, a medida de nuestro juicio y nuestro deseo...

Ha planteado de pasada la necesidad de prescindir en cierto modo del tiempo, para hundirse en la eternidad. Me parece que ya lo he expresado en éste o en el otro cuaderno, pero en todo caso lo declaro nuevamente: La visión más honda de una realidad natural fructifica en la claridad de la visión de las realidades naturales, entonces los hombres quieren acceder a esta visión directa e inmediatamente, y como ellos no han asimilado -o más bien no se han asimilado a ella- la contemplación fontal, las tensiones por dominarla les apartan de la realidad sobrenatural en lugar de introducirlos en ella.

Me aclararé con un ejemplo: la visión del amor de

Dios al hombre, y la penetración sabrosa de la naturaleza divina en cuanto poseída por Tres Personas, lleva a la Iglesia a una doctrina sobre la dignidad humana incompatible con la esclavitud y con ciertas condiciones de trabajo.

El hombre carnal, sin ensayar a penetrar sabrosamente ni la naturaleza divina, ni la actividad de las Personas, acepta jubilosamente la doctrina de la dignidad humana y de las reformas sociales o laborales, y las retuerce dándoles un sentido meramente humano, que es muy a menudo un sentido diabólico, es decir, una posición de soberbia.

La posesión por parte de la Iglesia de una verdad penetrada, nos garantiza la posibilidad de penetrarla con relativa facilidad, pero no nos dispensa de un esfuerzo por alcanzar -por recibir- la penetración. Es indispensable una cotidiana faena de desprendimientos, para que la gracia de Dios nos pueda iluminar. Cuando una familia "mejora de posición", es indudable que el hijo que nace después puede disfrutar con relativa facilidad de las ventajas obtenidas, muy trabajosa y lentamente, por sus padres o hermanos mayores, pero no puede gozarlas sin más, es inexcusable un ejercicio de crecimiento que le permita acceder a esas ventajas. Por ejemplo, para gozar intelectualmente de los libros de una biblioteca, no basta con que en la casa exista la biblioteca; es además preciso que el joven haya aprendido a leer y emplee ratos en la lectura hasta que pueda comprender los mejores libros en cualquier tema. De lo contrario las mismas facilidades se vuelven contra él: lo deforman.

Exigencias de la contemplación: Desprendimiento de todo afecto, de todo recurso humano, que no se encuentre apoyo en ningún sitio. Dios mismo hace que todo desfallezca en derredor nuestro. Esto es una expresión más de la ley sacramental, en la amplitud que yo la confiero.

"Dios, por lo que respecta a las criaturas, sólo otorga al alma lo que ésta no exige fuera de lo que la misma caridad le obliga a pedir. Experiencia cien veces repetida. Rechaza especialmente aquello que desea demasiado. Por el contrario, parece conceder todo lo que se pide en un movimiento de caridad, incluso las cosas materiales, el pan cotidiano, el buen tiempo".

Totalmente de acuerdo, pues todo esto es la exigencia **absolutamente inexorable** de cualquier amistad intensa: deseo de correspondencia, que cuando tal correspondencia es claramente conveniente al amado, se hace absoluta exigencia, hasta el punto de que sería metafísica contradicción la no exigencia. Entonces el amante concede al amado cuanto quiere, mientras ese querer le lleva a amarle más a él. Es más, gusta de los caprichos del amado, siempre que sean caprichos relacionados con él. Recordar ciertos caprichos de Santa Teresita. Y mi vida... (cfr. p. 156-7).

La contemplación produce humildad: naturalmente. Porque es contacto pasivo con Dios, con Cristo. Porque psicológicamente es visión complacida del que Es y ante el cual se siente uno sabrosamente aniquilado. Y porque produce amor, que de suyo es olvido -indiferencia- respecto de los propios valores. El que ama de verdad, (si no es Dios!, se siente humilde, nunca posee tanto como querría dar, aunque goza teniendo algo para poder significar su amor. Por eso el cristiano se siente gozoso y agradecido a Dios de que le conceda algún don que pueda entregarle, como si fuera propio, ya que siendo libre de hecho podría sustraerlo...

Contemplación y caridad fraterna. Necesidad de la contemplación para los demás:

"He obtenido la convicción profunda de la utilidad, la necesidad de la contemplación. No sólo para la gloria (accidental) de Dios y nuestra alegría, esto es demasiado evidente, sino también para la vida espiritual de los demás hombres. Si desfallecen, ¿acaso no es porque han olvidado el sabor de Dios y de su luz? Hacérselo conocer...

Es preciso que haya almas ocupadas únicamente en beber de ese manantial de lo Alto. A través de ellas, el agua viva del amor y su sabor divino llegan a aquellos, cuya vocación comporta mayor actividad. La contemplación es como una bomba aspirante e impelente que atrae el agua y la hace pasar a través de los canales. Si la contemplación cesara totalmente, los corazones pronto se agotarían (puesto que todo amor presupone una contemplación del objeto deseado)...

El amor al prójimo, como el amor a Dios, obliga,

pues, al contemplativo a permanecer junto al divino manantial. Aquel que Dios atrae al reposo de la contemplación no vaya, pues, a hundirse en los asuntos del mundo y tomar el gusto amargo de las cosas creadas y caídas. Deberá rendir cuentas severamente de todas sus idas y venidas, así como de toda ocasión personal mezquina, alejada de la misericordia, de la humildad, de la benignidad divinas de las que él mismo se beneficia tan copiosamente.

La contemplación debe dar sus frutos para el prójimo, por más que, a menudo, dispense de las obras exteriores. Ese fruto es el Sabor de Dios, que se hace conocer amando a toda criatura con un amor de caridad, olvidándose de sí mismo para no tener en cuenta, sino a Dios que está en todas, que no desprecia nada de lo que ha hecho..." (p.80-81).

Retener: fruto de la contemplación, en la vida puramente contemplativa.

Realidad de la comunicación: En la Iglesia todo se da en cualquier grado, porque algunos lo reciben de un modo eminente; para que **todos** puedan contemplar de modo suficiente, es necesario que algunos realicen una contemplación exclusiva y sobreabundante. Guardar las dos realidades: Todos formamos una unidad: lo de unos es para otros.

Todos somos personas: cada uno debe realizar lo esencial en sí. No basta que unos contemplen y otros no, vivan de la contemplación ajena; pero no todos pueden dedicarse del mismo modo. La exclusividad, incluso material de unos, produce la exclusividad afectiva de otros.

Resumen: distinción entre el espíritu y la realidad. Espíritu contemplativo: todos. Realidad material de la contemplación: algunos. (Pero tener en cuenta que toda vida debe estar regida por el principio de la prioridad de la contemplación: nunca se puede desertar de ella, o de los medios que nos conducen a ella).

(Cuaderno de Estudio. 1967).

Día 24 de Febrero

Prosigo con las notas de Eliot. Pero ante todo surge una cuestión fundamental: ¿Qué sentido tiene para mí, sacerdote, el estudio de un poeta? No evidentemente la simple consideración de una técnica literaria, por más que personalmente me resulte atractiva tal materia; pero tampoco la penetración del pensamiento del autor.

Lo único que puedo buscar es la visión del planteamiento de asuntos vitales por un autor moderno. Siendo una cabeza realmente privilegiada -incluso en el orden religioso- puede enseñarme mucho acerca de la visión divina sobre el hombre y las cosas. Ahora, aun en este terreno, cabe el peligro de aprender "recetas", de tomar de memoria las ideas del autor. Es necesaria una buena dosis de reflexión personal y de oración para que todo ello sea útil.

Otro servicio puede ser el hallar expresiones felices para expresar lo que yo no sabría, aun sintiendo. En este aspecto puedo aprender precisamente de Eliot que mezcla, en sus versos, versos ajenos con toda tranquilidad. Eliot, Claudel, Peguy, Dostoyevsky... me prestan elementos expresivos, para una futura construcción de doctrina espiritual.

Pues cada vez veo mi "vocación" menos clara y me inclino a pensar que no debe ser ciertamente el hablar con un mundo que parte de presupuestos muy distintos. Por mal que yo me encuentre en el orden de la caridad -y ese es otro asunto- existe el carisma y tengo obligación de usarle. Ahora el carisma mío creo que consiste en una visión incomparablemente más profunda de lo ordinario y en una capacidad de **sintetizar**, de unir los puntos aparentemente opuestos del misterio, revelándolos a una luz divina, sobrenatural, que muy pocos serán capaces de recibir. Creo que debo ir construyendo, escribiendo lo que se me vaya ocurriendo. Pensamientos que brotan o se perfilan en conversaciones diarias y que no tienen cabida en ellas, sencillamente porque los conversantes no me entenderían. Comprendo que (...) y (...) son sin posible discusión mucho más buenos que yo; pero tienen menos luz, lo cual no les quita ni pone nada, pero les incapacita para comprenderme.

Por ejemplo, nadie parece capaz de comprender una cosa tan sencilla como ésta: El hombre es esencialmente el "que recibe" de Dios y eso en un régimen sacramental. Por tanto, el recibir es su propia gloria, el recibir de otro

hombre. Comentar -como hicieron ayer individuos incluso de la talla muy aceptable de (...)- que la figura del presbítero queda rebajada porque "recibe" del Obispo, es no comprender la esencia del hombre.

(Cuaderno de Estudio. 1966).

THE HUMANISM OF IRVING BABBIT⁴

"Es más fácil destruir que construir". Y como corolario de esta afirmación es más fácil para los lectores aprender los aspectos destructivos de un autor que los constructivos. Si el autor destruye, ello satisface al público; si no construye, no se le exige; si construye, no se le aprecia.

Todo esto es lo que viene a decir Eliot, en un párrafo sumamente interesante y que deberíamos tener en cuenta todos los que hablamos. Los párrafos beligerantes en dirección al enemigo y con intenciones destructoras; los pensamientos que arrasan las edificaciones que no nos placen, tienen asegurado el éxito entre la masa que no piensa y que no se interesa cosa mayor por nuestro tema y, por supuesto, entre el grupo que, pensando o no, aborrece la ciudad que atacamos.

La mayor parte de estas personas están excitadas pasionalmente y son incapaces de acoger el pensamiento en que se fundan nuestros ataques. Cuando decimos que hay que hablar con cierto apasionamiento para atraer la atención, habría que analizar los sentidos de la atención y ver de qué atención hablamos. Una vez excitada la sensibilidad es superlativamente improbable que el oyente tense su intelecto.

En cuanto a los asistentes de antemano favorablemente dispuestos a los objetos que combatimos, no hace falta decir que raramente quedarán convencidos de nuestras razones.

Una vez más compruebo, en unos aspectos que hasta ahora no me había detenido nunca a considerar, cómo

⁴ T.S. Eliot, "The humanism of Irving Babbit, Faber and Faber Limited. London.

nuestras actuaciones están guiadas por lugares comunes, herencia quizás en la letra de clásicos preceptos, pero cuyo espíritu queda herméticamente cerrado a nuestras apreciaciones. La palabra atención tiene muchos aspectos, que se realizan en muchos respectos y de muchas maneras. Ahora nosotros tomamos en bloque la frase de atraer la atención y llevamos a cabo una tarea exactamente contraria a nuestros propios deseos.

El problema del humanismo. Mr. Babbit, por lo visto, escribió varias obras, cuyo tema central era precisamente el humanismo, presentado como alternativa de la religión. Eliot se pregunta:)Es una alternativa o un sustitutivo? Y si lo segundo,)no tendrá con la religión la misma relación que el humanitarismo con el humanismo?)Es una visión de la vida que se realizará por sí misma o es un derivativo de la religión, que estará vigente tan sólo por un breve tiempo y tan sólo en mentes cultivadas como la Mr. Babbit? En otras palabras:)Durará más de una o dos generaciones?

Día 26 de Febrero

El humanismo y la religión no son paralelos, en cuanto hechos históricos. El humanismo ha sido esporádico y el cristianismo continuo. Es inane intentar imaginar el posible desarrollo de las razas europeas sin el cristianismo; conjeturar una tradición humanística equivalente a la real tradición cristiana. A lo más podríamos decir que hubiéramos sido, mejores o peores, criaturas diferentes. Nuestro problema es construir lo futuro y sólo podemos hacerlo con materiales del pasado: No negar nuestra herencia, sino usarla, es nuestro deber.

Los hábitos religiosos de nuestra raza son todavía muy fuertes en todos los lugares, en todos los tiempos y para todos los pueblos. No hay, viceversa, hábito humanístico. El humanismo es el estado mental de unos pocos hombres, en unos pocos lugares, en unos pocos tiempos. Su misma existencia depende de otras actitudes, porque es esencialmente crítico, parasitario. Ha sido y puede ser muy valioso, pero jamás suministrará chaparrones de perdices o abundancia de maná para los pueblos elegidos.

El humanismo de Mr. Babbit no se parece al de los hombres que él cita como humanistas: Sócrates o Erasmo, por ejemplo. Su interpretación de tales personajes es

sumamente defectuosa, porque no tiene en cuenta las condiciones en que vivieron, los arranca de su contexto. Y Mr. Babbit preconiza un humanismo que es sorprendentemente parecido a la teología protestante liberal del siglo XIX; es un subproducto de la teología protestante en su postrera agonía.

Todos los humanistas han sido individualistas, pero han dejado usualmente un lugar a la multitud y no sólo a la multitud, sino a la porción de su mente que es vulgar.

Hasta aquí no he hecho apenas más que copiar frases de Eliot, aunque resumidas y posiblemente desfiguradas. Ahora comento por mi cuenta una frase o, más bien, escribo los pensamientos que una expresión me sugiere: "Ciertamente un intelectualismo, pasando un cierto punto, tiene que ser individualista".

Yo creo que en la mente común se produce un equívoco, un equívoco muy grueso, debido a la confusión entre las diversas maneras que un hombre tiene de vivir la comunidad.

Raramente, al hablar, atendemos a los muchos aspectos que presenta la intrincada combinación de elementos que constituyen la persona humana. Ahora, habitualmente tendemos a pensar, ante todo, en lo sensible. Concluimos que es sociable el hombre que desea hablar con los demás y porque le escuchamos, concluimos con harta facilidad que está en comunión con sus interlocutores.

Una concelebración se interpreta como acto de comunidad y un grupo de fieles cantando la misma canción produce la impresión de comunidad que no produce el mismo grupo en silencio. Hay en todo esto una indebida suposición de que todo signo significa en la persona que lo pone; y no se asume la idea contraria y mucho más conforme a los hechos, de que un signo es en la mayoría de las ocasiones insignificante. Ciertamente una personalidad plenamente integrada se unirá humanamente a otras personas igualmente integradas que cantan con ella. Pero exige que el hombre ponga toda su personalidad en el canto y en la circunstancia de que se amolda en cuanto al ritmo y las palabras a los demás cantores. Pero todo esto son suposiciones gratuitas. Pocas veces el fiel pone en juego su personalidad, cuando canta y pocas veces tiene ni siquiera la sensación de acordarse con otras personas. Hay a lo más una atención al sonido de las palabras y al ritmo musical que tiene que producir él simultáneamente con los demás.

Las obras en común producen muchas más veces separación que unión. Han de estar muy bien graduadas para que al cabo de mucho tiempo y muchos esfuerzos uno llegue a contemplarse integrado con otros. Y ordinariamente ese sentido de integración no alcanza a la personalidad, sino a la tarea; se siente a lo más cantor con otros cantores y de ningún modo persona con otras personas, cristiano con otros cristianos.

La integración es faena larga y penosa y debe comenzar por los estratos superiores, manifestados o no en alguna tarea sensible. Una comunidad humana no se constituye, sino cuando se han comunicado los pensamientos y se han fundido las voluntades; pero por lo regular, en cualquier acción sensible, el hombre pone muy poco pensamiento y muy poca voluntad, de modo que es extremadamente improbable que la multiplicación de actos en común engendre comunidad.

Es la reflexión acerca de los demás, el interés por los demás, pero vistos como próximos, lo que puede desembocar en comunidad. Es evidente que después de tratar más a un grupo de sacerdotes y colaborar largamente con ellos, me encuentro más alejado de ellos, precisamente porque en cuanto personas, en cuanto seres pensantes y precisamente religiosos, los encuentro lejos de mí.

Aquí como en tantas otras empresas se ha confundido lo mal realizado con lo irrealizable, de la dificultad se ha concluido a la imposibilidad y se han arbitrado medios y caminos nuevos, que siendo naturalmente falsos han de mostrarse inanes aun en su más perfecta realización.

Han comprobado que la meditación individual robustecía las tendencias individualistas -exageradamente individualistas- de muchos cristianos y han inferido que era necesario juntarlos -congregarlos- para fomentar los sentimientos de comunidad o que hay que despertar las preocupaciones por los problemas sociales. Ahora lo único que puede vislumbrar un ojo desapasionado cuando contempla las muestras logradas, es un rebaño de ovejas balantes adoptando posturas, parándose o caminando a la voz de un pastor -tan oveja como ellas, pues ni siquiera pretende tener autoridad divina alguna- o un puñado de individuos que se sienten tanto más superiores, cuanto que no creen sentirse así por el mero hecho de que aseveran a todas horas las pretendidas igualdades de todos los hombres.

Pululan en los movimientos apostólicos los "salvadores" de la sociedad que se van saturando poco a poco de un odio a ciertas porciones de hombres, desde

luego a los superiores que el Espíritu Santo les ha puesto. Para toda esta grey que incrementa deliberadamente su animalidad, es vana toda apelación al Espíritu Santo, puesto que no menos deliberadamente han excluido al Espíritu Santo, al menos como persona, reduciéndolo a una idea vaga e inoperante, carente de realidad, que puede constituir a lo más un lejanísimo objetivo, perdido de vista para quienes por determinación metodológica, han de partir de la realidad, una realidad opuesta al Espíritu Santo. Esto no es fórmula peculiar de expresarme, sino que repetidamente me han advertido que debo partir de la realidad, cuando yo he comenzado a hablar de la paternidad de Dios o del influjo del Espíritu.

De una forma u otra este fenómeno estupefaciente ha sucedido siempre en la Iglesia. Hoy nos llaman espiritualistas, como ayer los llamaban místicos. En todo caso estamos en presencia de un decidido repudio del Espíritu.

Y sin embargo, para los pocos que todavía alimentan un anhelo de verdad, es evidente que sólo el contacto prolongado con Dios, contacto personal, es decir, intelectual y afectivo, "seco" por lo general en las primeras etapas, simultaneado con encuentros muy limitados con los hombres, puede conducir a la formación de una verdadera comunidad cristiana: a la congregación ansiada.

Se-gregación en muchas ocasiones, motivada por la agregación a Dios y como resultado con-sagración con los ya agregados a Dios. La caridad respecto del hombre es fruto de la caridad hacia Dios y no consecuencia del cultivo de la solidaridad con un grupo de hombres, para conseguir ciertos bienes limitados, que remata inexorablemente en la sepración de otros grupos por el odio y de casi todos por el desinterés.

El humanismo es no alternativa de la religión, sino esclavo de ella. Siempre florece cuando la religión ha sido vigorosa; cuando es antireligioso, opuesto a la fe del lugar y del tiempo, entonces es meramente destructivo. Jamás ha encontrado nada que sustituya lo que destruye. Puede ser un elemento reactivador de la religión, cuando ésta se petrifica en ritualismo o costumbre. Pero vista así, su función es secundaria.

La conclusión es que el punto de vista humanístico debe ser auxiliar del punto de vista religioso y por tanto subordinado a él. Personalmente confieso no entender muy bien ni siquiera la misma existencia del problema; quiero decir para alguien que haya comprendido, en cuanto es

posible, lo que es la religión y lo que es el hombre. No veo ni la nuda posibilidad de contraponer a la religión, ni como adversario ni como sustituto, una doctrina verídica acerca del hombre, que pueda perfeccionarla. Puesto que la religión, entendiéndolo como Eliot la religión cristiana, nos suministra los puntos de vista de Dios sobre el hombre, sobre todos los hombres y por tanto no hay que hacer sino entenderlos y desentrañarlos. No me declaro por la facilidad o dificultad de la empresa. Señalo simplemente que la tarea es esa y que el acuerdo sobre ello debería ser evidente para cualquier pensador de buena voluntad.

SECOND THOUGHTS ABOUT HUMANISM⁵

De paso hacia su objetivo determinado, Eliot dispara una andanada contra el sistema de educación que lleva a estudiar a Platón o a Aristóteles sin previos conocimientos acerca de la cultura griega. Y señala que, cuando faltan ciertos ingredientes, hay que reconocer la carencia y actuar consecuentemente. Quien posee un cultivo meramente literario debe cuidarse de filosofar, pues siendo una tendencia natural, si no se reprime conscientemente, se cae en mala filosofía.

Todo esto tiene importancia para mis estudios, v. gr., acerca de los Padres, aunque confirma mis actitudes y puntos de vista. Una interpretación de nuestros antiguos autores exige un cierto conocimiento de la antigüedad. Las lecturas de los clásicos, y hablo de lecturas despaciosas, son absolutamente necesarias. Cuando los que dirigen inmediatamente amplios movimientos -y es el caso actual de España con (...) al frente del movimiento litúrgico- se acercan a las fuentes impreparados, los movimientos no tienen muchas posibilidades de salud. O se extravían o no progresan. Y en movimientos de tipo religioso es inexorablemente precisa la santidad y la sabiduría científica.

Eliot expone su idea acerca del humanismo, con la cual estoy totalmente conforme, aunque evidentemente

⁵ T.S. Eliot, "Second Thoughts about Humanism", Faber and Faber Limited. London.

admite más desarrollo y aunque a mi modo de ver -y verosimilmente también al suyo- todo eso debe ser fruto de la vida cristiana, si llega a cierta plenitud adulta y puede precederla, aunque difícilmente.

La diferencia esencial -entre otras- entre la perfección humana y cristiana es que la segunda produce la primera y puede producirse sin ella (es decir, la va produciendo según se desarrolla ella misma), mientras que la primera no puede evolucionar plenamente sin la segunda, ni mucho menos, en ningún caso, producirla.

Día 27 de Febrero

Resumiendo los puntos propuestos por Eliot, presento las siguientes facciones de humanismo:

I.- La función del humanismo no es proveer de dogmas o teorías filosóficas; el humanismo es cultura general y, por tanto, no se interesa en los fundamentos filosóficos, sino en el sentido común.

II.- El humanismo produce tolerancia, equilibrio, salud. Lidia contra el fanatismo.

III.- El mundo no puede progresar sin esas cualidades, así como tampoco sin las contrarias: Estrechez, beatería, fanatismo.

IV.- Su objetivo no es la refutación, sino la persuasión, conforme a los axiomas informulables de la cultura y el sano sentido. Opera por gusto, por sensibilidad educada por la cultura. Es más crítico que constructivo. Es necesario para la crítica de la vida social y de las teorías sociales, la vida política y las teorías políticas.

V.- El humanismo no puede profesar teorías positivas acerca de la filosofía o la teología. Tan solo puede formular la pregunta: Esta filosofía o religión singular ¿es civilizada o no lo es?

VI.- Hay un tipo de hombre a quien el mero humanismo satisface. Es un tipo válido.

VII.- La validez del humanismo se establece:

a) En sí mismo, en el puro humanista, que no

sustituirá con él la filosofía y la religión.

b) Como ingrediente y correctivo en las civilizaciones fundadas en creencias definidas.

VIII.- El humanismo, finalmente, es válido para una minoría muy restringida de individuos. Pero es una cultura, no la adscripción común a un programa que liga a sus adeptos.

Esta enumeración no es exhaustiva o definitiva; consta de cualificaciones que ocurren inmediatamente al entendimiento.

Hay un humanismo, disconforme con las notas expuestas, que incluye, por ejemplo, la negación de la imperfección radical del hombre y de la naturaleza. Repudia las diferencias esenciales y, siendo todo cuestión de grado, cree en el mejoramiento indefinido. Para él desaparece la concepción del mal y del pecado y cree, en cambio, en lo normal y típicamente humano.

No hay oposición entre la actitud religiosa y la puramente humanística; cada una precisa de la otra.

Tan solo objeto al punto VI. No creo en la validez del puro humanismo, salvo en el muy limitado sentido en que acepto la validez de cualquier miembro corporal. En cuanto asumido, manejado por el hombre que lo posee. De lo contrario, el miembro está enfermo y se constituye en una traba. Y además puede ser destinado al infierno con el hombre que lo posee.

Una distinción, no obstante, es necesaria: La religión no crea los miembros físicos, pero la religión sí crea el humanismo, por la misma razón que le es preciso. Las notas que Eliot indica son ciertamente perfectivas; por tanto cuando el hombre se religa con Dios -es religado por Dios con El- necesariamente ha de participar de esas virtudes naturales que integran el humanismo. Pues todas ellas son producto gozoso de la caridad que las eleva, si las halla, y las crea, si no existen.

Este problema del humanismo está ocasionando considerable cantidad de libros y notable suma de confusiones. Es curioso que los autores "existenciales" puedan enredarse en tales problemas: el hombre no existe, sino en el orden de la gracia y por tanto no es perfecto, sino con la perfección que la gracia le confiere.

No veo cómo puede, en un país de cultura cristiana,

mantenerse vigente una postura **meramente** humanística, sin religión, durante un período prolongado. Ni tampoco veo cómo un cristianismo vivido en perfección podría no producir ese humanismo que Eliot presenta. Ciertamente pueden ofrecerse ambas cosas, no debido a su posibilidad intrínseca, sino a la imperfección del hombre que las vive. Pero siempre que se aluda a la penuria de religión en el humanismo o a la penuria de humanismo en lo religioso, habrá que declarar expresamente que es una realización muy imperfecta, originada en la debilidad del hombre concreto que intenta realizarlos.

Decir por eso que el cristianismo no es un humanismo, como expresa el título del libro de González Ruiz, me parece al menos una temeridad, no tanto por el admisible sonido de la declaración, por cuanto la significación parece establecer una separación de hecho que no puedo en forma alguna aprobar.

(Cuaderno de estudio. 1967).

LA SOCIEDAD CRISTIANA

Día 11 de Agosto

Ahora son las 8 y llevo desde las tres y media estudiando. He terminado la esquematización de la obra de Eliot⁶, que comienzo a comentar.

En el prefacio señala ya la sospecha de que nuestra forma ordinaria de presentar los problemas sirve para ocultarnos las cuestiones importantes de la civilización contemporánea. Si algo está de moda es la autocrítica y

⁶ T.S. Eliot, "The idea of a Christian society", Faber and Faber Limited. London.

los jóvenes, sobre todo, presumen de sinceros. Si partimos -como se debe- de las realidades conocidas con certeza, que en el orden de lo no material se reducen a las sobrenaturales, tendríamos que rechazar la pretensión. Es imposible que gente tan autosuficiente sea sincera, puesto que la sinceridad supone necesariamente la humildad. Falta sinceridad y falta conocimiento propio. El peligro es mayor que nunca, puesto que ellos están persuadidos de su perspicacia y de la rectitud de su intención en los planteamientos de cualquier problema. Y de su capacidad de resolver los problemas con una frase cristiana, sin intimidad alguna con Cristo; pues a tal intimidad renuncian de buena gana.

Es indudable que el único método -y método es simplemente camino- viable es la presentación fulgurante, deslumbrante de Cristo, del Padre, del Espíritu, con una aplicación hiriente a la conciencia que les ilumine acerca de sus propias tinieblas. Sólo la conciencia de la propia incapacidad y del amor potenciador del Padre puede salvar a los hombres de la mentira de su sinceridad, del engaño de sus verdades. Creo que la orientación de los ejercicios es, por tanto, la que debe mantenerse a toda costa.

LA URGENCIA DE LOS PROBLEMAS FUNDAMENTALES

Siempre son urgentes, puesto que están en el fondo de los demás. Es verdad que en el momento de la actuación tendremos muchas veces que atenernos al compromiso, puesto que los problemas fundamentales no son los más visibles y, por tanto, no son aquellos que provocan fácilmente la concordancia.

Los hombres piensan poco en ellos, aunque la impresión que podríamos sacar de una temporada, con ratos prolongados de charla, es que no escasean los que remueven problemas serios. Pero tanto en conversación como en escritos, (qué superficialidad de pensamiento!

Ni es por lo demás el tono general, pues en casi todo, lo externo -lo aparentemente urgente- absorbe totalmente la atención y apenas se detienen en los fundamentos. Y sin embargo, aun inconscientemente, el hombre se mueve por la postura adoptada ante ellos.

Un ejemplo luminoso puede ser el tema de la personalidad. Se trata en este caso de un asunto tremendamente serio y, por cierto, continuamente aludido por toda clase de personas. Pero ¿quién se ha parado un rato a pensar en su consistencia real?

Ante el Concilio mismo, en la lectura de los textos, se realiza inconscientemente una selección afectiva y luego se repiten las frases con un sentido absolutamente anticonciliar. Probablemente esto es algo inevitable y la única solución es formar unas cuantas personas que puedan influir vertiendo en las mentes débiles las ideas rectas, para lograr posturas legítimas. Pero no sería realmente posible verter precisamente la idea de la necesidad de profundizar? Creo que al menos ello podría alcanzar áreas relativamente extensas...

¿O es que en verdad el hombre es tan estúpido como aparece? Quiero decir: tan pasmado, tan absorto ante las apariencias, que ya queda inutilizado para emplear su razón, su entendimiento, de tal modo que la admiración estupefaciente que debería producirle la revelación de Dios, la recibe de las criaturas visibles y ya no queda nada que hacer con él?

Lo que hay que examinar son los valores de los cuales vivimos. Y esos resultan muy semejantes entre las naciones llamadas cristianas y las no cristianas. Un examen de las diversiones, el arte, la política, el matrimonio, etc., sería muy instructivo. Y más todavía -en el terreno en que estoy llamado a moverme- esto mismo aplicado a los individuos: ¿En qué se distinguen los cristianos de los paganos? No niego que la distinción exista, pero sería conveniente calibrarla con cierta exactitud. Aparecería probablemente mucho menor de lo que creen las mayorías, mucho mayor de lo que estiman algunos puritanos.

La admiración por la eficacia: este mal sigue igual -si es que no se ha acrecentado- que en 1939, cuando Eliot publicó sus conferencias. El hombre es viviente, creador, porque está hecho a imagen de Dios. Pero como su conocimiento está muy influído por los sentidos, desea conocer las propias creaciones e, incluso, controlar los métodos. Esto es siempre un mal, pero cuando se trata de las realizaciones sobrenaturales, el mal alcanza gravedad inexpresable. Desgraciadamente la adoración de la eficacia, entendida humanamente, se ha establecido como principio aun teórico (...).

Día 28 de Septiembre

Después de un mes largo, reanudo los comentarios sobre la idea de una sociedad cristiana. Tengo amplio

panorama de trabajo ante la vista. Pero muy poco tiempo. Sigo con la misma idea: ¿Por qué no me liberan de todo lo demás y me permiten dedicarme a pensar? Estoy dando los ejercicios a los colegiales del Salvador y al mismo tiempo a (...). El día 3 acabo éstos y comienzo otra tanda a chicas... Realizo viva tarea intelectual... pero, (en qué condiciones! Esta noche sólo me he tumbado hora y media... He releído los tres primeros capítulos de la obra. Sigo los comentarios a ella.

Hablando de la relación de la Iglesia y del Estado: Un tema que no suele interesar al público

"y en los momentos en que el interés del público está excitado, el público nunca está suficientemente informado para tener derecho a una opinión".

Parece que se da por admitido que cualquiera tiene elementos bastantes para opinar. Pero ello no es cierto en absoluto. Y entonces ¿no es un grave perjuicio para el lector la lectura de artículos y libros empedrados de pensamientos confusos, oscuros, difíciles, por deficiencias de información o formación de sus autores? Tenía que ser esta época, con su terrible falta de sentido intelectual, la que permitiera el envenenamiento mental, mientras solloza por la paz de las armas. (Pero hemos de morir de todas formas! Podríamos, sin embargo, vivir con el entendimiento incontaminado...

Hoy tenemos una cultura principalmente negativa, pero en cuanto positiva, todavía cristiana. Y el dilema se presenta entre la aceptación de una cultura pagana o la formación de una nueva cultura cristiana.

Así Eliot viene a estar de acuerdo con Splenger en una decadencia; hay algo que acaba. Pero, más optimista que el germano, confía en la posibilidad de la formación de un nuevo estilo de cultura cristiana o de una cultura pagana. Ambos extremos envuelven radicales mudanzas.

En todo caso piensa que estamos en época de tránsito:

"Los defensores del orden presente no perciben hasta qué punto éste es un vestigio de un cristianismo positivo, ni hasta qué punto ha avanzado realmente hacia algo distinto".

No es que el mundo no se advierta en momentos de

transmutación. Basta la lectura de los textos conciliares. Pero hay precisamente varios puntos en que se siente sólidamente establecido: la democracia, el progreso. He ahí dos realidades que nadie duda y, sin embargo, son extremadamente cuestionables. La democracia, un disparate vigorizado, contradictoriamente con su esencia misma, por una guerra. El progreso... palabra sin sentido, dicha así, pues todo progreso postula una dirección y)hacia dónde adelanta el mundo? Claro que esto nadie lo pregunta, porque los demócratas no necesitan pensar. El sufragio les dispensa de la reflexión.

Un individuo cualquiera -no importa su autoridad en el tema, puesto que todos somos iguales- lanza una frase. Esta frase la repiten los periodistas, la repite la gente... Y ya tiene que ser verdadera, puesto que posee el apoyo de la mayoría...

Hay más gente, de lo que a primera vista pudiera parecer, atrincherada en su pereza mental, incapaz de concebir que puedan producirse mutaciones de importancia. A esos es inútil hablarles. Y (qué importante mantenerse al acecho de los cambios! Las ideas o las costumbres que perduran no merecen excesiva atención. Al cabo de cierto tiempo son ya inoperantes; son las ideas nuevas las que ofrecen interés, pues son ellas las que se apoderan de las mentes jóvenes y han de producir el estilo de vida de los años venideros. El hombre es un ser esencialmente mutable, en permanente mutación. Las ideas viejas no dañan, pasan necesariamente; no siempre es ello ventajoso; pero es una ley inexorable. Es necesario adivinar la mentalidad que se acerca, con su poder inflexible sobre las nuevas generaciones, es preciso tomarla por los cuernos, cuando aún es joven, para tornearla a nuestro estilo. De nada vale intentar detenerla. Sólo cuando un grupo de mentes experimentadas, capaces, fueran a la vez vigilantes, proféticas, llegarían las ideas nuevas con toda su frescura, pero con perfecta conformación. Ahora nos llegan vírgenes, pero torcidas, con toda la pedantería y toda la inmadurez de los jóvenes que las traen ingenuamente entre sus manos. Nos llegan broncas, rebeldes, sin acrisolar, pues sus descubridores -quizás de muy buena fe- no conocen aún su oficio y no entienden de refinamientos. Traen toda la ganga mezclada consigo; y así ideas que podrían ser fermentos de vida, se convierten en puro veneno.

Día 29 de Septiembre

Es curiosa la propensión a confundir el simple cambio con el progreso. Parecería evidente la distinción, puesto que a nuestra vista se desarrollan continuamente transformaciones en decadencia como la simple vejez humana. Pero el optimismo ilimitado es una peste de amplia vigencia. Cualquier mutación de costumbres se considera sin más como un paso hacia un fin deseable.

El uso de las palabras:

"Cuando un término ha alcanzado tan sanción universal, como "democracia" ahora, yo comienzo a preguntarme si significa algo, a fuerza de significar demasiadas cosas: Ha llegado a la posición de un emperador merovingio y siempre que se lo invoca una empieza a buscar al mayordomo de palacio" (p. 14-15).

No se sabe lo que significan y se presupone inmotivadamente que el concepto subyacente es evidente por sí mismo y necesariamente bueno.)Quien se atrevería ahora a refutar los aspectos diversos de la democracia? Sería, no obstante, la única vía para poder realizar algo valioso. Mientras aceptemos todos que la democracia es un bien en sí, no hay posibilidad de salir de esta situación asfixiante.

El liberalismo es un elemento negativo necesario, es la tendencia a destruir y continuamente hay que estar destruyendo, abnandonando algo. Pero, cuando esa necesaria tendencia se convierte en lo fundamental, se produce el caos y a la larga la vuelta a un estado de control mecanizado, artificial, brutal, que es el único remedio encontrado. Nadie probablemente defiende hoy el liberalismo como tal, pero lo que suele entenderse por postura liberal, al menos lo que entiende Eliot, pervive pujante.

La diferencia entre un doctrinario y un filósofo de la política o del arte, como Aristóteles, es que éstos no teorizan, sino que exponen puntos de vista derivados de la vida real que conocen. "Sus limitaciones son la condición de su universalidad". Hay que notar que en el terreno de la vida espiritual es la experiencia del plan de Dios, de Dios mismo, la realidad de la que hemos de derivar nuestras conclusiones. Y aquí ni siquiera hay limitaciones.

Día 30 de Septiembre

He agrupado las diferentes alusiones a diversos temas, que voy a anotar y comentar rápidamente.

La sociedad actual: Es una sociedad neutral, cuya diferencia con la sociedad pagana es de menor importancia. Los términos en que describimos nuestra sociedad en contraste con otras -la alemana y la rusa- con fines laudatorios, son propios para entorpecer nuestra sensibilidad. Calificándola de cristiana, significamos que en ella nadie es perseguido por ser cristiano; pero ocultamos el desagradable conocimiento de los valores por los cuales vivimos. Nos ocultamos además nuestra semejanza con las sociedades execradas. Porque deberíamos admitir, una vez reconocida la semejanza, que ellas nos aventajan. Y en nuestro odio por el totalitarismo hay una buena dosis de admiración por su eficacia (p. 9).

La cultura actual es principalmente negativa, pero en lo que tiene de positiva, es todavía cristiana. Y la elección ha de hacerse entre una nueva cultura cristiana y una pagana (p. 13). El liberalismo ha desaparecido -o está desapareciendo- dejando en su lugar únicamente la idea de democracia, que aún posee para la presente generación, la connotación liberal de libertad. Estamos expuestos a encontrarnos sin otra razón de actuación que la reprobación de Alemania y -o- Rusia. Reprobación que, por estar compuesta de excitaciones y prejuicios periodísticos, puede tener dos resultados aparentemente contradictorios: repulsa de toda mejora que se haya realizado en cualquiera de esos países; admisión de cualquier actitud rechazada en ellos. Vivimos en una especie de calma entre vientos opuestos. Un período en que una filosofía política ha perdido su vigor, pero continúa aún siendo el único marco en el que puede encuadrarse cualquier expresión pública.

De ahí esa vaciedad de nuestros periódicos y discursos.

"Es este desorden (que todos debemos censurar) y no la insinceridad individual, el responsable de la vaciedad de muchas declaraciones políticas y eclesiásticas. Basta examinar los artículos de fondo de los periódicos, la masa de exhortaciones políticas, para apreciar el hecho de que la buena prosa no puede ser escrita por gentes sin convicciones".

La objeción principal al fascismo es que es pagano, pero es la única que nos ocultamos, porque nos condenamos a nosotros mismos. Nuestros fines son tan materialistas como los de Alemania. Inglaterra está ampliamente industrializada, más que cualquier otro país. Y una sociedad industrializada está más abonada para la difusión de una filosofía materialista.

"La tendencia del industrialismo ilimitado es crear cuerpos de hombres y mujeres -de todas clases- despegados de la tradición, alienados de la religión y susceptibles de cualquier sugestión de masas; en otras palabras: un populacho. Y un populacho no será menos populacho, porque esté bien alimentado, bien vestido, bien alojado y bien disciplinado" (pp. 19-21).

Hipertrofia del motivo de la ganancia como ideal social, la distinción entre el uso de los recursos naturales y su explotación; las ventajas resultantes injustamente para el comerciante, en contraste con el productor; la mala dirección de la máquina financiera, la iniquidad de la usura y otros rasgos de la sociedad comercializada.

"Una gran cantidad de la maquinaria de la vida moderna es meramente una sanción de fines anticristianos, que es hostil no solamente a la realización consciente de la vida cristiana en el mundo por parte de unos pocos, sino al mantenimiento de cualquier sociedad cristiana en el mundo" (p. 33).

La perspectiva que se nos presenta es la de una decadencia lenta o una súbita extinción de las artes. Lo cual es un síntoma de alguna dolencia social. Existe una insidiosa y constante influencia, que actúa silenciosamente en toda sociedad organizada con vistas al provecho, produciendo un rebajamiento del arte y la cultura. La creciente organización del anuncio y la propaganda, la influencia sobre las masas humanas por cualquier otro medio que no sea el de la inteligencia; el sistema económico; el caos de ideales y la confusión de pensamientos; la desaparición de cualquier clase de personas que reconozcan la responsabilidad pública y privada de patronazgo de las mejores producciones, todo

ello va en perjuicio de la cultura.

Cada nación disminuye su fondo cultural, pero todas compiten furiosamente en la exportación. No existe una filosofía política subyacente a la conducta política; no existe uniformidad alguna de cultura, ni discriminación entre las personas educadas y las no educadas. Desaparece la idea de sabiduría, substituída por la experimentación esporádica e incoherente (pp. 39-41).

El que está conforme con el gobierno actual de Inglaterra debe preguntarse si no está confundiendo una sociedad cristiana, con una sociedad en que el cristianismo es tolerado. La principal motivación para atender a muchos problemas nacionales es el temor o la emulación de las naciones extranjeras. Y el cristianismo es invocado, no por su verdad, sino por su eficiencia benéfica (p. 58).

"Hacia el final de 1938 hemos experimentado una ola restauradora que nos demuestra que la locura no es la prerrogativa de determinado partido político o comunión religiosa y que la historia no es el privilegio de los carentes de educación. Se ha expresado un cristianismo evanescente, el fervor religioso ha sido un fervor por la democracia" (pp. 58-59).

Confusión al distinguir lo natural de lo no-natural. Es más natural la existencia de fuertes grupos de célibes y abundantes matrimonios con familia numerosa, que la restricción de la natalidad y la condenación del celibato.

Una buena cantidad de nuestro progreso material habrá de ser pagado muy caro por las generaciones que nos sucedan.

"Nos hemos acostumbrado a considerar el progreso como siempre integral; y, sin embargo, tenemos que aprender que sólo por un esfuerzo y una disciplina, mayores de lo que la sociedad se ha creído hasta ahora urgida a imponerse, los conocimientos materiales se ganan, sin pérdida de poder y conocimiento espiritual".

Hemos perdido la visión de lo natural; hemos de mirarlo con los ojos de los Padres.

"Necesitamos recobrar el sentimiento del temor

religioso, para que pueda ser superado por la esperanza religiosa" (p. 62).

En la guerra no podían oponer ideas a ideas, convicción a convicción.

"Nuestra sociedad, que ha estado siempre tan segura de su superioridad y rectitud, tan confiada en premisas nunca examinadas, ¿se reunía en derredor de algo más permanente que un conjunto de bancos, compañías de seguros e industrias y poseía alguna creencia más esencial que la creencia en intereses mezclados y mantenimiento de dividendos?" (p. 64).

"El hombre medio no objeta al fascismo porque sea pagano, sino porque teme la autoridad, aunque sea pagana" (p. 70).

Las tendencias expuestas por el alemán Hauer, sobre una religión que brota del interior del hombre y que toma su forma peculiar germana, son compartidas por muchos ingleses respecto de su propio país. Sus objeciones al cristianismo son las mismas de muchos ingleses (p. 71). El sistema de la sociedad tiene mucho de intrínsecamente malo.

Resumiendo apresuradamente, en mera enunciación, estas críticas de Eliot, tendremos este diagnóstico de la sociedad de su tiempo:

Cultura negativa, materialista, con la idea de democracia, como apoyo teórico, pero sin verdadera filosofía política. Decadencia de las artes. Dominio del populacho. Ausencia de una clase verdaderamente dirigente, responsable. Indiscriminación entre el culto y el inculto. Caos de ideales. Confusionismo. Ausencia de cultura uniforme. Uso indebido del anuncio y de la propaganda, presiones ocultas. Pérdida del sentido de lo natural, del sentido religioso. La religión mirada como algo immanente. Fines anticristianos de la sociedad, escondidos en una tolerancia del cristianismo individual. Culto de la eficacia. Mito del progreso integral e indefinido. Ocultamiento hipócrita de los verdaderos fines. Confusión entre el cristianismo y la democracia. Posibilidad de una decadencia de las artes y la cultura.

En resumen, Eliot no parece más optimista que Spengler. La única diferencia se encuentra en el pronóstico, puesto que la misma posición del problema indica su creencia en la posibilidad de la construcción de una cultura cristiana.

Es de notar que así resumidas, reducidas a su mero enunciado, casi todas las observaciones de Eliot conservan su valor. Ciertamente presentan hoy matices distintos en algunos aspectos; pero sustancialmente tendríamos que decir que lo único que puede observarse de nuevo es la persistencia y, por tanto, el agravamiento de los males señalados.

Y sobre todo, su ingreso en el recinto de la Iglesia. La mentalidad moderna, aquí condenada, se encuentra hoy alojada firmemente en la Iglesia misma. Esto es lo más grave de todo.

Un examen de las tendencias teológicas actuales nos permitiría filiarlas exactamente, indicando su parentesco con los defectos señalados por Eliot.

La tremenda insinceridad ante los problemas que permite disfrazar con un vocabulario altamente espiritualista, la defensa del placer carnal de los casados; la introducción, en el terreno del cristianismo, de esa falsa concepción de lo natural estigmatizada por Eliot, por la cual se rebaja el celibato a la vez que la fecundidad familiar; el caos y el confucionismo; el temor a la autoridad; las presiones subterráneas del anuncio y de la propaganda; la estima del cristianismo por su posible eficiencia en el orden de los progresos naturales; el interés por lo material; la estúpida fe en un progreso indefinido... Todo ello envenena la atmósfera de la Iglesia en que los cristianos tenemos que respirar.

La repulsa explícita de la clase directora, la negación misma de su posibilidad, estigmatizada con el nombre antipático de "paternalismo". Y esto llevado hasta el enfrentamiento con la Jerarquía... Todo ello significa nuestra marcha hacia la desaparición de la Iglesia occidental. Claro, en cuanto a la Iglesia al menos, el optimismo es la única postura posible para un cristiano. No puede desaparecer.

Naturalmente la lectura de este librito me ha confirmado poderosamente en las ideas mantenidas de tiempo atrás. Es perfecta la coincidencia en el diagnóstico de mentes muy alejadas en otros sentidos: Spengler, Eliot, Vegas... Y sobre todo, concedo vigoroso poder confirmatorio al hecho de que mi lectura se realiza muchos

años después de que ellos escribieran y, sin embargo, nada puede oponerse a lo dicho entonces, por el contrario seguimos encontrando, agravados, los mismos errores y pecados que ellos denuncian.

La decadencia: En ningún lugar afirma la necesidad de la decadencia, pero a veces apunta su posibilidad, en dilema con un cambio bien laicizante, que considera lo más probable, bien en dirección al cristianismo, que es lo que él ofrece (pp. 25 y 41). Hay una elección posible entre una nueva cultura cristiana o pagana (p. 13).

Posturas ante el mundo moderno: Unos piensan que hay que volver a un estilo de vida más sencillo, cayendo todas las construcciones del mundo moderno de que podemos prescindir; otros quieren adaptar el cristianismo al mundo tal como hoy es.

Lo primero resulta imposible; si acaso se realiza -y ello cabe que suceda-, no será por efecto del esfuerzo deliberado de la voluntad humana, sino por causas naturales. Lo segundo es un claro renunciar al papel que el cristianismo posee en la formación misma de ideales sociales. Son dos soluciones simplistas inadmisibles por tanto ambas.

Sociedad no cristiana: Dos puntos de vista en cuanto a la cualificación de una sociedad como tal.

"El primero es que una sociedad ha dejado de ser cristiana, cuando las prácticas religiosas han sido abandonadas, cuando la conducta cesa de estar regulada por la referencia a los principios cristianos y cuando, de hecho, el único fin consciente ha venido a ser la prosperidad del individuo o del grupo en este mundo.

El otro punto de vista, menos fácil de comprender, es que una sociedad no ha dejado de ser cristiana hasta que no se ha convertido positivamente en otra cosa" (p. 13).

La situación del cristiano en la sociedad: El problema del cristiano actual no es el de una minoría en la sociedad de individuos que mantienen otra creencia. Es el de la implicación en una red de instituciones, cuya operación es positivamente no cristiana. El cristiano, que no es consciente de ello, está en peligro mayor de

descristianización. Lo más peligroso para el cristiano es el ser tolerado (pp. 22-23).

LA SOCIEDAD CRISTIANA

Supone tres elementos: Estado cristiano. Comunidad cristiana. Comunidad de cristianos.

Estado cristiano: En el Estado lo más importante no es que el gobernante sea personalmente cristiano, sino que se vea obligado a gobernar en un marco cristiano y apelando a principios cristianos. El Estado es cristiano sólo negativamente: Su cristianismo es el reflejo del cristianismo de la sociedad que gobierna (Cfr pp. 26-28.43).

Comunidad cristiana: No se la puede exigir como mínimo, sino una conducta ampliamente inconsciente. La capacidad de pensar, acerca de los objetos de la fe, es pequeña; su cristianismo se realiza casi completamente en la conducta: en sus observancias habituales y periódicas de las prácticas religiosas y en un código tradicional de conducta respecto de sus prójimos.

El individuo no debe ser miembro de dos unidades separadas o incluso superpuestas: la unidad social y la unidad religiosa. Debe haber una comunidad unitaria religioso-social, en que todas las clases tengan su centro de interés. Para la mayor parte de la gente -y no piensa en clases sociales, sino en estratos intelectuales- la religión

"debe ser primordialmente cuestión de conducta y de hábitos, debe estar integrada en la vida social, en sus negocios y en sus placeres; y las emociones, específicamente religiosas, deben ser una especie de extensión y santificación de los sentimientos domésticos y sociales. Incluso para los individuos más desarrollados y conscientes que viven en el mundo, una dirección del pensamiento y del sentimiento, conscientemente cristiana, sólo puede ocurrir en momentos particulares del día y de la semana y aun esos mismos momentos tienen lugar como consecuencia de hábitos formados; ser consciente, sin interrupción, de una alternativa cristiana y no cristiana en momentos de elección, impone una fuerte tensión. La masa de la población, en una sociedad cristiana, no debe estar expuesta a un estilo de

vida, en el cual se presenta demasiado vivo y frecuente el conflicto entre lo personalmente fácil, lo impuesto por las circunstancias y lo cristiano" (p. 30).

La vida social debe estar cristianizada y el cristiano no tiene que tener, por necesidad, conciencia de la distinción entre los ingredientes meramente religiosos y los sociales, simplemente identificados con su religión (p. 34). La forma tradicional de vida no debe tener sentido de ley, de constricción externa, ni debe ser mera suma de la fe y la inteligencia individual (p. 34). Esto es un mínimo, pero es que no debemos soñar en una edad de oro, en una sociedad de santos. El reino de Cristo en la tierra se está realizando continuamente, pero nunca se realizará (p. 59).

Comunidad de cristianos: No grupos locales, ni la Iglesia, en ninguno de sus sentidos, sino "los cristianos consciente y reflexivamente practicantes, especialmente los que poseen cierta superioridad intelectual y espiritual" (p. 35). Incluiría muchos seglares de todos los campos y muchos -pero no todos- los sacerdotes. Incluiría algunos de los llamados "intelectuales".

La posesión de dones intelectuales o espirituales no confiere necesariamente la comprensión intelectual de lo espiritual, que se requiere para ejercer la clase de influencia de que trata. Ni este cristiano es necesariamente mejor cristiano en su vida privada, ni está necesariamente exento de error doctrinal. Prefiere que su idea sobre esta comunidad de cristianos sea más bien demasiado amplia que demasiado estrecha (p. 74).

Es evidente que lo primero es tener la idea de cómo debe ser la sociedad cristiana (p. 21). Y debemos mantener ciertas exigencias: "Debemos abandonar la noción de que el cristiano debe conformarse con la libertad de cultos y con no sufrir incomodidades mundanas por causa de la fe. Por fanática que pueda parecer mi idea, el cristiano no puede satisfacerse con menos que con una organización cristiana de la sociedad" (pp. 33-34).

La sociedad cristiana puede expresarse: "Una sociedad en el fin natural del hombre -virtud y bien en comunidad- es reconocido por todos y el fin sobrenatural - la bienaventuranza- por aquellos que tiene ojos para verlo" (pp. 33-34).

Antes de entrar en el estudio de algunos puntos concretos de la sociedad, anotaré mi juicio sobre lo

anterior. Creo que, efectivamente, hemos de tender a la erección de una sociedad cristiana y que actualmente los cristianos se conforman con excesiva facilidad con lo que ellos piensan que es irremediable: la existencia de una sociedad neutral, pluralista.

La continua predicación de la vocación a la santidad, la fe en la posibilidad de la santidad heroica para cada uno es, no sólo compatible, sino coincidente con este ideal de santidad que supone que los más no serán nunca capaces de esta tensión que Eliot desea eludir.

Ser llamado a la santidad no significa que el hombre es santo -capaz, por consiguiente, de actos heroicos-durante toda la vida, sino que no lo es durante mucho tiempo y poco a poco (como caso normal) va siendo potenciado para realizarlos. Por tanto, la mayoría no se encuentra nunca en situación habitual de heroísmo.

Y en segundo lugar, llamada universal a la santidad no significa en modo alguno respuesta universal a esa invitación. Por tanto la caridad con los hombres exige la conformación de una sociedad que facilite la ejecución de las posturas cristianas. Cuando se alaba la actitud del Concilio, suponiendo una fe más profunda en el hecho de la admisión de una más amplia libertad de exposición de los errores, se están confundiendo incomprensiblemente dos posturas distintas y aun contradictorias: la confianza ante un hecho inevitable y la pasividad ante una situación mutable.

Que, dentro de un ambiente enrarecido por la difusión de opiniones falsas, la Iglesia confíe en la gracia divina que fortalece e ilumina al hombre, para que pueda ser deslumbrado por la Luz que es Cristo, esto es una postura de esperanza; que colaboremos a envenenar el ámbito en que los cristianos se mueven, aunque sea con una permisión indebida, esto es un pecado contra la fe.

Se trata solamente de saber qué medios puede emplear el cristiano para evitar semejante envenenamiento. Y entonces volvemos a un viejo tema mío: ¿Cuáles son los instrumentos humanos que manifiestan caridad?

Es indudable que, puesto que cualquier medio debe tener en cuenta a la vez el trinomio Dios-mensaje-hombre y puesto que el hombre varía en ciertos aspectos, también los recursos utilizables habrán de cambiar en determinados sentidos. No entiendo por qué manifiesta fe pensar que Dios protegerá al hombre del error circundante y no la declara suponer que Dios iluminará al hombre hereje condenado a la hoguera o castigado con alguna otra pena.

Pero la hoguera en sí estaba proclamando que el cristiano de otras épocas creía que la fe era en sí algo importante, por lo que valía la pena empeñar la vida propia o ajena.

La actual admisión del derecho de todos a lanzar cualquier pensamiento, por agresivo que sea, puede significar lo mismo respeto -caridad- hacia el opinante, que una falta de amor hacia él y hacia el receptor de las opiniones.

La Inquisición no es algo que hay que disculpar, sino algo que hay que comprender y que, muy posiblemente, haya que volver a emplear dentro de no mucho tiempo.

El hombre sigue en posesión de la capacidad de pensar que ciertas realidades merecen la ofrenda de la vida. El comunismo es una realidad de nuestros días, el nazismo es un movimiento asfixiado por fuerza, no caduco por convicción.

El que los países occidentales vivan bajo el influjo atmosférico de los enervamientos democráticos, no significa afortunadamente que los hombres todos hayan perdido su virilidad. Y en cuanto a los restantes países - v.gr. los africanos- no creo que puedan contarse entre los condenadores de la violencia, por más que oficialmente lo afirmen sus portavoces impuestos -por la fuerza- por las naciones occidentales. A última hora sólo aquellas ideas o realidades, por las que uno está dispuesto a morir o matar, se ofrecen como verdaderamente importantes. Si el hombre actual se aterra ante la idea de la Inquisición es que se aterra ante la idea del martirio. Y la consecuencia es, ciertamente, que Dios no es alguien por quien piense que puede ser útil morir. La supresión de la Inquisición en las legislaciones nacionales coincide, más o menos, con la pérdida de la fe en el infierno. No se concibe que un hombre pueda sufrir por causa de Dios, porque Dios no es alguien por quien valga la pena sufrir. Eso es todo, por más que luego se invoquen una serie de principios de ortodoxia más o menos cierta.

La inclinación a admitir cualquier decisión humana- v.gr. las modas, las diversiones, la literatura...- en el supuesto de que Dios tiene que dar gracias para que el cristiano sepa unirse a Dios en ellas, no indica necesariamente que tal propensión brote de la fe; igualmente puede pensar -y más en consonancia con ciertas frases evangélicas- que Dios dará gracia para cortar la tendencia a semejantes diversiones. En realidad, un Dios cuyo amor no exige sacrificio alguno, no se manifiesta como alguien amante. Pues todo amor exige, necesariamente,

abandono de toda otra cosa que no sea el amado. Ahora, el cristiano de hoy no tiene nada que abandonar, como no sea algunas riquezas superfluas.

Habría, pues, que elaborar un elenco de los medios de validez expresiva de la fe en el mundo hodierno. Pero su estudio no debería estar encomendado a los que "conocen la realidad", sino ante todo a los que tienen fe. Si es que se encuentra alguno, claro.

Acerca de la comunidad de los cristianos, Eliot añade en las notas el juicio de un teólogo:

"La comunidad de cristianos debe significar aquellos que están integrados en la unidad en la vida sacramental de la Iglesia visible. Y esta comunidad en la vida de la fe debe producir una mentalidad común respecto de los problemas del momento. No debe suponerse que la mentalidad de la comunidad de los cristianos esté fielmente reflejada en las declaraciones eclesiológicas que aparecen de vez en cuando: Esta mentalidad no se forma rápidamente en materias tan difíciles de comprender. Debería, sin embargo, haber -y hasta cierto punto ya existe- en la mentalidad de los cristianos, un sentido de la proporción de las cosas y un espíritu de disciplina, que son frutos directos de la vida de fe..." (p. 88).

NECESIDAD DE UNA SOCIEDAD CRISTIANA

Habla de la necesidad de elección: "Yo creo que se nos presenta la elección entre una sociedad cristiana y una pagana" (p. 13). En ciertos países -como Estados Unidos- el problema parece insoluble por la variedad de religiones que semejan hacerlo inexistente. Se diría que reclaman, por la naturaleza misma de su composición, la sociedad neutral.

"No ignoro la posibilidad de la sociedad neutral, persistiendo indefinidamente en tales condiciones. Pero yo creo que si esas naciones han de desarrollar una cultura propia positiva y no permanecer meramente epígonos de Europa, no pueden menos de avanzar hacia una sociedad pagana o hacia una sociedad cristiana" (pp. 45-46).

Eso no suprimiría todas las sectas, ni produciría la

unión superficial, exterior, meramente oficial, pero las sectas aportarían valores marginales.

La razón de esta necesidad -cuya expresión podría causar la impresión, falsa, de que Eliot está buscando la religión por sus efectos culturales- es que cada país debe tener su cultura propia; ahora, una cultura supone una orientación y organización de los diversos valores y esto no es realizable a menos que exista un principio de ordenación:

"No quisiera dejar al lector la impresión de que he estado intentando ofrecer un bosquejo más de aficionado de un futuro abstracto e impracticable... a menos que encontremos un patrón en que todos los problemas de la vida tengan su lugar, seguiremos complicando el caos... mientras consideremos la educación como un bien en sí mismo, del que cada uno tiene derecho a participar con la mayor amplitud posible, sin ideal alguno de vida recta para la sociedad o el individuo, nos moveremos de un compromiso a otro. A la rápida y simple organización de la sociedad con fines que, por ser solamente materiales y mundanos, deben ser tan efímeros como éxitos mundanos, sólo existe una alternativa. Puesto que la filosofía política deriva sus sanciones de la ética y la ética de la verdad de la religión, solamente el retorno a la fuente eterna de la verdad puede proporcionarnos una organización social que no ignore algún aspecto esencial de la realidad, hasta su definitiva destrucción" (p. 63).

Es notorio que esta disyuntiva no está planteada en la mente de muchos cristianos -Maritain parece ignorarla-. Sin embargo, la creo exacta. "El término "democracia", como he repetido una y otra vez, no posee bastante contenido positivo para encarar las fuerzas que rechazamos. Puede fácilmente ser transformado por ellas. El que no tiene Dios (y es un Dios celoso) acabará presentando sus respetos a Hitler o a Stalin" (p. 63).

No hay absolutamente ninguna idea, ninguna realidad que pueda unirlo todo, concordarlo todo, sino Dios, que es quien de verdad es fuente de todo. Y ello lo lleva a término por la acción de Cristo. Así -al menos los países que han recibido la revelación de Cristo- sólo podremos lograr la unidad y liberarnos del caos ambiente por el reconocimiento de Cristo.

RELACIONES IGLESIA - ESTADO

La Iglesia debe tener relación con los tres elementos de la sociedad cristiana, por tanto con el Estado. El planteamiento de Eliot no tiene exacta correspondencia en un país católico. Pero es que, en rigor, lo más importante para mí no es llegar a conclusión determinada sobre el tema, sino discernir las tendencias e ideas subyacentes y determinantes de cada una de las soluciones.

Habrán palmariamente muchas circunstancias diversas que pueden obligarnos a aceptar tal solución o su contraria. Pero lo grave es la obliteración de los principios. Se trata de saber simplemente si, atendiendo a la esencia del cristianismo, la situación ideal es de separación, de unión o de relaciones oportunistas.

Eliot reconoce que la Iglesia establecida supone unas tentaciones más graves, así como mayores ventajas. La separación significa un apartamiento de la vida del pueblo, una deliberada aceptación de la existencia de dos caminos de vida y el abandono de todos aquellos que no pertenecen a la Iglesia por una sincera confesión de la fe.

Pues existen muchas personas que no son ni cristianos ni no-cristianos, sino que viven en tierra de nadie. La tendencia del tiempo es opuesta a pensar que la religión y la vida secular del individuo, y de la comunidad, formen dos dominios separados y autónomos.

"Estoy convencido de que no puede existir una sociedad cristiana nacional, una comunidad religioso-social, una sociedad con una filosofía política fundada en la fe cristiana, si está constituida por un simple conglomerado de sectas privadas e independientes. La fe nacional debe contar con un reconocimiento oficial por el Estado, así como una situación aceptada en la comunidad y una base de convicción en el corazón de cada individuo" (p. 51).

Meditando sobre el tema encuentro en mí falta de claridad acerca de él. En verdad debería formarme criterios claros. En todo caso, no comprendo cómo un estado puede no ser católico. No veo razones desde el punto de vista ontológico, atendiendo al concepto estado y

católico. Tampoco me convencen los argumentos de oportunidad. Que los enemigos del Estado atribuyan a la Iglesia los defectos de los gobernantes es un riesgo que hay que correr desde el momento en que el Verbo se hizo carne.

Fe, moralidad y eficiencia:

"Justificar el cristianismo porque proporciona un fundamento a la moralidad, en lugar de mostrar la necesidad de la moralidad partiendo de la verdad del cristianismo, es una peligrosa inversión... No es el entusiasmo, sino el dogma lo que diferencia una sociedad cristiana de otra pagana" (p. 59).

En las pags. 81-84, con citas de Dawson y Beevor, criticando a Murry, insiste en la misma idea; y en el peligro actual de buscar una renovación moral, una vivificación, aparte de la sobrenaturalidad de la Iglesia. Buscar los efectos, consecuencias de la religión, sin religión. Todo esto hay que tenerlo muy en cuenta. Pues tales tendencias, tales como se podrían observar en Inglaterra, se producen continuamente en nuestros ambientes católicos, pero con una oscuridad mayor; por tanto con mayor peligro de confusión. No se busca el Reino de Dios, esperando la añadidura, sino se busca la añadidura, prescindiendo del Reino de Dios.

(Cuaderno de Estudio. 1966).

CULTURA Y EDUCACION CRISTIANAS

Día 4 de octubre.

Instalado de nuevo en la casa de ejercicios. Anoche comencé la tanda de ejercicios de muchachas. Me he levantado a las cuatro y empiezo el estudio de "Notas para una definición de la cultura"⁷. Parece que en este cuarto trabajo más a mi gusto; quizás porque me encuentro más lejos de todos. Sé que nadie me oye. Nadie duerme en el piso; nadie en las habitaciones situadas sobre la mía...

Inicio el estudio. He leído -releído, pues ya este verano había recorrido el libro entero- **LA INTRODUCCIÓN Y EL PRIMER CAPÍTULO**. Resumo y comento las ideas que más me importan.

Uso de la palabra. Vuelvo a encontrar la claridad -o al menos el ansia de claridad- habitual en Eliot, y que tan simpática me resulta. "Mi objeto es ayudar a definir una palabra, la palabra cultura". "Rescatar esta palabra es el colmo de mi ambición". Critica, al igual que otras veces, el indiscriminado empleo de los vocablos. Y lo que hace unos años, en tiempos de Eliot, era probablemente vicio, se ha convertido en un mal tamaño que, de no remediarse, pronto oscurecerá el panorama mental de la época. La verdad es que ya, a estas horas, es casi imposible entenderse con la mayoría. Las palabras son insignificantes y, por consiguiente, inútiles, pues al menos en los escritos o las conversaciones normales -quiero expresamente dejar aparte el campo de la poesía y eso, en ciertas ocasiones- la única utilidad de las palabras es significar.

Cultura y civilización. No intenta siquiera distinguir el sentido de ambas palabras. No recoge desde luego la clara discriminación de Spengler, a cuyas teorías

⁷ T.S. Eliot, "Notes towards the Definition of Culture", Faber and Faber Limited. London.

no alude siquiera a lo largo de su obra. Explica las razones de su abstención: cualquier diferencia entre ambos términos sería propia del libro, y quedaría abandonada en él, apenas el lector hubiese concluido su lectura. Pueden emplearse como sinónimos en ciertos contextos, y viceversa, en ocasiones usamos uno de ellos conscientes de la impropiedad del otro.

Sin embargo... En sí, prescindiendo de la posibilidad de imposición, la diferenciación de Spengler me halaga. Etimológicamente civilización equivale a urbanización, con todo lo que la ciudad evoca. Cultura es, de suyo, algo muy distinto. Otra cosa es el valor de las motivaciones de Eliot: la imposibilidad del logro perseguido. No conseguiremos poner en circulación las significaciones estrictas, que no obstante aclararían el pensamiento.

Y esto plantea un problema de actuación no del todo parvo.)En qué medida tratar de difundir ciertas ideas sin aparente porvenir? Estimo que al menos el influjo sobre grupos, aunque numéricamente débiles, potentes por su calidad, produciría a la larga cierta salud mental que hoy añoramos.

Empleo ordinario da la palabra cultura. En general se usa por sinécdoque, refiriéndose a algún elemento cultural (v.gr. el arte), o como una especie de estimulante emocional, o de anestésico (p. 14). Desde luego la utilización suele ser impropia. De todos modos, él reconoce la existencia de varios sentidos plausibles, v.gr. un sentido antropológico (p. 22) y una aplicación concreta -que no es opuesta a las más universales del autor- por ejemplo respecto de una clase determinada (p. 16).

Extensión de la cultura. Para Eliot abarca todos los ingredientes de la vida. Así, en la cultura de un país hay que considerar su estilo de cocina. El hombre no solamente necesita comer, sino comer de una manera conveniente y particular. Y la indiferencia por la preparación del alimento es síntoma de la decadencia de la cultura inglesa (p. 27).

"Incluye todas las actividades características y los intereses de un pueblo". Y ejemplifica con carreras de caballos, deportes, comidas, templos y estilos musicales. Y estoy de acuerdo. Pues toda actividad implica que el

hombre ha tomado postura, ha ejercitado sus facultades frente a las cosas, las ha cultivado. Si acertada o desatinadamente, es otro cantar. Pero el hombre culto, y por tanto la sociedad culta, tiene su perfil donde cada facción es constituyente. "Actividades culturales" puede ser el título pedantesco de una sección de periódico; pero todo acto humano indica, sin más, estadio de cultura y, por supuesto, puede indicar un estadio de muy escaso cultivo, o de cultivo extraviado.

Progreso, evolución y decadencia de la cultura. Da por supuesto que la cultura evoluciona. Que existen cambios continuos. Y que el inquilino de la cultura de hoy se hallaría sumamente incómodo en la cultura de mañana (18). De hecho, una nueva cultura está viniendo siempre a la vida. La cultura posee múltiples valores, y ninguna posee cuantos en sí constituyen, o pueden constituir "la cultura". La evolución consiste en el cambio de estos valores. Al tomar unos se desvanecen otros. Pero no poseemos ningún patrón exacto, claro, decisivo, con que comparar cualquier cultura, para afirmar su definitiva excelencia. Hombre inteligente -quizás genial- Eliot no cree en el "progreso". Cree, como he visto, en la evolución. Cree también en el desarrollo hacia una complejidad y diferenciación de funciones. Y cree en la desintegración de la cultura. "Realmente, lo único que el tiempo trae ciertamente es pérdida: la ganancia o la compensación es siempre concebible, pero nunca segura" (25). El progreso en la civilización acarrea especializaciones, pero la especialización arrastra consigo inexorablemente el riesgo de la desintegración, que puede provenir de otras fuentes. La desintegración se produce cuando dos o más estratos de una cultura se convierten en culturas independientes, o cuando un estrato superior se fragmenta en actividades culturales autónomas. Y así la cultura puede declinar y, de hecho, nuestra cultura se encuentra en época de declive (19). Una facción de cualquier cultura elevada es el escepticismo "por el cual, naturalmente, no significo infidelidad o destructividad, (todavía menos la incredulidad, debida a pereza mental) sino el hábito de examinar las pruebas y la capacidad para demorar las decisiones". Lo más opuesto al escepticismo es el pirronismo. "Donde el escepticismo es fuerza, el pirronismo es debilidad; porque necesitamos la fuerza no solamente de demorar una decisión, sino también la de llevarla a cabo" (29).

Existe una confusión, casi inexplicable, entre cambio y progreso. Situar el altar cara al pueblo es una adaptación ciertamente -a mi juicio- oportuna; es incluso una mejora en el ambiente de hoy. No es necesariamente un progreso. Puede suceder que, dentro de unos años, la mejora consista en celebrar de espaldas al pueblo. Depende del sentido de misterio, de respeto a Dios que posea el pueblo. Pero la masa (y en la masa integro, por supuesto, a la multitud de los llamados teólogos, y con mayor motivo a los "adultos", los flamantes adultos seglares) tiene la mentalidad adolescente, que todo lo contempla en función de un indefinido, lejano y glorioso porvenir. Y todo lo juzga progreso, es decir, avance, adelantamiento hacia algo. Y salvo que ese algo sea el paso de las horas, la cercanía de la muerte, no consigo comprender qué sentido de progreso incluyen multitud de mutaciones actuales.

Condiciones para la cultura. En la obra va a estudiar tres condiciones esenciales para la existencia de una cultura. Ni únicas ni positivamente eficaces. Es decir, su existencia no produce la cultura, pero su defecto impide que la cultura exista. Son condiciones, no causas.

Una estructura orgánica, no meramente planeada, sino creciente, y esto exige la persistencia de clases sociales.

Existencia de culturas locales: regionalismo.

Equilibrio de la unidad y la diversidad religiosa: universalidad doctrinal con variedad de cultos y devociones.

No se trata de recetas; para lograr la cultura, nuestra única acción posible es combatir los errores intelectuales y los prejuicios emocionales que se oponen a estas condiciones.

Día 5 de octubre.

La cultura no es un fin que se busca en sí mismo, inmediatamente, "es el producto de una variedad de actividades más o menos armónicas, cada una inquirida por su propia causa" (p. 19). "Debemos perseguir el perfeccionamiento de la sociedad, como perseguimos nuestro perfeccionamiento personal: en detalles relativamente minúsculos" (p. 20), rectificando, elevando, situaciones concretas. La cultura de una época difiere de las anteriores, mucho más, o tanto al menos, por un surtido de realizaciones llevadas a cabo sin comprensión, o sin

previsión de sus consecuencias.

La tesis anterior plantea un problema. Es cierto que hay objetivos que no son asequibles en sí mismos a una búsqueda consciente. Pero ¿qué papel tienen entonces como fines? Cultura, personalidad, felicidad... promoción, dignidad humana.

Tal vez, expresándome como siempre rauda e imprecisamente, podría esquematizar así: el intelectual - digamos para mis fines, el teólogo- deberá poseer clara y distinta noción acerca de cada uno de ellos. El hombre medio deberá poseer idea sumaria.

Han de considerarse, a veces, como manifestaciones de los planes de Dios, de forma que cuanto contraríe tales objetivos no pueda aceptarse como factible.

No han de buscarse nunca inmediatamente. Toda insistencia en ellos es condenable.

Podemos concebirlos como norma negativa en nuestra relación con el prójimo, y en casos dudosos, incluso como índice positivo. Nunca deberemos aplicarnos a su consecución respecto de nosotros mismos.

Los tres sentidos de la palabra cultura. Cultura individual, cultura de grupo, cultura de la sociedad en su totalidad. El último es fundamental, de forma que los otros deben estimarse en relación con él; pues la cultura, en el primer sentido, depende de la cultura en el segundo y ésta de la cultura en el tercero. La cuidada distinción de los tres sentidos evitaría una buena cantidad de confusiones, debidas a que proponemos al grupo lo que sólo es posible al individuo, y a la sociedad lo posible tan sólo para el grupo.

Muchas veces hablamos de cultura en el primer sentido sin tener en cuenta los demás. Y nos detenemos en un ingrediente aislado. Llamamos culto a un hombre, atendiendo al refinamiento de sus modales -urbanidad- o a sus conocimientos de la sabiduría pretérita -erudición- o de la filosofía o las artes... Pero ningún perfeccionamiento parcial confiere cultura en absoluto (diríamos que es culto *secundum quid*); los adelantados en algún aspecto carecen muchas veces de otros y son por añadidura ciegos a esa penuria. Tales personas contribuyen ciertamente a la cultura; no son sin embargo cultos. Para hablar de cultura con plena significación hemos de tener presentes los tres sentidos a la vez. Y las personas o grupos más ricos en ingredientes aislados, deben participar de los demás por su cohesión con los demás

grupos, poseedores, a su vez, de otro ingredientes.

A medida que en la sociedad se van profundizando los conocimientos y ensanchando las funciones, se va produciendo la diferenciación y apareciendo los diversos niveles culturales: la cultura de grupo o de clase. Y esto afecta al conjunto de la sociedad, con sus incesantes movimientos de complemento y de tensión. Cuando dos estratos culturales -v.gr. el obrero y el liberal- se constituyen en culturas distintas, por su excesivo alejamiento, porque su movimiento se convierte en tensión exclusivamente; o cuando los científicos y los humanistas de la clase liberal se separan por su excesiva especialización, la cultura se desintegra.

Yo estimo que, por mucho que se hable hoy de comunidad, los hombres se sienten aislados en comunidades muy fragmentarias. Por ejemplo, la insistencia en que el sacerdote está el servicio del fiel está suponiendo que el sacerdote no es constituyente de la comunidad. Pues lo cierto es que si los sacerdotes sirven a los fieles, también los fieles sirven a los sacerdotes, y por otra parte, si el primer servicio es más patente, ello se debe precisamente a que el presbiterio forma una clase superior. Se ha olvidado que todos servimos a la Iglesia, sirviéndonos unos a otros. "El sacerdote es para la comunidad" sólo tiene sentido, si se considera la comunidad un conjunto integrado por el mismo sacerdote; pues el sacerdocio es un don que aprovecha en primer término al sacerdote, y precisamente sólo así, perfeccionándolo a él plenamente, puede derramarse también en plenitud sobre los demás. El sentido igualitario es siempre una tendencia mediocrizante, que tiende a suprimir, al menos en la consideración, la existencia de todo lo elevado, lo sobresaliente. Y cuando no puede menos de verlo, procura rebajarlo prestándole un tono de puro servicio.

Entonces la fuente -que es superior- se convierte en medio, que es inferior. Y la sociedad se seca. Sin el respeto y el gozo respecto de lo excelso, sin la exultación por sentirse dependiente, vigorizado por el don perfecto que desciende jerárquicamente, y va produciendo en su bajada dones diversos, la comunidad no es tal comunidad. En vez de pensar en la grandeza de una comunidad que posee sacerdocio en sus sacerdotes, el hombre medio, que no se contempla uno con el sacerdote, necesita rebajar a éste poniéndolo a su nivel. Y esto va ocurriendo sucesivamente en todos los órdenes. Nadie se

alegra con la grandeza ajena, porque la siente propia, cada uno quiere sentir su propia grandeza, y al no encontrarla en sí, ansía arrasarlo todo. Ahora, yo no puedo pensar en nada más opuesto a los planes de Dios que este proyecto de nivelación universal. En la práctica se traduce por mediocridad universal, por ausencia de dones perfectos en la comunidad.

Antes, la grandeza de un jefe de estado era la del pueblo que le amaba, pues realmente el amor unifica sin destruir. Ahora el jefe de estado es mero servidor. Y no es el servicio lo unificante; ni nadie hace suyas propiamente las dotes de su sirviente. Cuando tales propensiones tocan a la Iglesia los productos son estrictamente monstruosos. Y éste es el tremendo estadio en que nos hallamos y que ellos juzgan un progreso con una mentalidad absolutamente ciega, impotente para cualquier sano juicio. La tarea de muchos cristianos, que voccean en revistas, periódicos, o tribunas, es faena esterilizante. La admisión de las célebres pastillas -que parece inevitable- es signo y síntoma de las posturas de la época, y de la infecundidad ventura. Trocando al superior en sirviente, éste pierde el amor y entonces no sirve. El servicio en la Iglesia es servicio amoroso, que no se puede realizar pensando en él, sino por secuencia espontánea del amoroso pensamiento acerca de los hombres confiados por el Padre.

Cultura y religión. De la página 30 a la 34 expone Eliot sugestivos pensamientos sobre el tema, cuya consideración dejo para cuando llegue al C. IV, exclusivamente dedicado a él.

En la página 32 expresa una idea importante. La cultura se ha considerado, con frecuencia, desde un punto de vista muy parcial de modo que sólo algunos pocos grupos de la sociedad podían poseerla. La reacción ha sido doble: partiendo del supuesto -que la universal necesidad estima inmodificablemente adquirido- de que la sociedad futura ha de ser igualitaria, unos han determinado que tal sociedad no encontrará lugar para la cultura, mientras que otros han decidido que la cultura existirá, pero será posesión de todos y cada uno, sin posibilidad de existencia para grupos selectos. Eliot recuerda, a este propósito, la repugnancia puritana por la vida monástica.

(Dios!)Por qué le cuesta tanto al hombre moderno admitir que existen dones superiores que él no ha recibido ni recibirá jamás, y que otros poseen?)Por qué repugna

contemplar v.gr. que la vinculación con Dios, precisamente como ser socialmente capaz, tiene una primera encarnación perfecta en el célibe y una encarnación imperfecta en el casado, que participa -recibiendo de él- el espíritu del celibato?)Cómo no entienden que al discutir -sutilmente, pues no se atreven a oponerse aún a lo que parece taxativa declaración de Trento- la superioridad del don de la virginidad transforman el matrimonio en prostitución domiciliaria? (admisión de todo acto carnal, precisión de los hijos, temporalidad de la unión...)Qué es todo eso sino pura barraganía?).

Día 6 de octubre.

CAPITULO II. LA CLASE Y LA ELITE.

Resumen de las ideas principales. La sociedad al evolucionar produce diferenciación de funciones, y en un cierto nivel, unas son más estimadas y honradas que otras. Esta división constituye el origen de las clases.

Las clases. Poseen una función: mantener la parte de la cultura de la sociedad que pertenece a cada clase. Su existencia beneficia a las demás clases, y ello depende de la salud del conjunto. El ideal de la cultura no es que todos participen en el mismo grado de todo; sino que existan influencias mutuas. Una clase es estimulada por la existencia de la superior, de la cual recibe ciertas normas y criterios, y a la cual aspiran algunos de sus miembros (p. 40).

Muchos piensan que las clases deben desaparecer, otros consideran simplemente su desaparición como un hecho fatal. Entre los varios sustitutivos considera Eliot las élites, propuestas especialmente por Mannheim.

Las clases han tenido siempre relación con tales "élites", cuya función es real. Nunca los grupos selectos han pertenecido a una sola clase. Pero si la sociedad se constituyera a base de ellos, sin clases, las consecuencias serían graves.

El grupo cultural selecto posee muchos miembros pertenecientes a una clase superior, y no deben ser sacados de ella. Las diferencias entre los miembros del grupo serían demasiado grandes, puesto que no tendrían en común sino algunos intereses. Ahora, la unión humana se realiza a niveles muy varios, algunos inconscientes, y eso sólo puede darlo la clase. Además ésta viene exigida por

las necesidades de la transmisión de la cultura, cuyo primer canal es la familia. Nadie escapa por completo del influjo familiar. No hay que olvidar el concepto de cultura de Eliot: "la cultura no es la mera suma de varias actividades, sino un modo de vida" (p. 41). Se entiende fácilmente por qué la familia es el primer canal de transmisión. Y si concedemos esto, y si admitimos además la precisión de diferentes niveles de cultura (y ello no significa que los niveles superiores gocen de más cultura, sino de conciencia más clara y especialización más profunda), se sigue que para asegurar eso deben existir grupos de familias que persisten, a lo largo de las generaciones, en el mismo estilo de vida (p. 48).

Por tanto las llamadas "élites" de Mannheim, han existido siempre -han mantenido relación con las clases- no bastan, son de muy difícil formación, se limitarían al campo de lo que puede ser enseñado. Produciría una atomización de la sociedad. Y por el momento no tenemos experiencia válida de lo que podría ser una sociedad basada sobre ellas. El único lazo sería lo profesional, sin más cohesión ni continuidad (p. 47).

Dificultad de comprender ajenas culturas. Sin llegar a la negación absoluta de Spengler, Eliot recalca la dificultad de comprensión de las culturas extrañas. Nunca puede ser completa. Si es intelectual, se escapa lo esencial, si es vivida, el contemplador se sitúa en la cultura contemplada, sale de la suya y pierde el punto de vista (p. 41).

La familia. "La familia es una institución de la cual casi todo el mundo habla bien; pero es conveniente recordar que es un término cuya extensión puede variar mucho. En la actualidad significa poco más que los miembros vivientes. Incluso respecto de éstos, es excepción, si un anuncio pinta una amplia familia, de tres generaciones: la familia ordinaria en el hogar, consta de los dos padres y uno o dos niños. Lo que continúa admirándose no es la devoción a la familia, sino el afecto personal entre sus miembros. Y cuanto más pequeña es la familia, tanto más fácilmente, puede sentimentalizarse este afecto personal. Pero cuando yo hablo de familia, tengo presente un lazo que abarca un período de tiempo más largo que éste: piedad hacia los muertos, aunque oscuros, y solicitud por los aún no nacidos, aunque lejanos. A menos que esta reverencia por

el pasado y el futuro sea cultivada en el hogar, no puede ser en la comunidad más que una convención verbal. Tal interés por el pasado es distinto de la vanidad por las genealogías; tal responsabilidad por lo futuro es distinta de la del constructor de programas sociales" (p. 44).

La caridad produce sin más todas las virtudes. Ahora, los hombres modernos no creen en la caridad; pero tampoco son capaces de reconocer humildemente su incredulidad. Hablan pues de ella. Pero tienden a substituir toda relación amorosa por relaciones de justicia, exigibles ante los tribunales. Las misioneras mantenían sus grupos, sus pequeñas comunidades, afeados ya por el nombre de directora en la re-presentante de Dios, pues ya ha perdido el bello nombre de Madre. Ahora tendrán grupos igualitarios, democráticos, con una dirección lejana, sin fuente próxima. Así las componentes del grupo serán más responsables. No es frase decir que quieren introducirse más en el mundo. Sólo que tal vez debiéramos decir que es el mundo -en su peor sentido- quien se ha introducido en ellas. Tenían, por otra parte, las "alumnas", que era una hermosa institución, mantenida puramente en caridad. Ahora tendrán criadas a sueldo, con sus horas libres, lo cual responde mejor -así lo piensan- a la dignidad de la persona y a la posibilidad de promoción. No han creído que las madres podrían portarse como tales con las alumnas y preocuparse de impulsarlas a un acercamiento totalitario hacia Dios. Lo mismo sucede en el matrimonio, en la familia. No se ha pensado que lo sensible es signo, expresión, y que una superabundancia de expresión deja de ser expresiva. Los casados pueden permitirse todo, y eso creen que fomenta el amor; pero la lujuria -se la llame con el nombre que se quiera- no fomenta el amor. El mismo sentimiento amoroso, cuando es excesivo, destruye el amor espiritual. Esta insistencia en el amor mutuo es altamente perjudicial para el amor. "Amar es mirar en la misma dirección". Y los casados no tienen ya más dirección que la comodidad. La verdad es que los cristianos en cuanto tales se sienten impotentes, y comienzan a justificar la impotencia física y sexual. Es puro reflejo. Ahora ¿qué amor podrá tener el hijo a la línea de ascendientes que no pensaban en él? ¿Qué tarea puede entregar el padre al hijo, como no sea buscarle una mujer para que desahogue sus energías físicas, y proporcionarle una cómoda instalación en la sociedad, y unos cuantos slogans que le tranquilicen...?

Día 7 de octubre.

Prosigo por el momento resumiendo, o mejor, esquematizando los capítulos, y señalando las ideas cardinales, que a su tiempo comentaré.

CAPITULO III. UNIDAD Y DIVERSIDAD: LA REGION.

La existencia de la cultura en un pueblo exige unidad y diversidad entre sus partes. El exceso de unidad conduce a la barbarie y la tiranía; el exceso de división, a la decadencia y también a la tiranía.

La unidad necesaria no es la de un entusiasmo o un propósito deliberado en común -como pueden darse en tiempo de guerra-; ambos son huidizos, pasajeros. Es más bien incosciente.

El hombre debe sentirse ciudadano de una región particular, antes que de un país. Es bueno que el hombre habite en el lugar que ha nacido, ligado por la herencia: la familia, la clase y la lealtad local se sostienen mutuamente. El regionalismo fracasa de hecho muchas veces porque se apoya casi exclusivamente en el aspecto político, y porque peca de exclusivismo: no atienden más que a la propia región. Mientras que es un problema de cultura, en redor del que se plantea el cariz político de las relaciones con las otras regiones o los poderes centrales.

Especial importancia del lenguaje: no porque sea un lenguaje hablado con capacidad de influjo, sino porque matiza a sus poseedores. (Implícitamente está afirmando la influencia del lenguaje, y de la palabra, sobre el pensamiento). Es lo que llama cultura satélite: la que está indisolublemente ligada a otra más fuerte sobre la cual a su vez influye. La cultura principal no sería tal como es sin tales satélites. Así ejerce un influjo mundial que no ejercería aislada. Por lo demás todo ser tiende a conservar su vida. El lenguaje es la salvaguardia más segura de una cultura que es "una peculiar manera de pensar, sentir y comportarse". No un lenguaje científico, sino poético, literario.

Además la sociedad precisa de fricciones. Y así la clase y la región, al dividir a los habitantes de una nación en dos grupos, conducen a conflictos favorables a la creatividad y el progreso. Como individuos dependemos de las gentes que tratamos; y el amigo y el enemigo nos son igualmente necesarios. La fricción, dentro de ciertos

límites, es una necesidad absoluta de la cultura. El hombre debe tener intereses comunes con los hombres de la misma cultura local, frente a los de su misma clase de otras culturas; e intereses comunes con los hombres de su clase extranjeros, frente a los partícipes de su propia cultura.

Una cultura nacional debe ser, pues, "la resultante de un cierto número de culturas locales, que, analizadas en sí mismas, están compuestas de culturas locales aún más pequeñas. En lo ideal, cada pueblo, y desde luego cada ciudad, debería poseer su carácter propio" (p. 60).

Lo mismo habría que decir de la cultura mundial: debe ser el resultado de los contrastes entre culturas nacionales: una uniformidad deshumanizaría, no sería cultura en absoluto. Tendemos a la cultura mundial, pero sin capacidad de imaginarla. Y un ingrediente esencial es la religión; pues religiones antagónicas significan, en último término, culturas antagónicas (p. 62).

Hay que tener además en cuenta que no se trata de culturas nacionales en pacífica posesión de sus propios territorios, sino que existe el problema de la colonización, que no es otra cosa que la relación entre una cultura indígena y otra extranjera que se hace presente. Una cultura superior que se impone. De hecho, hoy se ofrece como una cultura inferior que se desintegra bajo otra superior. La inferior suele tomar elementos de la superior que no puede expulsar.

La colonización nace de la emigración. Pero los emigrantes llegados no representan el total de la cultura de la nación de origen. La cultura que desarrollan en el país de llegada es en parte igual, y en parte diferente, de la nacional de su patria, y se complica por la relación con los nativos y con los emigrantes de otras naciones. Y así se crean problemas culturales muy variados y característicos.

La solución no es sencilla. Sólo podemos saber que nunca es factible la destrucción de una cultura y que, por otra parte, la cultura en general no es nunca objeto directo de nuestra actividad, ni en cuanto a su creación, ni en cuanto a su transmisión (p. 65).

Estas consideraciones, respecto de problemas culturales extraños, nos ayudan a comprender el desarrollo adecuado a la cultura nacional; como resultado de la unidad y diversidad de culturas más pequeñas dentro de la misma nación.

Paso al capítulo V, dejando intacto el IV, que trata

de las relaciones de la cultura con la religión, y es por tanto el más importante para mí. Al esquematizar los restantes, iré encontrando aspectos que me ayuden a enfocar luego ese tema central.

CAPITULO V. NOTA SOBRE LA CULTURA Y LA POLITICA.

La cultura interesa de hecho a los políticos: como instrumento de su política, como bien social que han de promover. Ha venido a ser como un departamento de la política. Pero antes no era así; sino que la política era, de suyo, una de las actividades dentro de la cultura nacional.

Hay que admitir que "en una sociedad tan articulada la práctica de la política y un interés activo en los negocios públicos no debe ser asunto de todos, o de todos en el mismo grado; y que nadie debe ocuparse, excepto en momentos de crisis, en el gobierno de la nación como conjunto". (82-84; estas ideas han de ser comentadas a su tiempo debido. Vivimos de lugares comunes; uno de ellos es que el hombre tiene derecho a elegir sus propios gobernantes. Tal derecho aparece muy oscuro a cualquier mente clara, lo que sucede es que no abundan mentes de esa calidad. Sería mejor decir que todo hombre tiene derecho a ser bien gobernado. Me parece tan absurda la primera frase como esta otra: todo hombre tiene derecho a elegir sus propias medicinas:)no es más seguro, y más exacto, afirmar que todos tienen derecho a ser tratados con las medicinas adecuadas? Y no hay que olvidar, como ya apunté en otra ocasión, que esa estúpida tesis democrática se ha impuesto por el no muy democrático medio de una guerra mundial, y con la ayuda del comunismo ruso).

Los gobernantes deben estar elegidos entre aquellos que tienen intereses personales en su nación, por su herencia, que heredan con la posición y la abundancia de medios, la responsabilidad, y entre los cuales se alzan, frecuentemente, talentos excepcionales. Esta "élite" debe estar en comunicación con los hombres de pensamiento. Pero teniendo en cuenta que tal frase no significa una tajante división entre activos y meditativos, pues no existen tales separaciones absolutas (84.-pensarlo). Se trata de contacto entre personas consagradas a distintas áreas de acción. Y ese contacto no puede limitarse a reuniones artificialmente preparadas. No es esa la verdadera comunicación humana. Para que puedan comprenderse los hombres se requiere cierta comunidad de convenciones

sociales, rituales y placeres de descanso. Y ello es tan importante como la comunidad de un tema.

Sobre el trato hay una disquisición regularmente larga que he de comentar (pp. 85-87).

La sociedad actual, con su dificultad de trato y su exceso de libros, fomenta la admisión de lugares comunes, tanto más abundantes cuanto la sociedad es más amplia, y cuanto el auditorio es más extenso y heterogéneo. Los discursos a la nación o al mundo, son piezas, de ordinario, vacuas, ininteligibles.

Los políticos, en su preparación, deberían estudiar sobre todo teoría política, y en su aspecto histórico. La historia de Grecia sería muy adecuada, porque introduce en un mundo más personal. La teoría política moderna se inclina a tratar al hombre como algo que puede rehacerse para adaptarlo a las formas políticas presupuestas. Tiene en cuenta fuerzas impersonales. Cree a la vez en un futuro inflexiblemente determinado y que, por otra parte, podemos formar nosotros a nuestro gusto.

El pensamiento político se arroga el título de ciencia principal. Las ciencias exactas y experimentales se juzgan según su utilidad, y la cultura misma se mira como subproducto sin importancia, o como departamento de la vida, organizado de acuerdo con el sistema de moda.

Día 9 de octubre.

Prosigo las exposiciones sumarias del pensamiento de Eliot.

Ejemplo de los imperialismos: inglés en la India, el fallo ha consistido en el intento de occidentalizar superficialmente, sin tener en cuenta la cultura india (pp. 90-91). Ejemplo de la "colonización" realizada por Norteamérica (a base de propagar el gusto por las comodidades) y por Rusia.

La conciencia de la cultura ha hecho que se vean sus defectos, se busque su perfeccionamiento, como objetivo explícito, y se desnaturalice la educación y se conviertan las actividades culturales en algo protegido y planeado desde la política. Hay demasiadas misiones culturales subvencionadas y dirigidas. En ciertos aspectos esto es inevitable, dadas las necesidades económicas planteadas; pero habría que incitar las iniciativas y responsabilidades privadas, y separar las fuentes de ayuda de los elementos que las controlan. Y aclarar que tal actividad cultural -teatro, o empresa científica...-

estaba protegida, pero que la cultura, como tal, es independiente. "Porque de esta forma vamos cayendo en el supuesto de que la cultura es algo que puede ser planeado. Y la cultura no puede ser nunca plenamente consciente. Hay siempre en ella mucho que no puede serlo; y no es susceptible de planificación, porque ella es precisamente también el fondo inconsciente de nuestros proyectos".

CAPITULO VI. NOTAS SOBRE EDUCACION Y CULTURA, Y CONCLUSION.

La educación, tema candente: se limita a algunas observaciones, que cree imprescindibles, por causa de la estrecha relación entre la educación y la cultura.

1.-Debe establecerse el objetivo de la educación.

Recuento de objetivos señalados: transmitir la cultura. Aquí cultura se entiende como la suma de capacidades e interpretaciones, y se reduce a lo que puede transmitir la educación. Una concepción más bien estrecha.

Visión de la educación en términos de política y cambios sociales: la perfecta democracia (Dent). Pero no define en qué consiste esta. "Reconciliación de la unicidad individual con la unidad social" (Read, que busca una concepción de la democracia libre, que seguramente no coincide con la de Dent). "Formación de la clase de hombres y mujeres que necesita la época" (Happold. Sería necesario variar continuamente la educación, y además saber qué clase es esa). La felicidad, que suele asociarse con el desarrollo pleno de la personalidad (frecuente: v.gr. Goldwin).

Joad establece varios objetivos: 1.-Capacitación para ganarse la vida. 2.-Preparación para cumplir su misión como ciudadano de una democracia. 3.-Capacitación para desarrollar todos los poderes y facultades latentes de su naturaleza y gozar de una vida buena.

Estos objetivos tienen parte de verdad incontrovertible, pero en cuanto nos detenemos a pensarlos nos conducen al planteamiento de graves problemas: es un descanso que se admita que la educación debe capacitarle a uno para vivir, pero en cambio, no es muy claro que coincidan este objetivo y el de desarrollar sus facultades. Ni es muy seguro lo de prepararle a realizar su papel en la democracia, pues el no demócrata dirá que hay que capacitarle para realizar su papel en otra forma de sociedad. Y ya no se trataría de hacerle encontrarse en su medio. Ni parece muy claro que se puedan desarrollar

todas las facultades y potencias. Unas se estorban a las otras (p. 99).

2.-La educación hace más feliz al hombre.

No es evidente por sí misma, esta declaración que se admite como supuesta. Los conscientes de su falta de educación son menos felices, porque desean puestos para los que no están capacitados, o porque se les ha hecho creer que serían más felices con más educación. Muchos reaccionan contra sus educadores. Una educación, superior al nivel de los gustos y costumbres sociales heredadas, puede causar división e infelicidad. Y la educación sobre el nivel de capacidad propia puede resultar desastrosa (este párrafo tiene que ser comentado, p. 99-100).

3.-Es algo que todos desean.

El deseo de educación varía en los diversos países, y todo el mundo puede desear algo si se le convence de que le corresponde y se le mantiene injustamente apartado. Cuando esté al alcance de todo el mundo, la facilidad -o la imposición- puede fácilmente conducir a la indiferencia. Es más importante el respeto a la erudición (comentar-100).

4.-La educación debe organizarse de modo que todos tengan iguales oportunidades.

Todo este apartado necesita comentario (100-102).

5.-El dogma del "Mute Inglorious Milton".

El dogma de la igualdad de oportunidades, que de asocia con la creencia de que toda superioridad es superioridad intelectual, que se puede encontrar algún método infalible para alimentarlo, se refuerza emocionalmente con el mito del "Mute inglorious Milton". Es decir, que los sistemas de educación, tal como se hallan actualmente, han ido impidiendo el desarrollo de una multitud de genios. Y que aunque fuera uno solo, habría que mudarlo todo. Sería embarazoso, poseer una multitud de Milton y Shakespeares, pero ese peligro es remoto. Por otra parte, Tomás Gray termina su soneto, recordando que también nos habremos librado de algunos Cromwells. Y en todo caso, esa supuesta pérdida no puede probarse ni rebatirse.

Todo lo que sigue -y que debe mirarse como conclusión- necesita comentario, pues es un párrafo grávido de consecuencias. Resumo aquí las ideas centrales:

El ideal de la igualdad de oportunidades sólo puede mantenerse cuando la familia está desprestigiada. Su amplia programación indica además que la descomposición de las clases se encuentra muy avanzada. Sólo se da importancia a la escuela o la universidad, como manifestación de distinción social. Y se produce un ancho movimiento de envidia.

Hay motivos plausibles para preocuparse de la educación, pero su exposición es falsa. Prolongar el tiempo de la escuela, porque el muchacho al entrar en las actividades de trabajo, etc., puede corromperse, es simplemente reconocer la triste situación de la sociedad, y la incapacidad educadora de los padres. Lo que habría que hacer es ayudar a éstos a realizar su faena.

La "educación a medias" es un fenómeno moderno. Nunca se ha pensado que un labrador estuviera educado a medias, sino que su educación era distinta. Cada uno poseía la educación que necesitaba para realizar sus funciones. La educación, en el sentido moderno, implica una sociedad desintegrada, en que se ha dado por supuesto que debe haber una medida de educación, conforme a la cual la gente está más o menos educada. Y se ha convertido en una abstracción.

Y entonces se concluye que la educación universal es el medio necesario para restaurar la civilización. Si por educación se entiende todo lo que perfecciona al individuo, podemos estar de acuerdo, pero es una concordancia que no lleva a ninguna parte. Pero si la limitamos a los sistemas controlados por un Ministerio de Educación, el remedio es manifiestamente ridículo e inadecuado. Sería reducirlo todo a la labor de los centros de enseñanza, y tomar un órgano por el organismo completo.

El error se acrecienta por la tendencia a tomar la cultura en general por la cultura de grupo; de las clases "cultas" y de las "élites". Y pensamos que las demás clases sólo poseen cultura en cuanto participan de los conocimientos de las primeras. La verdad es que la cultura de las clases más altas recibe su vitalidad del fondo común, que poseen más conscientemente. Intentar que todos participen de eso es adulterar esa parte de la cultura. Porque, para preservar la calidad de la cultura de minorías, es esencial que prosiga siendo cultura de minorías.

El mundo se ilusiona con los sistemas de instrucción. Y la educación -que se constituye en un elemento político- pretende dirigir la cultura, de la cual

es sólo un aspecto, y en la cual debe ocupar una posición limitada. La cultura no puede ser totalmente consciente, y la cultura consciente no es jamás toda la cultura. La cultura real es la que dirige las actividades de los que intentan orientar lo que ellos llaman cultura.

Así, cuanto más se arroga la dirección de la cultura, más está traicionando la educación a la misma cultura. Cuando la cultura se mira como objetivo, se impone a los jóvenes, y se les impone como un estadio por mejorar. No se recibe la cultura antigua, sino que se mejora, y todo ello se debe a un real deterioro de la cultura, como experimentamos hoy. La educación, tal vez, puede mejorar la cultura, pero desde luego puede degradarla. Hoy abandonamos los temas esenciales de la cultura.

Deben distinguirse los medios de lo fines y estudiar cuáles son los medios. No podemos crear o mejorar directamente una cultura, sino solamente fomentar ciertos medios, que son favorables al desarrollo de la cultura. Y luego hemos de considerar hasta qué punto son posibles esos medios, o incluso compatibles, en una situación concreta, con las necesidades urgentes.

Día 10 de octubre.

Leído ya y analizado todo el libro, a falta del capítulo sobre la religión y la cultura, vuelvo a leerlo parándome en las ideas que me importa comentar. Son las 5:15 -me he levantado a las 3 menos 15- y con la perspectiva de tres horas supongo que puedo meditar gozosamente.

El declive de la cultura. Eliot cree poder asegurar "con cierta confianza" que nuestra cultura se halla en período de declive. Solamente que no participa de la opinión de Spengler de que tal declive remate en la desaparición de tal cultura para dar lugar a otra, sino que piensa en la posibilidad de remontar las dificultades, de desembocar en una sociedad de otro estilo: en una sociedad cristiana, tal como la describe en su obra "la idea de la sociedad cristiana". Personalmente me inclino más a Spengler. Sin embargo, lo que en último término entiende por cultura, "un modo de vida", podría tal vez ser restablecido. El cristianismo posee indiscutiblemente fuerzas sobradas -y en su expresión definitiva omnipotentes- para restaurar una forma de vida plenamente

humana. La santificación de un grupo de personas que a la vez fueran dirigentes en el orden natural, bastaría para ello. Sólo que habría que partir inmediatamente de lo específico cristiano. Yo no creo que un cristiano, sólo por serlo, posea una inteligencia más aguda, profunda, clara u ordenada; pero sí creo que la gracia ilumina el entendimiento y lo vigoriza dotándolo de agudeza, profundidad, claridad y orden. Yo no pienso que la fe produzca mentalidad matemática, pero sí estimo que la mentalidad matemática es refinada por la fe. Si el orden natural es sensibilización, revelación de Dios, es necesariamente consecuencia de lo sobrenatural. Y cuando Dios ha creado un talante matemático o filosófico, ello significa -de ley ordinaria- que ha conferido una vocación matemática o filosófica, realizable en plenitud bajo el impulso del Espíritu. Y aun estas expresiones, como cualquier enunciado humano, son imperfectas, ambiguas. (Importa no olvidar nunca el carácter ambiguo, ambivalente de cualquier afirmación, descripción o indicio. Al mismo tiempo que nos fija en un aspecto nos distrae de otros muchos, sin los cuales el primero no puede valorarse justamente. La insistencia actual en los valores relativos debería producir esta humildad. El mismo valor del diálogo es el que lo hace peligroso. Pero los hombres actuales no gustan de pensar en peligros. No se sienten suficientemente seguros).

Pues la cultura de un hombre no consiste en que sepa matemáticas, ni siquiera en que cultive su disposición para ellas; sino que consiste en un todo absolutamente imposible de definir, y que puede exigir la amputación de tales o tales disposiciones concretas. La respuesta a la vocación cristiana es, indeficientemente, realización de la plenitud humana del llamado. Pues es la ejecución de su capacidad personal, la verificación de su imagen eterna.

Y aquí encuentro la razón de la reiterada aseveración de Eliot: "la cultura no es algo que pueda perseguirse deliberadamente". Ni la cultura, decía yo ni la felicidad... Porque no podemos determinar su naturaleza ni mucho menos señalarla en concreto para el hombre singular. Desconocemos el modelo según el cual ha de construirse tal persona. Ciertamente advertimos la existencia de algunos valores definidos. Y aún podemos asegurar que deben ineludiblemente encontrarse en cualquier hombre. Pero ignoramos la dosis, ignoramos el lugar preciso que han de ocupar en la vida de ese hombre. Y al ignorar al hombre al mismo, inevitablemente erramos

al perseguir su felicidad.

Todo esto responde a la primera calificación ontológica, al ser hijos -que es primario, respecto del ser criaturas- pues, en la naturaleza del hijo está el depender como elemento constituyente. Y así hemos de vivir. No planeando nuestros fines sino aceptándolos, y construyendo pieza a pieza, en una afirmación de fe. En una pura confianza, en que nuestro Padre nos muestra exactamente lo conveniente. En cuanto intentamos ajustar los ingredientes de la cultura, de la felicidad, de la personalidad, inexorablemente desbarajustamos todo. Constituimos un monstruo. Si la cultura actual es declinante es porque la autoafirmación es ascendente. No que muchos valores no se alcen por encima de su altitud pretérita, cualquiera que se considere. Pero los valores son facciones del rostro humano. Y el rostro de la humanidad es más repelente que nunca. Pese a la abundancia y exquisitez de los ingredientes, el conjunto es simplemente repulsivo.

Cuando se quiere partir de lo humano para llegar a Dios se olvida que lo humano sólo puede comprenderse desde Dios, y que se barajan realidades degradadas e insignificantes. La cultura actual es un esfuerzo gigantesco por llegar a Dios. Un vehemente ensayo babélico consignado al fracaso. Cada vez penetro más hasta qué punto la llamada espiritualidad moderna -con sus slogans conciliares- es esencialmente demoníaca. Pues lo estrictamente demoníaco es la autoafirmación y lo esencialmente moderno es asimismo la autoafirmación. Hablar de dignidad humana, de personalidad, de promoción, es hablar por hablar, lanzar sonidos insignificantes. Es alojarse aldeanamente en el terruño natural y negar la existencia de lo ultravisible. Ya notaba Eliot que, cuando una palabra se pone de moda, probablemente pierde su significación. Y el tono bronco de los asertos más inocuos es más expresivo todavía. Los hombres semejan niños enrabiados.

Es sintomática la angustia de los dirigentes y consiliarios de los movimientos después de las decisiones episcopales. No saben a dónde van. Ahora, esa es precisamente la característica de cualquier posición en la fe: va no sabe a dónde. Pues en primer lugar, y hablando en plenitud de sentido, el cristiano no va, es llevado; ni en todo caso va a, sino que va con. Es el sentido de la compañía guiadora lo que falta a los cristianos, la compañía guiadora: la nube, la columna de fuego del Exodo,

pues el cristiano ante todo sale con alguien, y sale de sí mismo. Por supuesto, camina hacia la tierra prometida, pero eso es precisamente lo desconocido, sólo se cree que mana leche y miel; sólo se sabe que está prometida por Dios. No temo las palabras y ya he dicho varias veces -y en conversaciones privadas- que los caminos de los hombres de hoy, y me refiero a los llamados cultos y sin excluir, de ninguna manera, a los católicos como conjunto (y no es lo mismo que "como Iglesia") son exactamente infernales.

Cuando el hombre no se deja guiar por el Espíritu cae, bajo el espíritu diabólico. Pues la libertad del hombre consiste únicamente en la negación a seguir a uno o a otro. Pero lo que no desea el hombre es precisamente salir de sí, dejarse guiar. No le importa caminar, y aun podemos encontrar ciertos heroicos. No vacilan -algunos pocos- ante cualquier dolor. Pero se niegan a cualquier sacrificio. Quiero decir: a cualquier consagración, a cualquier entrega, que es exactamente lo contrario de todo lo enumerable, lo calculable, lo que permite conciencia de donación. Mientras voy manipulando mis propios dones no me he entregado yo mismo: o mejor, no me he dejado asumir. Que el Verbo se ha hecho carne, significa que analógicamente ha asumido a cualquier hombre. Y eso significa que el hombre ha salido de su propia jurisdicción, que por el amor, permite que se cumpla en él lo que se cumplió en el hombre-Cristo, la superación de su personalidad humana. Y el hombre-Cristo fué incomparablemente perfecto, por más que les pese a los teólogos modernos, que no pueden concebirlo.

Considero las reflexiones anteriores intensamente luminosas: me prestan la clave última de algo que no acababa de comprender: la imposibilidad de buscar inmediatamente lo que en el orden humano debería ser el fin último. Y realmente esta expresión no es, en cambio, luminosa, sino contradictoria, pues el fin último no es inmediatamente asequible en sí. Se trata de un fin relativamente último, y no de buscarlo, sino de proponérselo.

Me aclara la relación natural-sobrenatural. Y eso en su total profundidad: la realidad filial del hombre. Me ilumina finalmente el papel de Cristo en todo ello.

Y aquí conviene elucidar, en cuanto sea posible, la naturaleza, la raíz y las condiciones de la limitación. Cierto que el hombre es limitado, y eso no precisa demostración; pero sí cumple percatarse de que ello brotando de la misma esencia humana, germina en tendencias

contradictorias. Por una parte, nos sentimos con capacidad indefinida respecto de muchas cosas, y con un haz indefinido de capacidades. De modo que lo indefinido es a la vez el repertorio mismo y cada potencialidad. Mas en cuanto a la ejecución ni el surtido ni cada una de las habilidades es indefinido, sino estrechamente confinado en un campo propio. De donde la insatisfacción habitual del homo viator. Ahora la raíz de esto se encuentra en la misma esencia humana, que es imagen de Dios, de cuya infinitud participa finitamente. Cada realización perjudica a la vez que beneficia; puesto que cada una obstaculiza inexorablemente cualquier otra posible realización, no sólo las menos, sino también las más valiosas. De aquí el complicado juego psicológico, que está exigiendo continuas limitaciones, autorrestricciones, para que puedan entrar en juego facultades superiores. Y una facultad superior no es sólo la que en sí es más preciosa, sino la que es más fontal; la que al moverse conmueve otras.

Pero todo el mecanismo es impulsado por la gracia, por Dios, único motor capaz y único que sabe cómo ha de impeler y qué potencia ha de pulsar. Por todo ello la postura psicológica, adecuada a la realidad ontológica es la humildad, el reconocimiento de la paternidad activa, continua, de Dios. Cuando el hombre olvida esta realidad, inmediatamente surge la autosuficiencia -que es lo contrario a la conciencia de limitación, porque se estima ilimitado- o el complejo de inferioridad -igualmente contrario, o tal vez más en ciertos aspectos- porque no reconoce la existencia de algo dado que pueda tener límites.

En todo caso, es evidente la penuria del sentido de límite. Cuando un súbdito, un discípulo, asegura su deseo de ser tratado como un hombre, está afirmando en rigor que desea ser tratado como un Dios. El ansia desmedida de diálogo, contra lo que podría parecer a primera vista, no germina en casi nadie, de una semilla de humildad, sino, por el contrario, de una semilla de orgullo: se piensa capacitado para dialogar de todo, cuando en verdad cada hombre tiene unas fronteras naturales muy expresas respecto de su conversación. Incluso de su mera audición.

Es tan verdadera la importancia definitiva del sentido del límite, que v.gr. para Eliot es una de las condiciones esenciales del arte. El arte -cita a Goethe- está en la limitación. Toda exuberancia es destructora; toda perfección detrimento. La lectura de Zorrilla es

buena lección sobre el tema.

Aceptación de carencias que nunca supliremos en la tierra, aceptación de la necesidad de intentos mediocrementemente realizados, que nos presentarán ante los demás como ineptos, aceptación del fracaso último, definitivo de nuestras vidas; el fracaso probable que es toda vida. Ello es el precio de la probable ventura de una plenitud recibida, no producida. Y todo ello en la sombra; sin saber casi nunca -y nunca perfectamente- por qué tenemos que ejercitar tal facultad y no tal otra. Es la autonegación, no en el sentido de negación positiva, sino en el de obliteración: olvido, borrón, pérdida. No ya levar anclas y navegar en un lento alejamiento de todos, y de todo, de las personas y de las costas, de las tierras firmes, donde hace rato todavía sentíamos la sólita seguridad bajo nuestra planta; sino el pausado y vacilante distanciamiento de sí mismo, de la querida seguridad del propio yo -aun a veces tan inseguro- el convertirse uno mismo en borrosa lontananza... Es toda la mística, la ascética y la poética de San Juan (que cada vez me va pareciendo más uno de los pocos grandes, pese a la ausencia de ciertos ingredientes en su obra).

Cada limitación aceptada nos tensa otras potencias; y así va trabajando Dios su imagen en nosotros. Pero es El quien cincela, no nosotros; al menos, nunca según nuestra luz propia.

Notar, en honra de Eliot, como el tema de la limitación se reitera en sus escritos de prosa y de verso.

Pero, quizás lo más duro de admitir para el hombre es la última limitación. La del crecimiento en cuanto hombre. No existe progreso indefinido. Es cierto que muchos parecen acoger fácilmente pareja realidad; nada más falso. La conciencia de limitación produce en general pesimismo, angustia, desánimo. Y eso no es acoger, no al menos acoger humanamente. Pues sólo recibe humanamente el que entiende y ama y goza y actúa vigorosamente. Y en mis caminos múltiples de cuarenta años apenas si he encontrado a alguien que sienta el gozo y la energía de su propia limitación. Nuestra limitación es nuestra frontera: nuestra frontera con Dios, perpetuo, necesario, inexorable invasor paternal de su criatura. Claro, están los santos...

Así el hombre se mueve en el misterio humillante -y letificante- de sus fines hipotéticos, de su fin cierto, pero éste desconocido. Va ejercitando fuerzas sin saber seguramente que eran las que había que ejercitar; va

estableciendo fines inmediatos y dudosos, va impulsando dinamismos que ignora qué secretas tempestades desencadenarán. Y lo único cierto que conoce es la existencia de unas Personas que son amor y que le guían, que le guían amorosamente, hacia donde no sabe, por senderos, veredas o caminos reales, por planicies y por cuestas. Por donde no sabe, eso siempre, Dios mío, por donde no sabe... La fe: el sentido del misterio, pero del misterio personal y amoroso, y por eso sentido confiado y gozoso.

Cuando Eliot se enfrenta con el problema de la realización de la cultura, asevera firme, que nuestra única tarea es estimular algunas condiciones y obviar algunos obstáculos. Luego se desarrollará -o se marchitará- ella sola. Y aún no podemos afirmar que existirá una cultura, ni siquiera podemos calificar con certeza la poseída.

Universalismo y jerarquía. Para Eliot la cultura es universal, supone que todos los hombres mantienen contactos, que participan de bienes universales; y sin embargo supone que es particular, en cuanto a naciones, en cuanto a regiones, en cuanto a grupos, en cuanto a individuos. Y que tiene características distintas en todos, y que por ello mismo es o puede ser, cultura común.

Denuncia una situación muy repetida. La valoración de ciertos aspectos exclusivos en conjunción con las tendencias democráticas, han llevado a pensar que todos deben poseer aquellos valores. Pero resulta que tales valores son incompatibles con la masa. Es imposible que todos lleguen a entender igualmente el Quijote. El sabor de una obra literaria -me refiero al sabor pleno o quasipleno- exige una dedicación a ciertas actividades, incompatible con la dedicación a otras. Y en cuanto se nivelara a todo el mundo, tratando de que todos pudieran recibir una educación capacitadora para penetrar la obra literaria, llegaríamos al abandono de otros aspectos de la vida, con lo cual nadie sería capaz de gustar el Quijote, ni mucho menos de producir obras parejas.

Las uniones y distinciones brotan del mismo principio, y este principio es el contemplado antes: la limitación humana, la limitación de lo indefinido. Cada hombre, cada grupo, cada nación, se desenvuelve en determinados sentidos, y no en otros. Y así cada uno de ellos se diferencia de los otros hombres, grupos y naciones. Siempre existe suficiente surtido de posesiones

comunes para que pueda proseguir manteniéndose la posibilidad de interacción, de comunicación. Existe además el interés de muchos por lo que tienen pocos, y la posesión inconsciente por parte de muchos, de lo que sólo unos pocos poseen conscientemente. El error consiste en que se valore exclusivamente lo propio (una consecuencia de la soberbia, que me impide reconocerme deficiente) o que se concluya que todo debe ser consciente en todos. Eliot concede altísima importancia a lo inconsciente, y creo que con plena razón, excepto tal vez cuando lo aplica al elemento religioso. Pues en este caso todos deberían gozarlo conscientemente, aunque no razonadamente, que es muy diverso. De la religión, en cuanto a esto, trata sobre todo en la "Idea de una sociedad cristiana".

La cultura individual. El individuo es irremediablemente imperfecto, pero perfectible relativamente. Esta perfección se alcanza por la evolución de algunas cualidades propias, que le disponen a la comunicación activa; el desarrollo más parvo de otras que le capacitan para la comunicación pasiva, y por la simpatía que le hace dueño de las cualidades ajenas. La ley de la simpatía me parece esencial en todos los órdenes, y es la consecuencia de la ley sobrenatural de la caridad constitutiva del Cuerpo Místico. El sentir como propias las cualidades ajenas, porque yo participo de ellas, porque son bondades comunitarias, porque proceden de mi Padre y vienen de mi Cabeza. No niego que esto existe en cierto grado, pues realmente muchos hombres se sienten orgullosos de pertenecer al mundo actual. Pero quien posee la simpatía, y quien realiza la perfección humana de modo acabado es el santo. Dueño de las perfecciones más valiosas, plenamente terminadas en él, por definición, conocedor de una jerarquía de valores, posee por simpatía las cualidades de las cosas y de las personas (cf. la oración del alma enamorada, de San Juan, uno de los mayores "señores del mundo" que jamás hayan vivido). Ante las cualidades ajenas cabe la postura de negación, desvalorización, la de afirmación falsa (creer que se poseen), la de intento fallido y la de posesión por simpatía. La comunidad humana entera es el reflejo más perfecto de Dios, de la Trinidad y la comunidad entera no es la que vive hoy, sino la comunidad de cuantos hombres han vivido, viven actualmente y vivirán hasta el fin de los tiempos (cfr. Danielou).

Una de las manifestaciones de la falta de simpatía

es el odio de clases, o el odio a las clases. La merma continua del valor de la herencia, en favor de lo puramente individual, a lo que se quiere dar un caracter social muy difícil de obtener, pero sobre todo, basado en algo inmediatamente visible, y además igualitario, producido inmediatamente por el hombre, y por la misma naturaleza. Las razones halladas para la igualdad, nos demuestran el pensamiento actual en navegación de mero cabotaje, viajes de cercanías. En cuanto aflora alguna motivación profunda, natural o sobrenatural, pero no dependiente del orgullo humano, inalcanzable para muchos, y por tanto humillante, el entendimiento humano siente pánico, recula, niega, y establece principios pueriles que son los vigentes.

La ley de simpatía responde a la ley de jerarquía, de descenso. Las personas y las cosas se encuentran en participación de Dios, y cada una participa de la posibilidad de comunicar, de dar como superior, algo que el otro no podría de ninguna manera alcanzar por sí mismo. Recibiendo se capacita a su vez para dar, y no se encuentra en plano de igualdad, de dar y tomar, lo cual no significa que el superior no reciba nada del inferior, pero recibe en otro orden, y sin necesitarle, a no ser para que pueda ejercitar la gracia de comunicar. V.gr. el padre y los hijos.

Las clases y las "élites". Eliot defiende la necesidad de la clase. Y el principio de partida contiene la atención a dos valores: la cohesión social, no limitada a una sola función (v.gr. el arte, o el pensamiento, o la acción), sino abarcando múltiples ingredientes, muchos, y no de menor importancia, inconscientes. Una clase, o mejor, la pertenencia a una clase, engendra todo un estilo de vida, que es precisamente lo que constituye la cultura.

La continuidad: y fundada precisamente en la herencia. Esto significa que el constitutivo principal de la cultura -en cuanto a la transmisión- es la familia. Pero la familia no es lo que ahora se llama así, fundada simplemente en la afección respecto de lo visible: los padres y un par de hijos; sino que es algo inconmensurablemente más amplio. Es una serie de antepasados y una lista interminable de herederos, aun desconocidos, pero reales. Esto supone el amor a las personas que no se ven; es una participación de Dios, según el orden de la caridad. Claro que el hombre puede desviarse en este sentimiento, y alojarse en un mero

orgullo genealógico. Pero para evitar esto no hay que romper una realidad sobrenatural: la unidad con las personas que moran en el cielo. Las que han ido constituyendo un ambiente del que principalmente vivimos; el suelo de donde obtenemos nuestra savia.

El debilitamiento de la familia es consecuencia de la observación de lo que llaman realidad, es decir, de la urgencia de lo inmediato -de lo visiblemente inmediato- pues palmariamente, para el cristiano, es mucho más inmediato el abuelo santo que el amigo pecador. Y cuando la persona humana ingresa en el contorno de la fábrica, lleva en sí los principios constituyentes que van a determinar sus reacciones; principios pendientes del ambiente familiar. Que el hijo es de los padres, es una realidad ontológica muy olvidada. La psicología personal es producto de la herencia en proporción indefinible, pero cierta, y los alrededores familiares han marcado para siempre las disposiciones individuales. Lo acertado sería profundizar y rectificar el ancho concepto de familia, no obliterarlo. El ansia de cambio, la superficialidad moderna tiende a transformarlo todo, en lugar de cuidar la forma propia de cada cosa. La forma familiar debería haber sido cuidada, enderezada, ampliada, profundizada; pero, en verdad, se ha luchado por extinguirla. La caridad se confunde con los sentimientos hacia lo visible; la pena por las desgracias de los hombres de hoy, el anhelo de los objetivos proximately alcanzables.

Toda la novelería acerca del amor de los esposos - cuyo más ilustre producto es la justificación del onanismo y de la infecundidad conyugal- es neta sensiblería. Habría que pensar mucho más cuando se desprecian los llamados matrimonios por interés; pueden encerrar muchos elementos incomparablemente más profundos, más vitales, de más meollo, que el llamado amor, y que se reduce a la atracción sensible de dos individuos, y no de dos personas. Pues la persona es un ser abierto a lo pasado y a lo futuro, y no meramente a la atracción de otro individuo, por quien se dispone a dilapidar la herencia recibida -y notoriamente el dinero es un aspecto meramente significativo de lo pasado y de lo futuro para lo cual puede servir de medio, valor instrumental al cabo- y a prescindir de la misma existencia de otros hombres, por la simple razón de que no son perceptibles.)No es notable que el auge del "amor" coincide con la multiplicación de los divorcios y de las limitaciones de la natalidad? No tengo suficientemente estudiado, ni de lejos, el tema, pero creo

entender que ya sucedió igual en otras épocas decadentes, v.gr. en Roma.

Es curioso que toda la reiteración de la palabra responsabilidad se refiera siempre a cosas materiales presentes, o al menos observables. Y no se hable apenas de la responsabilidad ante los antepasados, muchos de los cuales (y para estos mansísimos apóstoles del pacifismo, todos, puesto que la condenación final no casa de modo alguno con la idea de Dios), vivirán con Dios la vida plena; ni se mencione, sino raramente, la responsabilidad de los hijos que podrían ser. Y, sin embargo, qué perfecta aplicación tienen aquí las palabras de Pío XII: "Misterio verdaderamente tremendo que la salvación de muchos..."; esos hijos que no pueden de ninguna manera salvarse, si sus padres -sus posibles padres- no les dan la vida. El obrero, que ya existe, aun en las condiciones más infrahumanas que espeluznan a nuestras queridas damiselas medio machos, puede salvarse, si quiere. Pero esas posibles criaturas -a quienes Dios amaba sin embargo- quedan condenadas a la no existencia. Es auténticamente fabulosa la posición ante los posibles hijos. Y no comprendo con qué derecho se puede predicar a un hijo ya nacido el amor a unos padres, que le han dado el ser contra su voluntad, o por puro temor al infierno, o por puro placer de unos actos físicos y de un orgullo y un sentimiento -tan pobre por otra parte- de posesión.

Es manifiesta, para cualquiera que piense (y esta sucinta limitación asegura el secreto), la coincidencia entre la depreciación de la obediencia y la limitación de la natalidad. Todo procede de lo mismo: la negación de lo vertical. Tanto los padres naturales, como las autoridades eclesiásticas sufren la penuria del sentimiento de recepción respecto de Dios. Y no es que no gusten de mandar, de creerse superiores, es que no se sienten capaces de lograr obediencia. Ciertamente son pocos los que perciben el mecanismo que falla, pero todo se reduce a eso. No se contemplan como participantes de una potencia infinita, que les presta, con su autoridad, la garantía de su sabiduría y de su poder. Y entonces se sienten inseguros, y recurren a cualquier explicación, a cualquier excusa. Su miedo -de origen religioso y metafísico- recibe motivaciones aparentes: en unos dificultades de alimentación, razonables temores al sufrimiento... En otros la desobediencia ajena, la mentalidad torcida de los tiempos... Son excusas, disculpas de la más grave de todas las culpas: la absoluta desconfianza, la falta de fe.

Y en derredor se va tejiendo una pseudoteología - porque no faltan los necios profesionales de la teología- que aportan los razonamientos justificantes para que los infecundos, en todos los órdenes, permanezcan tranquilos. Luego, eso sí, hablan de compromiso temporal. Temporal: es decir, visible, ostentoso, con frutos de comodidad material. Como si no fuera temporal -a la vez que eterno-fructificar en hijos obedientes. Pero ni a los padres se les estimula a tener hijos, ni a los hijos se les habla de obediencia a los padres. Y ahora parece que habremos de esperar a que una vuelta en el mundo nos traiga los incrédulos que enseñen de nuevo a los cristianos lo que significa un hijo de Dios. (Y ésta es la época de la dignidad humana! Una dignidad que consiste en comer bien, ganar buenos sueldos -todos iguales, eso sí- y no sufrir. Y poderse permitir todo, porque el hombre es bastante digno para dignificar sus actos más bestiales.

Naturalmente en Eliot, el sentido de familia, de clase, integra el deseo de superación (la promoción de estos memos). Cada individuo siente cierto anhelo de participar de la clase superior, reconocida como superior. Y no la siente como insulto, sino como posible meta, si sus méritos le acercan a ella. Por eso cada clase debe ser algo abierto. Hacia abajo, para recibir valores que en sí misma no posee, e individuos que pueden ascender; hacia arriba, para recibir otros valores y para situar individuos preparados para subir. Sociedad abierta en interacción. Sociedad en que cada persona se considera dueña no sólo de sus perfecciones, sino de todas las de su clase, y todas las de las otras clases.

Para un cristiano de verdad es un gozo la habilidad del obrero y la ciencia del profesor, y la "cortesía" del aristócrata. Todo es suyo, pues todo es bien de la sociedad cuyo miembro es. A última hora todo ello tiene en nombre cristiano: Cuerpo Místico, donde los miembros son por esencia diferentes en múltiples aspectos: no sólo hábil cada uno para una función, sino distintos en sí mismos y, por consiguiente, distintos en nobleza. Pero para aceptar esta doctrina se precisa humildad, y la humildad supone fe, y todo ello está muy lejos de nuestra orgullosa y vociferante sociedad, inepta para el pensamiento de Dios y de sí misma.

La continuidad local, la lealtad regional. En último término se confunde con lo anterior. El hombre es más que su conciencia. Y existen influjos interiores que la conciencia no recoge. Esto es más fácil de sentir que de

analizar, al menos para mí. Yo me siento toledano, y sin embargo no se puede decir que tengo especial simpatía a los toledanos de hoy. Toledo es para mí un ambiente, un curso de tiempo que arrastra el Tajo, la vega, el miradero, el Alcazar, la Catedral, el Greco, los callejones, los enredos, la estrechez... la seguridad de tropezar a cada momento con ciertas especies de edificios. Todo lo que se ha ido construyendo durante siglos. Primero se pertenece a la región, a una ciudad y Toledo debería tener su "cultura" no sólo en cierto modo de vivir -que sí lo posee- sino en una conciencia más plena. El amor es algo que se va extendiendo: la caridad empieza por los más próximos. La idea centralista está terminando en la idea europea y la idea mundial, que de puro ancha es inexistente. Ahora tenemos a los ciudadanos del mundo (...). Supongo que ambos serán partidarios del traslado a la luna en plazo breve. (...), partidario del mundo, de la colectivización, de todo lo impersonal, aunque supongo que clamará continuamente por la dignidad de la persona humana. La caridad es muy diversa de todas estas elucubraciones indefinibles. La caridad nos hace amar, en primer lugar. a Dios y luego a nosotros mismos y por tanto a los que tenemos cerca, por una red que se extiende en relaciones ininterrumpidas, a nuestra ciudad, nuestra región, nuestra patria y las patrias ajenas. Y sacrifica -hace sagrados, consagra a Dios- los intereses inmediatos por los de la comunidad que es capaz de glorificar a Dios más que yo solo, y sabe que al sacrificarlos los acrecienta, y por eso no se daña a sí mismo, sino que se perfecciona. La caridad tuvo siempre un sentido personal: la patria era el rey, y la democracia actual, con sus sufragios universales, nos va desvaneciendo el sentido de patria.

No me interesaría todo esto, sino fuera porque significa el desvanecimiento de la caridad. El orden es tan esencial en la caridad, que la pérdida del orden es la pérdida de la caridad. El regionalismo -que suponía la caridad ordenada- llevaba al deseo de integración de unos valores persistentes. Lo actual es la independencia (sea el separatismo vasco o las ansias de independencia de los "países" africanos) bajo una vivaz influencia internacional, cosmopolita, de tipo muy predominantemente material.

La conveniencia de la unidad y la diversidad, incluso de la fricción, se contraponen a esta teoría de la igualdad universal, en que no se reconoce la existencia de

culturas superiores, de poderes superiores.

Una de las tragedias mayores del hombre actual es su irreprimible tendencia a plantearlo todo en términos de política y a pretender que todos debemos interesarnos en los aspectos políticos de los problemas. Sin embargo, la política es una faceta de la cultura, es una de las facciones del rostro cultural y debe ser la ocupación de algunos hombres especialmente dotados, como la pintura, la literatura o la medicina. Debería ser el negocio de hombres más relacionados con los asuntos públicos por su misma situación familiar, y de algunos, de procedencia varia, particularmente apercebidos por la propia naturaleza, para las faenas de gobierno. Los demás deberían ser preparados para ciertas tareas de ejecución solamente, sin amplitud nacional en sí mismas; aunque, como toda acción humana, con virtualidades universales y eternas en el orden sobrenatural.

La comunicación humana real no puede establecerse por contactos meramente funcionales, es decir, motivados por las tareas profesionales nada más. Quienes se tratan así, no se tratan como hombres. La verdadera comunicación sólo puede acabarse por relaciones más amplias, de anchos cimientos inconscientes: diversiones, comidas, formas sociales...

La imposibilidad de comercio personal bastante multiplica los libros y la necesidad de leer. Tal abundancia y necesidad obliga a sacrificar los tres motivos válidos de la lectura: adquisición de la sabiduría, gozo del arte, placer del entretenimiento. El deseo de "estar al día" deshumaniza. Se lee mucho y el público, en conjunto, es incapaz de discernir y de asimilar lo más valioso. Se van formando las "ideas recibidas", o mejor dicho, las "palabras recibidas". La gente alimenta un cierto pensamiento común, a la moda, expresado en frases hechas, deficientemente comprendidas. La constante lectura de periódicos, revistas y libros en boga, la asistencia continua a espectáculos, la frecuentación de los programas televisados idiotiza irremediablemente. El nivel medio es siempre, irremediablemente, de talla mediocre. El llamado conocimiento de la realidad sitúa al hombre en riesgo imponderable. Sería necesario limitarse a lo mejor; pocos autores, leídos reflexivamente, pausadamente, y aun alguna lectura de lo estúpido, para estimular al combate contra la medianía. La suposición de que todo hombre tiene algo importante que aportar -y es la idea básica del diálogo-

es ingenuamente falsa: la mayoría repite lo oído. Una vez conocidas tres o cuatro líneas de pensamiento ya sabemos, apenas comenzamos a escuchar a una persona, cuanto pueda decirnos. El diálogo al por mayor constituye desafortunado desperdicio de tiempo y energías, salvo, notoriamente, el diálogo con algunas minorías. Podemos leer los diarios de todo un año sin enriquecimiento alguno, dejada aparte la paciencia y caridad que habrá de ejercitarse con los autores.

Día 13 de octubre.

No contradice, sino esclarece lo apuntado ayer, la afirmación de que todo diálogo inteligente resulta acaudalador. Si uno sabe remover las escurrimbres del pensamiento común y llegar a lo genuino de la persona, encuentra matices particulares inhallables en ningún otro lugar. Por eso, de ley ordinaria, la conversación fácil y breve sólo alecciona, cuando se tratan personas muy cultas o muy ignorantes. Ambas especies de hombres nos muestran facciones divinas, por ser personales, que en los demás se esconden bajo el montón de ideas vulgares que habríamos de ir escombrando penosamente. También por eso una de las pocas maneras de comercio humano, propiamente humano, es la dirección espiritual, donde el individuo, aun muy vulgar, perfora sus desechos acumulados para mostrarse en lo posible a sí mismo, con los ingredientes propios, o al menos con el estilo propio de posesión de lo común y gastado. Por supuesto, este hallazgo de las genuinas facciones, del perfil personal, exige del director no floja dosis de habilidad. Y no me refiero ante todo a la habilidad natural, que encarna la otra, sino inmediatamente a la sobrenatural maña que desciende del Espíritu Santo. La manipulación de los hombres supone, para ser válida, provechosa y digna, el discernimiento de los dones espirituales. Hablando concisamente: es preciso ser un santo. Lo demás -y desgraciadamente lo demás es casi todo lo que producimos- es pura palabrería, fullería espiritual, o más exactamente, pseudoespiritual.

Se precisa un esclarecido conocimiento del Espíritu Santo, un esclarecido conocimiento de la persona humana vista por Dios. Una ilimitada caridad, un aprecio por la cultura del individuo sentado frente a nosotros o arrodillado tras la rejilla del confesionario. Una penetración de las leyes psicológicas, ya espontánea, inconsciente, olvidada a la hora de nuestras calas en las

almas. Plena ausencia del deseo de imponer lo mejor y anhelo vivaz de ofrecer a Dios mismo. Una visión de fe, en suma, que muy pocos han recibido.

Cuando Eliot constata, al referirse a la colonización de la India, que "quedamos con la melancólica reflexión de que la causa de esta desintegración, no es la corrupción, la brutalidad o la mala administración... La causa yace en el hecho de la imposibilidad de compromiso permanente entre los extremos de un gobierno externo, que se satisface con guardar el orden y deja la estructura social inmutable, y una completa asimilación cultural", está enunciando una ley general aplicable a la dirección personal, espiritual y meramente humana, de cada persona. No es la maldad moral de los directores, de los formadores, es la inhabilidad para enfocar el trato personal en cualquier terreno, de esos superiores que han recibido de Dios la misión de "colonizar" -pese la palabra a los modernos- a otras personas.

De paso, no veo la razón del odio a las colonizaciones. Me parece una realidad imprescindible, que se llavará a cabo de una manera u otra, pero que, a distintos niveles, seguirá produciéndose, al menos durante muy largo tiempo todavía. Eliot señala la colonización norteamericana y la rusa. Una vez más se ha tratado de suprimir una actividad creando otra nueva, en lugar de reformar, en lo posible, la sólita, que al fin ofrecía bases conocidas. Yo no comprendo por qué una nación que ha recibido de Dios -aun por permisiones de gravísimos males- ciertos dones superiores, no ha de comunicarlo a otras naciones, con plena conciencia de tal superioridad. Ahora las colonizaciones son más hipócritas, más suaves, mucho más difíciles de denunciar, y en suma mucho más peligrosas.

Sobre la educación. Naturalmente me acucia el ansia de escribir -o concebir al menos- un tratado ordenado, conciso, sí, pero completo, acerca del tema. Sin embargo el estilo de mi trabajo no permite ni de lejos tal empresa. Así me conformo, al igual que en los otros asuntos, con apuntar al paso, a la carrera contra reloj de cada madrugada, unas cuantas consideraciones que contribuyan a esclarecer mi pensamiento y, tal vez, el de otras personas. Pudiera ser que un día me fuera concedido caminar por sendas prescriptas por mí mismo, libertad de la esclavitud de cien años y entonces, este manojito de notas inconexas se tornara semilla fecunda y fecundizante.

Es palmario que la educación, tarea prolongada

durante buena parte de la vida humana, y en cierto sentido durante toda ella, tiene como fin último la formación del hombre nuevo, del hombre en Cristo. Por ello sólo el santo, que discierne los dones del Espíritu cristificante, puede educar.

El educador tiene que colaborar con Dios en una faena de triple perfil: sanante, desenvolviente, elevante.

Existe un repertorio de fines más o menos próximos, entre ellos la capacitación para ganarse la vida, la adaptación a la sociedad ambiente, la formación de las facultades en orden a la sabiduría y al gozo artístico, la dotación del instrumental cognoscitivo... Pero todo ello debe tener una armonía que el educador es absolutamente incapaz de establecer, ni siquiera teóricamente. Ignorantes de las peripecias futuras del hombre que hoy intentamos educar, no podemos equiparle proporcionadamente.

Habrà, pues, que poseer una flexibilidad máxima, una capacidad de interpretación de los signos divinos respecto de cada hombre, que es ni más ni menos que la cualidad conocida de antiguo con el nombre de don de espíritus y de don de ciencia. (Notemos de pasada: el nombre: signo de los tiempos, no es otra cosa. Es fabulosa la impresionabilidad de los hombres para las palabras nuevas). Esta postura humilde, acechante de la palabra de Dios, que se expresa de mil formas, esta aceptación del misterio... Esto -que atañe a todo hombre- es esencial en el educador, como propiedad en el comienzo mismo de su labor.

Tendrá que conocer, luego, el surtido probable de dones que Dios quiere conceder al educando. Las virtudes morales, las virtudes teologales como base, un cierto haz de conocimientos. Todavía puede suceder que -por permisión respecto de unas virtudes, por plan positivo respecto de otras- tal educador no llegue a ver nunca ciertos frutos de su obra educadora. Sin embargo, ha de estar apercebido para ofrecerlos.

Tendrá que establecer una jerarquía de valores, para poder siquiera presumir cuáles han de sacrificarse en cada caso, total o parcialmente, para que puedan sanar o desarrollarse otros.

Tendrá que atender cuidadosamente a las leyes espirituales generales, a las indicaciones de la Iglesia en cada época, a las señales particulares, personales, descubiertas en cada educando.

La única regla segura -segura en sí, pero difícil de

aplicar y, por tanto, muy dudosa para el educador, salvo la plena confianza en la iluminación divina, que por otra parte no es manifiesta- es que cualquier progreso lo es verdaderamente en cuanto lleva a conocer y amar a Dios.

Es cierto que existen instrumentos técnicos -por ejemplo métodos de aprendizaje para leer, para aprender idiomas, etc.- válidos en sí para cualquier hombre, y por tanto para cualquier cristiano. Pero por una parte no podemos afirmar sin más que es mejor humanamente aprender un idioma más rápida o más profundamente, y por otra parte no podemos de ninguna manera convertir a un educador en puro técnico. Que podamos usar las técnicas de los que voluntariamente han querido reducirse a eso, bueno. Estará en un plan permisivo, pero tratar al educador, cualquiera que sea el nivel en que ejerce su tarea educadora -padres, maestros, profesores, directores espirituales...- en el virtuoso de un método, es un rebajamiento indigno del hijo de Dios. Todo método debe concebirse en un anhelo de colaboración con el Padre y usarse con ese mismo espíritu. Ciertamente Dios puede sanar las enfermedades que los hombres han producido, y enderezar los extravíos, pero no es esto, como parece manifiesto, lo que debemos intentar. Todo educador debe ser santo. La vocación de educador -y es muy amplia- es una nueva señal de llamada a la santidad. Y ciertamente hablando en términos generales y en sí inexactos, pero expresivos, a plazo fijo.

Por eso, la colaboración con el no cristiano es mucho menos aceptable de lo que se piensa. La mentalidad actual, miope y ofuscada, admite gozosa en seguida la idea de la tarea en común. Trabajar con ateos, con hombres prácticamente olvidados de Dios, es labor muy difícil. Lo extraño -si es que pudiera resultar admirable algo al cabo de un poco tiempo- es que al mismo tiempo se ensalza cualquier obra natural, confiriéndole valores sobrenaturales, y luego se concluye que cualquier hombre es capaz de realizarla.

Cultura y religión. Los párrafos que siguen son a la vez resumen y comentario del pensamiento de Eliot.

La religión tiene relación con la cultura, y esta relación se expresa de la manera más propia diciendo que la cultura es la encarnación de la religión de un pueblo. Eliot supone que este es un difícil concepto para mucha gente. Y probablemente lo es; pero en todo caso es en sí plenamente acertado. Pues la relación con Dios no es ontológicamente un aspecto del hombre, sino el aspecto que

funda todos los demás. Por su relación con Dios el hombre es, y es con un repertorio de posibilidades, cuyo desarrollo es la cultura. Las posibilidades desarrolladas constituyen la manera de vivir el hombre su esencia, que es la relación con Dios: la religión. Por ello es exacto que toda postura religiosa repercute en lo que se llama cultura, y que toda realización cultural repercute en la vivencia religiosa. En último término, podemos decir que no se da cultura sin religión, ni se da religión sin cultura. La religión capaz de encarnarse en varias culturas es, potencialmente al menos, más elevada que la que sólo puede encarnarse en una, y la cultura que procede de una religión universal, es al menos potencialmente más elevada que la cultura que vive de una religión exclusivamente propia. Todo ello -aserciones de Eliot- son verdades patentes, si tenemos en cuenta la realidad ontológica y la ley de la asimilación de lo psicológico a lo ontológico. Una religión más universal significa una religión que nos hace vivir más perfectamente la relación con Dios. Por eso el cristianismo es apto para vivir en cualquier cultura, pero no cualquiera de las llamadas culturas son capaces de asimilar el cristianismo, por la no arcana razón de que no son tales culturas. No son desarrollos personales, sino más o menos extravíos prolongados.

Hace notar que la fe nunca se ha vivido en pureza. Que el hombre es muy fácil a conservar huellas y cabos de alguna fe perdida; a mantener perversiones, a exagerar rasgos, y a sostener creencias y poderes opuestos.

La religión no es sólo lo que suscribimos, sino lo que vivimos; nuestra postura religiosa hay que observarla en todos los detalles de nuestra vida, que son evidentemente los mismos que indican nuestra cultura. Teniendo una vez más en cuenta que religión es la relación con Dios del individuo, todo cuanto hace el individuo tiene relación con Dios y con él; son precisamente los dos únicos puntos universales de referencia de toda posible actividad.

Que la cultura es la encarnación de la religión, su sensibilización, es decir, su expresión sensible, parece asustar a Eliot -que, sin embargo, inventa el término- pero para mí resulta familiar. Lo que sucede es que naturalmente la religión es algo difícilmente expresable -basta tomar las obras de los místicos- y por tanto sujeto a múltiples expresiones deficientes, todas ellas necesarias para que se alcance en el conjunto de la

humanidad una cierta plenitud expresiva. Y esto es, ni más ni menos, lo que Danielou ha escrito con su habitual -pero agradable- fanfarria, no pocas veces.

La inferioridad de muchos aspectos culturales -y aun de la cultura íntegra- no arguiría contra la religión que encarna. Pues depende de la habilidad sensibilizadora! (Y de la profundidad con que se vive la religión! Sin embargo, es evidente que la religión perfecta, perfectamente vivida, produciría sin más la perfección cultural. La cultura excelsa de la Nueva Jerusalén.

Religión y cultura no son, pues, ni aspectos separados ni una identidad. Pero en las religiones inferiores, manifestadas en culturas inferiores, se produce identidad. Porque una religión inferior se vive fácilmente. No así una religión superior, en que las facultades humanas se desarrollan -con muchos extravíos- fuera del sentido religioso. Religión y cultura permanecen idénticas a nivel inconsciente, pero sobre él se levanta un edificio consciente construído más o menos irreligiosamente (por eso, refiriéndome a la cultura individual, considero fácil la santificación del niño, si desde la primera edad su evolución se dirigiese en sentido cristiano. Contando con la gracia, sólo tendría que luchar con dificultades exteriores, mientras la obra de purificación personal sería muy leve). Por eso en la actualidad, en la sociedad en que nos hallamos, religión y cultura son realidades diferentes. Y eso nos impone una tensión.

La religión de alta jerarquía puede ser aceptada por pueblos de diferentes culturas y proveer un fondo común de creencias, que estimula los influjos mutuos de esos pueblos. En ciertas condiciones -baste el recuerdo del A.T.- una ruda exclusividad religiosa puede ser necesaria al mantenimiento de una cultura. El peligro de una religión universal es que sea asimilada, sin asimilarse la cultura, y entonces se disgrega en ramas diferentes, sin mutuas influencias.

Lo que yo no puedo aún comprender es la posibilidad perseverante de la sociedad pluralista, si en ese pluralismo una de las religiones es la cristiana. El cristiano es aquel en quien vive Cristo, y Cristo es signo de contradicción. El cristiano atrae: provoca el odio o el amor, pero no puede de ley ordinaria permanecer en tibieza, ni mucho menos permitir que los demás permanezcan. Al cabo de un tiempo los hombres del contorno se tornan perseguidores o cristianos. La conversión o la

persecución me parecen las dos únicas posturas posibles ante el cristiano verdadero. Y cuando se ha convertido un hombre, cuando tensa sus fuerzas en dirección de caridad, pero todavía no ha recibido el presente divino de la mansedumbre, se produce inexorablemente el fanatismo, que es la cualidad -de indudable signo positivo- del hombre, del vir, por contraposición a la mujer, que ama a Dios con sus fuerzas, pero no plenamente divinizadas. La ausencia de fanatismo indicia, con casi absoluta certeza, la ausencia de fe o la ausencia de virilidad. Por eso nuestra sociedad, anti-intelectualista y amujerada, palidece ante el fanatismo. La violencia, cuando existe, se ejercita contra los Obispos, contra la autoridad, ante la que las asociaciones de amiguitos compasivos, se ponen histéricos. Así están nuestros periódicos, jugando puerilmente a conspiraciones, que saben que no les conducirán a ninguna parte, no desde luego a ningún paredón.

(...).

Incluso los temas más puramente teológicos producen a la larga, consecuencias de tipo cultural. Bueno, la afirmación, expresada así, es de Eliot. Yo diría más: son los temas puramente teológicos, los que a la larga producen las más vivas y fecundas revoluciones culturales.

Pues lo puramente teológico es lo más puramente expresivo del Verbo. Y el Verbo -por quien fueron hechas todas las cosas- estaba en el principio. Y por cierto, invisible. Aun en el orden natural, el pensamiento -reflejo del Pensamiento- está en el principio de todo, como el oculto fermento.

Si aceptamos la idea de Eliot, si consideramos la cultura como la encarnación de la religión, llegaremos a la conclusión de que podemos juzgar de la bondad de una cultura -al menos en sus rasgos generales- por la fidelidad expresiva respecto de la verdad revelada. Esto sería como un golpe audaz que hace saltar muchos prejuicios. Pero siempre habrá que tener presente, que una expresión puede lanzarse insignificadamente. La señal de curva puede plantarse en la cuneta de una carretera recta. La palabra puede pronunciarse sin que indique nada, o incluso puede significar varias cosas, dispares, inconexas, o conexas dependientes una de otra, pero de tal forma que en un caso sea referida al objeto inmediato y no al primordial. Será el tejido completo el que nos asegure la expresividad de cada palabra. Así, una cultura carente de justicia social no puede ser perfectamente expresiva del cristianismo; pero puede serlo parcialmente; y

viceversa, no toda cultura que posea ese ingrediente es, sin más, expresión de lo cristiano.

Respecto de la posible reunión de los cristianos se pronuncia Eliot con varias importantes apreciaciones. El peligro de la desestima de las diferencias, peligro que brota de un fondo muy grave. Las urgencias para la unión proceden, ante todo, del debilitamiento de la fe y del temor a las presiones de un mundo no cristiano.

La debilitación del pensamiento teológico. La reducción de la ciencia teológica a algo comprensible para cualquiera. La estima del número: una cultura principal sigue siendo principal, aunque cuente con escaso número de cultivadores, y al contrario la multitud de adeptos no constituye por sí en principal una cultura secundaria.

Me parece que es labor inexcusable esclarecer a los cristianos las verdaderas causas -principalmente negativas- de su supuesto ecumenismo.

(...).

TRADITION AND THE INDIVIDUAL TALENT⁸

He aquí un ensayo de altísimo bordo. Algo insólito en las lecturas habituales. Un tema de suyo literario, que en la pluma de Eliot gana esa universalidad, después de todo, ordinaria en él. La profundidad, la amplitud, la sencillez, la exactitud, la ausencia de pedantería me hacen cada día más "amigo" de este autor en el sentido más pleno -y más afectivo- de la palabra. Si nuestros jóvenes leyeran a Eliot en lugar de emborracharse de embrollos democráticos y modernistas, (qué vientos de sensatez, de equilibrio, no correrían por el ambiente y qué purificaciones no se realizarían! Pero, como es natural, está casi sin traducir.

Su concepto de la tradición: algo que hay que ganar, y en lucha penosa. Que envuelve el sentido histórico, indispensable a quien quiera continuar siendo poeta más allá de los veinticinco años. "Envuelve una percepción, no sólo de lo pasado del pasado, sino de su presencia; el sentido histórico impele al hombre a escribir llevando en los huesos, no meramente su propia generación, sino el

⁸ Ensayo de T.S. Eliot.

sentimiento de que el conjunto de la literatura de Europa, desde Homero, y dentro de ella el conjunto de la literatura de su propio país, tiene una existencia simultánea, y compone un orden simultáneo".

Hay aquí -y en su desarrollo- dos conceptos profundísimos, que por lo demás sólo pueden ser calados totalmente en la visión cristiana, que como a toda realidad, les da su valor, puesto que es su origen. El concepto de la unidad. La literatura constituye un ser orgánico: en que lo pasado dirige lo presente, y lo presente altera todo el orden del pasado. Así es a los ojos de Cristo, que lo contempla todo en una sola mirada. El puro hombre se va acercando a esta mirada de Cristo y a medida que se cristifica, percibe unitariamente. Pues estas afirmaciones no se realizan sólo en literatura, sino en todo, y porque se realizan en el universo (y al fin, eso significa la palabra) se verifican también en literatura, que es un aspecto de la realidad universal. Ningún poeta tiene significación perfecta por sí mismo, en soledad. Ningún miembro posee su sentido de ser en sí, sino en el organismo a que pertenece. Y este organismo, el Cuerpo Místico, se extiende en el tiempo (hasta la eternidad) y en el espacio (quizás hasta astros muy lejanos, inimaginables, desde luego a las miríadas angélicas). Sin embargo, en estas expresiones hay que cuidar de reprimir el exceso de imaginación, la tendencia avasalladora de la sensibilidad: Cristo no es grandioso porque sea Cabeza de un cuerpo inconmensurable: eterno, extensísimo. Por el contrario, Cristo posee ese cuerpo, porque El es grandioso, y lo produce: la existencia del cuerpo no es más que manifestación; de suyo no añade nada a Cristo. Quizás sea en esta línea donde pueda encontrarse el peligro de Teilhard, quien parece amar a Cristo porque es el centro del universo.

La literatura y el arte, en general, no son más que expresiones del Cuerpo Místico. Convendría leer el estudio de San Buenaventura, sobre Cristo Maestro de todas las ciencias (aquí vuelve a presentarse la idea de Eliot de la cultura como encarnación de la religión, si tenemos bien presente que la religión es la virtud -la potencia- con que Cristo nos une a Dios, una capacidad producida en nosotros por Cristo).

Por eso la literatura griega puede inmutarse a la aparición de un poeta inglés del siglo XX, digamos T.S. Eliot. Y no es que lo nuevo -dice el autor- sea bueno porque se adapta a lo antiguo, sino que su adaptación es

señal de su bondad. Claro está que el cuerpo se desarrolla, y se desarrolla humanamente: es decir, va cambiando. Cambio no significa progreso, es decir, no significa mejoramiento, sino simplemente cambio. Es indudable que en la vida del hombre, en mutación ininterrumpida, no todo cambio es perfeccionamiento. Puede ser empeoramiento, puede ser canjeo de perfecciones, de cualidades. La madurez tiene cualidades de que carece la juventud, pero ha perdido, al menos materialmente, y en cierta manera formalmente, algunas de las gracias juveniles.

(Cuaderno de Estudio. 1966).

SOBRE EL ESTUDIO DE LAS MUJERES⁹

En realidad son dos temas entrelazados, pues hay consideraciones acerca del trabajo intelectual válidas en sí, y por tanto para toda clase de personas; pero el fin no hace más que confirmar pensamientos muy repetidos por mí. Voy a reducirme al tema de la mujer:

El realismo, y la facultad de la contemplación desinteresadas son notas peculiarmente femeninas. El realismo hace a la mujer alegrarse en el conocimiento de las realidades últimas (vale decir, de las realidades, sin más); su capacidad contemplativa les hace amar la verdad conocida y, como fruto del mismo amor, conocer más profundamente y atisbar matices que escapan al hombre.

Otra cosa femenina es el espíritu de orden: las verdades últimas ordenan todo. La mujer se inclina a

⁹ A propósito de la lectura del "Diario" de R. Maritain.

extraer las conclusiones y a vivir según ellas.

Según Raïssa, la mujer no es creadora, carece de esa fuerza activa que potencia para las grandes creaciones; es, en cambio, muy buena discípula: capaz de comprender a los grandes filósofos.

El peligro de la mujer no suele ser el orgullo -por la misma razón, el orgullo es muy vigoroso, satánicamente robusto-; el peligro es la vanidad, que es débil, que busca apoyo.

"Su gran capacidad de amor la vincula más fuertemente a la Verdad, y la lleva a desvivirse por ella".

"La filosofía es fría...". Esto es un prejuicio. (La filosofía en su más elevada abstracción es cálida, ardiente!

)Cómo puede considerarse fría la ciencia cuyas salidas conducen todas a Dios?"

Naturalmente la mayoría de las mujeres no están dotadas para la abstracción; como tampoco la mayoría de los hombres.

De acuerdo en todo con Raïssa. Creo que los métodos para trabajar con mujeres pecan todos por dejarse arrastrar del prejuicio de la supuesta inferioridad mental de la mujer. Como contrarréplica algunos son feministas, que es la estupidez contraria. La cosa es no salir del campo de la tontería. Aunque el feminismo es lo contrario aparente. En realidad se supone que los valores que importan son los que poseen los hombres y entonces los que se creen defensores de las mujeres (y ya suponen que necesitan defensa) se empeñan en demostrar que son tan machos como nosotros.

Si Dios no lo remedia -y espero que sí lo remedie, pero nos dejará tiempo así, porque suele actuar con una paciencia que excita a cualquiera- vamos hacia la creación del género híbrido que es lo más repugnante que puede existir. Un mundo de Marimachos y de Maricas que ya se manifiesta en el significativo dato de la vestimenta y el adorno.

Pero esto importa tan sólo como signo (por lo demás estéticamente siempre me han agradado las muchachas vestidas de pantalones, y siempre ha sido traje de amazona), pues lo verdaderamente grave es que en lugar de emplear esas inmensas y vigorosísimas capacidades que podrían producir frutos insospechados, pero emplearlas

según su propio estilo, se empeñan las mujeres o en vivir en plena necedad o en estudiar al modo de los hombres, con lo cual se multiplica el número de tontos, como si no hubiera bastantes idiotas en el género macho. O se dedican (y lo que reprocho es la dedicación, no la moderada atención, que les corresponde y es una de las cualidades femeninas) al oficio de guapas -que está muy cercano del oficio de prostitutas sin pago- con lo cual sólo consiguen entrar en sociedad con lo más necio del sexo masculino, pues un hombre no puede en modo alguno estar pendiente de un ser tan idiotizado - o se dedican a competir con los intelectuales en su misma manera.

Pero una mujer, una verdadera mujer, con su apasionamiento, con su ternura, con su constancia, con su capacidad de amor, con su sentido de orden, con su instinto estético)qué frutos no produciría en una obra de colaboración intelectual - sobrena-tural?)Qué amor a la verdad -quiero decir a la Verdad- no podría brotar de esa ternura cultivada intelectualmente?. Es así, y todavía la prestan... La pedantería es un pecado a que todo ser humano está expuesto, pero me parece que bien guiada la mujer menos que el hombre. Y todavía en ella, en dosis moderadas, sería mucho menos molesta. La mujer es por naturaleza más humilde, porque es más capaz de amar, superar la vanidad es más fácil tarea que superar el orgullo; y el orgullo masculino, suele quedarse en pequeño orgullo que es mera vanidad mujeril... y es inaguantable.

La pedantería femenina tiene el mismo encanto que la pedantería del adolescente enamorado de la verdad. Ante cualquier persona que sabe que se interesa por él, cede humildemente, porque pese a las apariencias externas, están ambos dispuestos a vender toda su vanidad por un poco de afecto y un poco de verdad. No digamos ante una verdad amorosa, presentada por alguien que ama. Esos terribles muchachos que suelen pintarnos tan rebeldes, (qué facilidad de entrega en cuanto encuentran a alguien que les quiere, que se interesa por ellos, que no va a dominarlos, sino a entregarse a ellos! Y lo mismo son las mujeres, porque los adolescentes están aun indiferenciados.

Desgraciadamente los hombres tampoco suelen estar dispuestos a entregarse, a dedicarse a otro, ni a un adolescente ni a una mujer. Y estoy hablando naturalmente en sentido de "maestro".

Una de las notas que diferencian decisivamente al hombre es su estima por la mujer. Ordinariamente no las

estima cosa mayor, porque encuentra en ellas competidoras, ya que él tiene mucho de femenino. A mi juicio las cualidades masculinas y femeninas son tan acentuadamente distintas que apenas se puede dar competición, son decididamente complementarias. Pero hablo, claro está, de un hombre y una mujer, dos seres, que no digo con la linterna de Diógenes, pero ni con los más modernos aparatos eléctricos se pueden encontrar. Cristo y la Virgen: ¿podría darse complemento más perfecto, pese a que Cristo no necesitaba precisamente complemento alguno?

Desgraciadamente la mujer vive en un ambiente que le pesa y en el que le resulta muy difícil perforar tanto espesor de prejuicios, costumbres y sentimientos contrarios a su **verdadero ser**. Pero estoy persuadido que en un grupo de estudio teológico, tal como lo concibo, la colaboración de unas cuantas mujeres sería impensablemente enriquecedora (p.105-9; 124). Y todo el Diario refleja la verdad de lo dicho.

(Cuaderno de Estudio. 1967).

INDICE

Prólogo	1
)Quién es un cristiano?	3
La santidad	29

Hacia la vocación seglar	32
Matrimonio y santificación	38
Matrimonio y sexualidad	41
Oración en la vida seglar	46
Humanismo y sociedad	58
La sociedad cristiana	67
Cultura y educación cristianas	85
Sobre el estudio de las mujeres	122

FUNDACION "JOSE RIVERA"

Cuadernos publicados:

- N. 1: "Sesión Académica en Memoria de Don José Rivera Ramírez".
- N. 2: "José Rivera TESTIMONIOS I".
- N. 3: "La Teología" (20 Ed.).
- N. 4: "El Espíritu Santo" (20 Ed.).
- N. 5: "La Eucaristía".
- N. 6: "La Caridad".
- N. 7: "Meditaciones sobre Ezequiel".
- N. 8: "El Adviento".
- N. 9: "Meditaciones sobre Jeremías".

- N. 10: "La Cuaresma".
- N. 11: "Meditaciones sobre los Hechos de los Apóstoles".
- N. 12: "CARTAS I".
- N. 13: "Semana Santa".
- N. 14: "Meditaciones sobre el Evangelio de San Marcos".
- N. 15: "La vida seglar".

Pedidos a: **FUNDACION "JOSE RIVERA"**
C/ San Bartolomé, 1 45002-TOLEDO

La **FUNDACION "JOSE RIVERA"** distribuye gratuitamente estos Cuadernos. Para los donativos, ingresar en TOLEDO, Banco Central Hispano, Sucursal 2604, C/C 10680.90.

Toledo, 3 de Octubre de 1995